MISIONES DEL PARAGUAY

MEMORIAS

del P. FLORIAN PAUCKE

MISIONERO DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

(1748 á 1767)

POR

A. V.

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD:

Propagación de Buenos Libros

F
2684
.B32

Buenos Aires
Y ESTEREOTIPIA DE LEO MIRAU, CALLAO 441
1900

MEMORIAS

del P. FLORIAN PAUCKE

MISIONERO DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

(1748 á 1767)

POR

A. V.

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD:

Propagación de Buenos Libros

Buenos Aires

IMP. ENCUAD. Y ESTEREOTIPIA DE LEO MIRAU, CALLAO 441

1900

F
2684
.B32

468500

DEC 16 1971

BOSTON COLLEGE LIBRARY

PRÓLOGO

Con título análogo al del presente opúsculo, se publicó en Viena, ya en el año 1829 una obrita que obtuvo bastante celebridad.

Diez años habrían transcurrido, cuando el Padre Kobler S. J. habiendo tenido ocasión de leerla y de apreciar todo el interés que la materia ofrecía, pudo procurarse el original manuscrito que el mismo autor (P. Paucke S. J.), poco antes de fallecer, había entregado á un convento de cistercienses de Austria.

Con este manuscrito en la mano, dió á luz el P. Kobler una edición de dicha obra notablemente aumentada (Rastisbona 1870), en cuyo prólogo declara: «Que esta obra, publicada bajo el mismo título que lleva el original, es tan conforme al manuscrito de dicho P. Paucke, que apenas se hallarán diez párrafos que no se encuentren en él.»

Por lo que mira al valor intrínseco de la obra, basta fijarse en la competencia del escritor, y en el esmero que puso en su relación.

En cuanto á lo primero el P. Paucke por 16 años continuos fué Misionero de los indios, en el Chaco.

OBRAS PUBLICADAS

POR LA

SOCIEDAD "PROPAGACIÓN DE BUENOS LIBROS"

I. — Tesoro de la Familia Cristiana.
II. — Devocionario para las Misiones.
III. — Los tres nuevos Santos de la Compañia de Jesús.
IV. — El Paraíso.
V. — Pasión y Muerte del Divino Redentor.
VI. — Católico verdadero en los tiempos modernos.
VII. — Guida al Cielo.
VIII. — The Cristian's Duty.
IX. — The true Church of Christ.
X. — Los Secretos de la Magia Moderna ó sea los Prestigios del Magnetismo, del Espiritismo y del Hipnotismo.
XI. — Errores y Falsificaciones de la Historia.
XII. — Vida de San Luis Gonzaga, de la Compañia de Jesús.
XIII. — Lectura recreativa y moral.
XIV. — Guia segura para conocer la verdadera Iglesia de Jesucristo.
XV. — Consuelo para enfermos y atribulados.
XVI. — Las Diversiones y la Moral.
XVII. — Reflexiones sobre la civilización en la Rep. Arg.
XVIII. — Ausser und in der Katholischen Kirche.
XIX. — Las Glorias de San Miguel Arcángel.
XX. — Luz y Tinieblas.
XXI. — Memorias de un Misionero.

Estas obras se encuentran en la Administración de nuestra Sociedad

Buenos Aires — Calle Cuyo 1949

Se reserva el derecho de reimpresión.

CAPÍTULO I.

ALGUNOS PORMENORES DEL VIAJE DEL P. PAUCKE AL PARAGUAY

§ I.

El P. Paucke se despide de su patria y llega á Buenos Aires

1. Habiendo nacido el P. Florián Paucke á 24 de Setiembre de 1719 en Winzig (Silesia), no lejos de Breslau, fué admitido en la Compañia de Jesús, á la edad de 17 años. Durante los once años subsiguientes, instaba á sus Superiores para que fuera destinado á las Misiones entre los infieles, cuando de repente, en el año 1748 le llegó de Roma la orden de prepararse para ir á las Misiones del Paraguay.

Al recibir el joven religioso esta noticia, lloró de alegría y ni se le ocurrió siquiera pensar en lo largo del viaje que debía emprender, en los muchos peligros que ofrecía la travesía ó la posibilidad de concluir su vida con un martirio horroroso.

2. El 15 de Febrero del mismo año tomaron pasaje, él y otros 26 religiosos en un buque mercante sueco, y después de un largo y penoso viage, lleno de peripecias, arribaron á Buenos Aires el primero de Enero del año siguiente; (1749), en donde encontraron una cariñosa acogida en el Colegio de sus Compañeros, los PP. Jesuitas.

El día después de su llegada, fueron los Misioneros á saludar al Gobernador de Buenos Aires, General Don José Andonaegui, quien los recibió con esquisita amabilidad y agasajóles convidándoles á comer; entretúvose largo rato con ellos y contó á los padres alemanes algunas reminiscencias de la guerra napolitana, en la cual había tenido ocasión de conocer y tratar á varios militares del ejército alemán.

3. Hé aquí la descripción que hace el P. Paucke de la ciudad de Buenos Aires, tal cual era en aquella época, es decir, hará hoy unos 150 años.

«Entre todas las ciudades de la Provincia del Paraguay (*), la de Buenos Aires ocupa el primer lugar, por su importancia y hermosura,

---

(*) Adviértase que lo que los Misioneros llaman Provincia (esto es, el territorio de jurisdicción de su respectivo Superior "Provincial") no coincide siempre con la división civil ó política; así en nuestro caso, lo que el P. Paucke llama "Provincia del Paraguay" se extendía á las tres Provincias civiles de Paraguay, Tucumán y Rio de la Plata.—*A. V.*

y si bien bajo este último punto de vista no se la puede aún colocar al lado de Praga, capital de Bohemia, en cambio es más grande y su edificación ofrece mayor uniformidad.

Las calles todas son rectilíneas de modo que, desde la plaza principal, alcanza la vista perfectamente hasta las campiñas que circundan el pueblo.

Entrambos lados de las calzadas están guarnecidos de hermosos jardines, cercados de agaves exuberantes, cuales no se encuentran en Europa á no ser en alguno que otro invernáculo de algún príncipe, y aun en este caso los ejemplares son poco desarrollados.

Las casas que se levantan en medio de esos jardines, tienen más bien el aspecto de quintas de recreo y en su mayor parte son de un solo piso, rodeadas por lo general de una pared en la cual se han practicado varias pequeñas aberturas, refugio de las palomas caseras.

Las habitaciones interiores son muy cómodas y espaciosas; de día, hállase todo abierto y durante la noche limítanse los moradores solamente á tener cerrados los postigos.

La mayor parte de las casas tienen azoteas, que proporcionan un excelente pasaje para pasearse y tomar el aire fresco, especialmente en las calurosas noches de verano.

En el centro del pueblo hay una gran plaza, rodeada de bellos edificios, entre los cuales se destacan el Cabildo con su alto mirador y con-

tiguo á éste, la Residencia Episcopal y luego la Catedral con sus dos torres.

Frente al cabildo está la fortaleza rodeada de trincheras con su correspondiente dotación de cañones. En dicha fortaleza encuéntrase la Guardia principal, compuesta de 30 hombres de Infantería y 16 de Caballería y aquí también reside el Exmo. Señor Gobernador, cuyo acompañamiento militar consta de 8 soldados dragones.

La ciudad cuenta (prosigue el P. Paucke) diez iglesias bien construída, entre las cuales, además de la Catedral y de la iglesia parroquial, llaman la atención los templos de los PP. Jesuitas y Franciscanos con sus correspondientes cúpulas.

Además de las dos órdenes religiosas que se acaban de nombrar, tienen también su asiento en Buenos Aires, los PP. Domínicos, los Mercedarios (fundación de San Pedro de Nolasco para el rescate de los cautivos), los Recoletos de San Pedro de Alcántara, así como los Bethlehemitas, que se dedican al cuidado de los enfermos y que viven solo de limosna;—hay también dos conventos de monjas,el de las Capuchinas y otro llamado «de la Enseñanza», por dedicarse especialmente á la instrucción de niñas.

El Colegio de los PP. Jesuitas consta de dos pisos y tres cuerpos, los cuales, con la Iglesia contigua, ocupan todo el jardín. Lindando con este último, hállase un solar sombreado por grandes olivos.

Además de este Colegio, también poseían los PP. Jesuitas en aquella época, una Residencia en la ciudad de Buenos Aires, la cual sin embargo más tarde fué transformada en otro Colegio.

Junto á esta Residencia tenían aún los PP. Jesuitas otro edificio de tres cuerpos y una iglesia, destinados particularmente á las personas piadosas que deseasen practicar los santos Ejercicios. Este edificio había sido construído y ampliamente dotado por un acaudalado ciudadano español. (*)

§ II.

De Buenos Aires á Córdoba

4. Habiéndose dado cuenta ya los Misioneros, de todas las cosas dignas de atención en la ciudad de Buenos Aires, manifestaron vivos deseos de llegar cuanto antes al lugar de su destino; terminados luego los preparativos más necesarios, á fines de Marzo del mismo año (1749) emprendieron nuevamente viage con rumbo á Córdoba, en compañía del Procurador de la Provincia del Paraguay, el P.

(*) Conservanse cartas y otros escritos del Padre Paucke en el Archivo General de Buenos Aires, en los cuales se firma su nombre tal como lo imprimimos. *A. V.*

Cárlos Gervasoni y de otro Sacerdote, el P. Andrés Astina, incorporándose todos ellos á una caravana de 95 carretas que también se dirigía al mismo punto. Una vez dispuesto todo en orden, púsose en marcha la caravana; iba delante el capataz, á caballo, y luego venían las carretas, una en pos de otra formando una hilera interminable.

Después de recorrer unas 20 leguas, llegaron á Luján, aldea bastante importante y en la cual se encuentra una imágen milagrosa de Nuestra Señora. Aquí ofrecieron los pasajeros el tributo de su devoción á la Reina de los Angeles y la misma tarde prosiguieron su viage

En el fuerte de Pergamino se detuvieron corto tiempo para descansar, cambiar los bueyes de tiro y hacer nuevas provisiones de animales de abasto; luego volvieron á emprender el viage, y después de cruzar por dos veces el Río Segundo y de haber recorrido desde su partida de Buenos Aires un trayecto de 120 leguas, lleno de toda clase de dificultades y contratiempos, llegaron finalmente á la ciudad de Córdoba, donde, como en Buenos Aires, se les hizo una recepción muy cariñosa.

5. La ciudad de Córdoba de Tucumán, en la época á que nos referimos, sin ser muy pequeña, tampoco había alcanzado todavía gran extensión; las calles corrían uniformes y los edificios eran bastante buenos aun cuando no se veían sino construcciones modestas.

Tenía aquí su domicilio el señor Obispo

con un cabildo de 8 canónigos; pero el señor Gobernador, ya había trasladado su Residencia á la ciudad de Salta, punto más cercano á los límites del Perú.

Además de su hermosa Catedral, la ciudad de Córdoba poseía 8 iglesias, así como tres conventos, de Domínicos, Franciscanos y Mercedarios; tenía también dos conventos de monjas, y un gran colegio de PP. Jesuitas con su iglesia contigua.

Este Colegio constaba de dos pisos, poseía una biblioteca muy selecta. y en el recinto que encerraban los muros que rodeaban dicho Establecimiento, habia una botíca, una panaderia y diversos talleres, como son encuadernacion, cerrajeria, carpinteria, etc.

Aqui fué, en este Colegio que acabamos de mencionar, donde el P. Paucke, todavia jóven sacerdote, dió feliz término á los largos estudios de sagrada Teología que suelen hacerse en la Compañía de Jesús.

Una vez dado el último exámen pasó al Noviciado que tenían los PP. contiguo al colegio, para prepararse con la oración y penitencia durante el año de tercera probación, á los árduos trabajos que debía emprender en las misiones de los infieles.

§ III.

De Córdoba á la Reducción San Javier pasandc por Santa Fé

6. Terminado el año tercero de probación debía el P. Paucke, según las disposiciones de sus Superiores, trasladarse á una de las Reducciones de más reciente creación y dirigirse en primer lugar al pueblo de Santa Fé á donde vendrían á buscarle los indios de dicha Reducción.

Llegado á Santa Fé, después de haber recorrido unas 100 leguas de camino, tuvo tiempo bastante para visitar esta ciudad y sus alrededores.

Era comandante de la misma en aquella época, Don Francisco de Vera y Mujica—aquí también tenían un Colegio los P. P. Jesuitas con una hermosa iglesia; además contaba el pueblo con dos templos parroquiales, uno para los españoles y otro para los mulatos, etc.—había también, como en Córdoba, tres conventos, de PP. Domínicos, Franciscanos y el de los PP. Mercedarios.

Situado sobre el río Paraná el pueblo de Santa Fé, tenía un pequeño muelle ó embarcadero al cual solía designarse con el nombre de «Puerto Preciso», porque todos los buques que navegaban en el Paraná hácia arriba ó hácia abajo del río, estaban obligados á satisfacer en Santa Fé los respectivos derechos de

aduana, á pesar de las protestas que contra esta medida había levantado por repetidas veces la ciudad de Asunción.

Finalmente y después de una prolongada espera, llegó de la Reducción de San Javier, el P. Manuel Canelas, acompañado por unos 17 indios bautizados, para buscar al P. Paucke y llevarle á ese punto definitivo de su destino que tanto y desde tan largo tiempo había anhelado alcanzar.

7. El día 11 de Junio de 1752 emprendieron el viaje. Y si bien en condiciones normales bastaban 3 días para recorrer la distancia, relativamente corta que media entre Santa Fé y esa Reducción, es decir unas 34 leguas, fué tan desfavorable el tiempo que á la sazón reinaba (era la estación de invierno) y tan numerosos los arroyos y riachos que á consecuencia de las fuertes lluvias se habían desbordado, que recién al undécimo día pudieron llegar á la Reducción de San Javier.

«Declaro (dice el P. Paucke en este lugar de su relato) que al ver por primera vez á estos indios, experimenté una alegría y felicidad tal, que no la trocaría por otra alguna, salvo la eterna, y abrigué la firme esperanza de que me sería dado permanecer en medio de esos pobres seres durante el resto de mi vida».

CAPÍTULO II.

El P. Paucke en el lugar de su destino, en la Reducción San Javier

§ I.

Fundación de esta Reducción

8. En la extremidad del extenso valle denominado «Gran Chaco» vivía la tribu de indios Mocovíes, llamados también Guaycurues. A pesar de que sus tolderías distaban unas 500 leguas de Santa Fé, atacaban sin embargo frecuentemente á los habitantes de esta ciudad, matando á muchos de sus moradores y llevándose los niños como prisioneros, pues estos indios eran sumamente crueles y entregados á la bebida. Ya de por sí asaz numerosos, uníanse todavía á otras tribus, particularmente á los Abipones é Indios Tobas, y luego caían de improviso sobre los pastores que cuidaban los ganados pertenecientes á los vecinos de la ciudad y que pacían en los alrededores de la misma, los ultimaban y luego dispersaban el ganado por todas partes, el cual se internaba en los bosques cercanos en donde iban transformándose paulatinamente en grandes tropas de animales silvestres.

Solían también los indios hacer ataques nocturnos hasta en la misma ciudad, matando á los vecinos que moraban en las casas más apartadas. A tal punto había llegado este estado de cosas que ya nadie se atrevía á salir del pueblo, y si bien los habitantes se armaron varias veces para perseguir y castigar á estas hordas salvajes, volvían cada vez en menor número.

9. Finalmente se decidieron á abandonar la población y retirarse unas 18 leguas al sudeste para fundar un nuevo Santa Fé; el antiguo poco después fué incendiado y completamente destruido por los indios.

Pero tampoco en esta nueva población quedaron libres de las asechanzas de los salvajes, viéndose forzados á pedir refuerzo de hombres á Buenos Aires. Habiéndose recibido 50 soldados de línea efectuaron una nueva expedición, pero con tan triste suerte que fueron exterminados por los indios á flechazos.

Si bien es cierto que en todos estos encuentros los indios no siempre llevaban la mejor parte, pues muchos de ellos dejaban su vida ó eran hechos prisioneros, con todo, las derrotas mismas que sufrieran, sólo tenían por consecuencia aumentar su encono, induciéndoles á volver á la carga en mayor número.

En estos apuros solicitaron los santafecinos el auxilio de los pueblos vecinos, aun de los más apartados y obtuvieron así de Corrientes 300 hom-

bres; de Córdoba 700; de Tucumán 200 y de Santiago del Estero 500:—Una vez reunidos estos refuerzos aprontaron una nueva expedición contra los indios, pero habiéndose al efecto internado en los montes, no consiguieron dar ni con uno solo de ellos, sino que estos mismos indios en cuya busca vinieron, ya se habían trasladado con una rápidez asombrosa á los alrededores de esos mismos pueblos que acababan de enviar su contigente á Santa Fé; y arremetiéndolos con mayor saña que nunca, robaron y mataron á tanta gente que los referidos pueblos se vieron obligados para su propia salvación, á llamar de retorno los refuerzos que fueron á socorrer á los santafecinos.

Después de así lidiar durante varios años con los salvajes, hubieron de convencerse los españoles, del ningún éxito de sus esfuerzos; de consiguiente resolvieron poner en práctica otro medio para lograr el fin deseado. En vez de quitar la vida á los indios hechos prisioneros, los hicieron azotar en la plaza pública y luego los soltaron para que, de regreso á sus tolderías, contasen á los suyos cuanto les había acontecido.

Pero tampoco este nuevo medio surtió el efecto apetecido.

Por entonces era Teniente Gobernador ó Comandante de Santa Fé, el Sr. D. Francisco Javier de Echagüe, hombre (afirma el P. Paucke) de mucha penetración, de conducta

irreprochable y que, por ser cristiano ejemplar, á nadie iba en zaga en punto á valentía.

Resuelto este Señor á proporcionar á la ciudad, de una vez para siempre, la tranquilidad que tanto necesitaba, organizó un cuerpo volante de 400 plazas y con él batió el campo en toda esa región logrando de esta manera hacer prisioneros á un buen número de indios.

Estos, luego, fueron tratados, tanto por parte del mismo Comandante como de todos los vecinos del pueblo, con extremada bondad, y después de hacerles muchos y valiosos regalos se les dejó volver á sus tolderías.

Con todo, á pesar de tamaña dulzura no se pudo conseguir sino que en adelante cesasen por lo menos las matanzas de ciudadanos, pues siguieron los indios considerando como perfectamente lícito el ejercitar depredaciones con tal que lograsen hacerlo con impunidad.

Poco después acercáronse un día al pueblo 5 indios en compañía de un español llamado Casco, á quien, hacía ya algunos años, habían hecho prisionero cerca de Corrientes.

Este mandó pedir al Comandante que, en compañía de otros tantos ciudadanos se dignara conceder una entrevista á los recien llegados, pero con la condición, de que concurrirían sin armas. La conferencia efectivamente tuvo lugar; los indios solicitaron la devolución de sus prisioneros, cuya entrega les fué

concedida, pero bajo la condición de que en adelante cesasen de alborotar al pueblo, ofreciéndoseles en cambio, por parte de los españoles, mantener la paz con los indios.

Estos obtuvieron además el permiso para entrar en la ciudad de Santa Fé pero sin armas, debiendo dejar estas últimas fuera del pueblo.

Celebrado en esta forma el pacto que acabamos de referir, los consabidos 5 indios fueron obsequiados por el Comandante con diversos regalos y luego volvieron á sus poblaciones.

Pero apenas hubieron transcurrido unos 8 días cuando ya los indios volvieron nuevamente á cometer sus fechorías, y esto hasta tal extremo que al poco tiempo peligraba la existencia misma de los habitantes del pueblo por carecer de animales de abasto, pues siguiéndose los robos unos á otros con corto intérvalo, hicieron que desapareciera pronto casi todo el ganado que había en las estancias existentes al rededor del pueblo.

10. Visto el completo fracaso de las diversas medidas que hasta ese momento había ideado y puesto en práctica el Comandante para tratar de lograr un modus-vivendi con los indios que le permitiera vivir con ellos en paz y tranquilidad, y habiéndose debido convencer de que ni mediante el trato bondadosísimo que últimamente les había dado conseguiría tan deseado resultado, acordóse de

lo que anteriormente y en distintas acasiones le había hecho presente el Padre Rector del Colegio de Jesuitas, á saber, que á su juicio el único medio eficaz para lograr dicho fin, sería, enviar á algunos Padres del mismo Colegio para que morasen permanentemente entre los indios.

Para llevar á cabo tal empresa y soportar los grandes peligros que en sí envolvía, ya se había ofrecido, desde tiempo atrás, el P. Francisco Burges, animado como estaba, del ardiente deseo de tomar una parte activa en la civilización de esos pobres salvajes.

Al principio, sin embargo, negábase el Comandante á consentir en la ejecución de semejante propósito, hasta que viendo con cuánta insistencia le reiteraba el P. Burges su pedido, no le fué posible negarse por más tiempo, concluyendo luego por dar su anuencia, para que fuesen enviados á las tolderías dos misioneros jesuitas, con la condición, de que irían acompañados por gente armada, pues según órden expresa y formal del Rey de España, bajo ningún concepto podrá permitirse que la vida de un misionero fuese puesta en peligro enviándole á las tierras de los indios sin una protección adecuada.

Sin embargo, tanto el P. Rector como el P. Burges, se opusieron á esta medida de precaución, declarando el segundo que prefería prescindir de cualquier acompañamiento por

cuanto tenía plena confianza de que mucho mayor sería el éxito que con la Cruz sola obtendría que no el que podía esperarse por medio del estrago de las armas españolas.

Resolvióse, pues, enviar á dos misioneros, el referido P. Burges y el P. José García, jesuita también, natural de Andalucía. Debían acompañarlos tres intérpretes, pero no quisieron los misioneros llevar sino uno solo consigo.

11. Salieron, pues, los tres nombrados, para poner en práctica este nuevo ensayo y á corta distancia del pueblo toparon ya con el cacique Ariacaiquín, quien, en oyendo las proposiciones de paz y buena armonía que se le hacían, y después de consultarlo previamente con su tribu, manifestó su completa conformidad con el establecimiento de una Reducción.

Pero mientras se hacían los preparativos para llevar á efecto esta fundación, fué muerto dicho Cacique en un encuentro que tuvo con los españoles, pues se había dejado seducir por un indio amigo á tomar parte en un nuevo ataque contra los cristianos, que á la sazón se había concertado.

Al poco tiempo, sin embargo, entabláronse relaciones con el cacique Cithaalin (hermano del que recientemente había fallecido) las cuales terminaron con un pacto definitivo celebrado con el cacique Aletin (cuñado de Cithaalin) quien llevó á los dos misioneros consigo para que fundasen una primera Reducción.

12. El sitio elegido era el mismo donde

antes había existido el primer pueblo de Santa Fé cuya destrucción ya queda relatada, y que no distaba sino unas 18 leguas de la ciudad actual.

En cuanto al terreno, agua potable etc., era excelente el paraje elegido, si bien las fieras abundaban aún en los alrededores.

Era menester, ante todo, construir una Iglesia y vivienda para los misioneros; para llevar á cabo estos trabajos preliminares dieron su valioso contingente unos 200 soldados que al efecto envió el Comandante de Santa Fé, contribuyendo á su vez á la fundación de la Reducción, los pueblos de Córdoba, Tucumán; Santiago del Estero y el de Santa Fé mismo, enviando algunos miles de animales vacunos y buena cantidad de yeguarizos.

El mismo cacique Aletin, puso mano á la obra y con su ejemplo alentó á sus indios á tomar parte activa en dichos trabajos, lo cual no era poco atendido que en este mundo no existe ser más indolente que el indio. Unos fabricaron ladrillos, otros cortaron árboles, mientras que otros preparaban cañas y juncos para la fábrica del techo; de modo que antes de transcurrir un mes ya estaban terminados el templo y la casita para los padres misioneros, quedando completadas las instalaciones interiores más necesarias con diversos utensilios caseros y de cocina que para este fin habían enviado los vecinos de Santa Fé.

13. Esta primera Reducción que constaba

de unas 18 familias, de 9 almas poco más ó menos cada una, pronto empezó á ser objeto de muchas contrariedades para los P. P. misioneros. En el corto espacio de tres días y para tan solo unos 160 individuos se habían beneficiado ya 6 animales vacunos fuera del importante contingente que producía la caza de venados, avestruces etc., etc. y á pesar de todo esto, quejábanse todavía los salvajes de que padecían hambre. Hasta hubo algunos que, sin más ni más, se trasladaron á los pastoreos y enlazando la primera vaca que encontraron, sin preocuparse de si estaba amansada ó brava, preñada ó no, la mataron y luego llevaron la carne á sus cabañas; y por estraño que parezca, el hecho es lo cierto que los indios no se querían conformar sino con carne de vaca y exigían de los misioneros que les diesen carne fresca día por día; en cuanto á los restos de la comida que sobraban del día anterior, los tiraban á sus perros, á los cuales tenían un cariño tal que preferían sufrir hambre ántes que privarlos de su alimento cotidiano.

A las reconvenciones que con motivo de tamaño derroche les hizo el P. Burges, contestáronle los salvajes, que estuviera sin cuidado á este respecto, que una vez que hubiesen acabado con el ganado existente ya sabrían abastecerse, como antes, con el producido por sus cacerías.

Así continuaron las cosas durante varios meses, llegando finalmente á tal punto que pe-

ligraba la estabilidad de la Reducción, pues además de fomentar el descontento consiguiente entre los indios que constituían la misma, muchos de ellos abandonaban sus quehaceres y trasladándose al cercano pueblo de Santa Fé mezclábanse con gente poco escrupulosa quienes les inducían con sus malos consejos, á oponer toda clase de obstáculos á la realización de las medidas tan eficaces como previsoras que los misioneros trataban de llevar á cabo.

14. Muy largo sería el relato de todos los contratiempos que en el curso de esta primera Reducción tuvieron que sufrir los Padres que la fundaron; basta decir que las cosas llegaron á tal extremo que, para evitar mayores males, resolvieron los misioneros, de acuerdo con el cacique Aletin, trasladar la Reducción á otro paraje que distaba unas seis leguas de su asiento actual.

Pero tampoco en este nuevo punto, á pesar de las condiciones favorables que para la nueva fundación ofrecía, les fué permitido permanecer por mucho tiempo, pues apenas hubieron terminado la construcción del nuevo templo y de la habitación para los dos misioneros, cuando de repente se declaró un incendio que arrasó completamente todo cuanto se había edificado. Y si bien dentro de unos seis meses ya habían vuelto á construir lo destruido por el fuego, sin embargo, una fuerte creciente que se produjo inopinadamente en el río

Paraná, les obligó tanto á los indios como á los dos misioneros á buscar refugio en unas eminencias cercanas, siendo tal la inundación que en el llano las aguas alcanzaban hasta la cima de los árboles más altos. Esto sucedía en el mes de Marzo y fué tan prolongada la inundación que antes de bajar las aguas se vieron obligados á pasar toda la cuaresma alimentándose de peces y carpinchos.

15. El temor bien fundado de que estas inundaciones se produjesen nuevamente indujo á los recién venidos á trasladarse á otro punto que les ofreciera más seguridad.

Pusiéronse, pues, en camino y después de recorrer unas 6 leguas en dirección al Norte, hallaron un paraje muy apropiado, en el cual, después de tantas peripecias, les fué dado establecerse definitivamente. Hénos aqui, pues, en la Reducción de San Javier, á donde, tres meses más tarde, vino el Padre Paucke à juntarse con su colega el Padre Burges, fundador de la misma.

§ II

Descripción de la Reducción «San Javier» primeros trabajos del P. Paucke

16. El Padre Burges al dar la bienvenida á su compañero recien llegado, empezó por rogarle, (y con sobrada razón, como va-

mos á verlo) que no se admirara demasiado de la habitación y hospedaje que en este asiento de tan reciente fundación le caía en suerte.

Empezando por la Iglesia, no se la podía comparar siquiera con el galpón más primitivo, pues sus paredes las constituían unas estacas de madera hundidas en el suelo y sobre las cuales se habían tendido cueros vacunos sin adobar.

En cuanto al altar estaba construido con adobes y no tenía por adorno sino un crucifijo así como, á guisa de candelabros dos astas de buey rellenados con arena y en las cuales estaban colocados los cirios. El techo de la Iglesia era de paja.

Al lado de la Iglesia hacían las veces de un campanario, dos cencerillos que pendían de un pequeño andamio y luego venía la escuela cuya construcción, en cuanto á su carácter primitivo, en nada desmerecía de la del templo.

Las chozas de los indios eran de paja y su altura máxima incluso el techo, no alcanzaba á seis piés, de modo que nadie podía estar de pié en estas viviendas; tampoco se había guardado uniformidad alguna en la distribución de las chozas; en toda la aldea no existía ni un solo callejón siquiera, ni paraje alguno que pudiera aspirar á tener el nombre de plaza; en cambio abundaban entre choza y choza montones de inmundicias, pues al lado de cada morada se beneficiaban los animales de abasto y

como los indios solo gustaban de comer algunas partes muy escogidas del animal quedaban luego tiradas en ese mismo sitio las desechadas, que servían de cebo á los perros y aves de rapiña.

En peores condicíones aún se hallaban las viviendas de los dos Padres misioneros. La del P. Paucke, por ejemplo, media á penas 10 á 11 piés de largo por 6 á 7 de ancho; las paredes así como el techo eran también de cueros sin adobar enclavados en la tierra con astillas de madera, y si bien el borde inferior estaba reguardado con tierra movediza amontonada alrededor, las aguas de la lluvia penetraban por dentro con toda facilidad. Cada vez que llovía se ablandaban y aflojaban los cueros, y por otro lado estas paredes primitivas atraían por millares á toda clase de moscas y mosquitos que naturalmente causaban gran molestia á los que moraban en el interior de la choza. En tiempo de los fuertes calores se encogían hasta arrancar las clavijas de madera hundidas en la tierra, dando, desde luego, libre paso à cuanto bicho viviente se hallara próximo, perros, gallinas etc. De vez en cuando solían también visitar á los misioneros algunas víboras y serpientes así como también alguno que otro zorrino.

Sin embargo, dice el P. Paucke, à pesar de todas estas molestias, siempre me fué muy grata mi permanencia entre los indios, tan eficaz es la ayuda y grande el consuelo que

Dios, Nuestro Señor concede á aquellos que por su amor se sacrifican para lograr la salvación de las almas.

Lo primero que emprendió el P. Paucke, fué la construcción de un nuevo altar, si bien tan solo de caracter provisorio, y adecuado á las circunstancias, como por otra parte también lo eran tanto la Iglesia como las moradas de de los Padres misioneros.

Principió, pues, por hacer un sólido marco de madera, sobre el cual tendió fuertemente un cuero vacuno fresco, dejándole expuesto al sol hasta que estuviera bien seco; luego lo limpió esmeradamente de uno y otro lado hasta dejarlo completamente blanco, y entonces, retirando del marco el cuero así preparado, escotó en el mismo diversas figuras las que reforzó con papeles de color y pasó sobre lo restante una mano de cola, preparada con una decocción de los deshechos, espolvoreó toda la superficie con talco molido, ingrediente que había traido de Córdoba en buena cantidad.

El efecto asi producido resultó muy atractivo, pues todo el altar relucía cual si fuera de plata causando su vista grande admiración y regocijo entre los indios.

Hubo luego que pensar en la edificación de una Iglesia un poco más apropiada, y, naturalmente, el P. Paucke tuvo que hacer de albañil. Empezó por hacer el trazado para la nueva construcción y luego preparó los moldes para la fabricación de los ladrillos.

17. Los indios viendo al misionero trabajando la arcilla y preparando la argamasa, se acercaron á él; algunos llegaron à ofrecerse para ayudarle mientras otros se concretaban á sentarse á su lado para mirar lo que hacía.

Al notar esto el P. Paucke, los convidó á poner ellos también mano á la obra;—contestáronle unos que «tenían pereza», y otros alegaron que no eran prácticos en esta clase de labores y que, de no ejecutarlas bien, quedaría descontento el Padre, y luego ellos tendrían que avergonzarse.

Trató, sin embargo, el Padre Paucke, de combatir por todos los medios posibles la tan arraigada desidia de sus indios, quitando de por medio todo obstáculo que en alguna manera pudiera impedir la consecución de ese fin. De vez en cuando echaba á perder, adrede, cualquier trabajo que tenía en la mano, ó se fingía inepto para ello y luego preguntaba á uno de los indios que estaba ú su lado si él se creía capaz de ejecutar tal ó cual cosa. Entónces echábase el indio á reir y decía:

«El Padre nos quiere enseñar á nosotros á « trabajar, y él mismo no puede sino echar á « perder, á cada rato lo que tiene entre manos « Ven tú, pues, replicábale entonces el P. Pau- « cke, Ven tú, y haz la prueba, y luego si tu « trabajo sale mejor hecho que el mio, te daré « algun regalo!! »

Asi animado, el indio se ponía á la obra y trabajaba durante media hora junto con el P.

Paucke, mostrándole pieza por pieza sus productos para que viera si la ejecución era de su agrado.

El Padre, elogiaba la asiduidad del indio y luego le exhibía á su vez sus propios trabajos, en varios de los cuales, de propósito, se había descuidado, para que le saliesen defectuosos, de lo cual recibía gran gusto el indio, quien aprovechaba con marcado placer la ocasión que con esta inocente artimaña se le brindaba para á su vez criticar los defectos de que adolecían las producciones del mismo misionero.

Hé aquí de qué manera se consiguió poco à poco inducir y acostumbrar al trabajo á estos niños de la naturaleza.

18. Entre otras cosas que también merecieron la preferente atención del P. Paucke, en esta su nueva esfera de acción, fué el aprender á fondo la lengua de indios.

«¡Cuanta veces», dice el Padre á este respecto, «casi lloraba al convencerme de cuán grandes eran las dificultades que este estudio ofrecía y cuan lentos eran mis progresos en el mismo».

El Padre Burges, empero, solía consolarle é infundirle nuevos brios, declarándole por otra parte que, con toda probabilidad llegaría antes que él á poseer dicho idioma por aventajarle al P. Burges en que siendo su lengua nativa el alemán, de pronunciación por cierto algo áspera, hallaría alguna mayor facilidad para asimilarse la del indio.

Sin embargo, después de haber proseguido sus estudios durante algún tiempo, ayudado también por un vocabulario manuscrito que el P. Burges ya desde antes había venido formando, paulatinamente, pudo ver que los libros que tenía á la mano adolecían de errores y sobre todo que las indicaciones dadas sobre lo manera de pronunciar, en muchos casos no guardaban consonancia con la efectiva pronunciación de los naturales.

Por tanto decidióse á proseguir los estudios tan solo mediante el directo contacto con los indios y al efecto empezó por dirigirles toda clase de preguntas conducentes á ese fin, inquiriendo la significación exacta de cada vocable, los nombres de una infinidad de cosas etc., etc. Los indios á su vez, mostrábanse muy contentos en cuanto notaron que el P. Paucke ya principiaba á balbucear algunas palabras en su lengua mocoví.

Este nuevo método dió excelentes resultados, siendo tan rápidos los progresos alcanzados que ya en el segundo año de su permanencia entre los indios, pudo el P. Paucke catequizar á sus hijos y al año siguiente ya predicaba sermones en dicho idioma.

§ III

Modo de vivir en la Reducción; manera de tratar á los indios.

19. Como ya lo hemos hecho notar, uno de los caracteres más pronunciados del indio salvage es la borrachera, y bien se comprende que, para lograr estirpar este hábito inveterado, sobre todo en una Reducción recién creada y compuesta casi en su totalidad de gente pagana, era menester mucho tiempo y una paciencia á toda prueba. «No pasaba un solo día», dice el P. Paucke, sin que fuéramos molestados por algunos de estos beodos, especialmente cuando venían algunos de los salvages vecinos para visitar nuestra Reducción».

Veamos ahora de qué medio se valieron los misioneros para combatir y corregir este vicio tan arraigado entre esta pobre gente cuanto pernicioso en sus efectos.

Había en las misiones guaraníticas, plantaciones de té paraguayo, con el cual se prepara una excelente bebida, tan saludable como exenta de todo efecto embriagador. De esta yerba pudo el P. Paucke procurarse una buena cantidad, y pronto se le ofreció acasión propicia de darle favorable aplicación, como en seguida veremos.

20. Presentóse un buen día en la Reducción (ya tenía esta 5 años de existencia) el cacique Cithaalin, y, con toda ingenuidad díjole al P. Paucke, entre otras cosas, lo siguiente:

« No te admires de que yo no me haga bautizar, pues he observado que aquellos indios que tú has bautizado han dejado aquella bebida fuerte que acostumbramos. Pues bien, si yo fuera cristiano, otro tanto me incumbiría hacer, así que prefiero quedarme como estoy, porque me sería demasiado difícil el abandonar esta mi vieja costumbre».

Trató el P. Paucke de explicar al caudillo que lo que Dios prohibe no es la bebida en sí, sino el beber inmoderadamente porque esto destruye cuerpo y alma, y agregó que, por más aficionado que fuera á embriagarse, esto no impedía que, con el tiempo se deshabituase de tan feo vicio.

« Déjame tiempo, contestó á esta proposición el cacique; voy á reflexionar sobre el particular y *quizá* me resuelva á seguir tu consejo».

«Después de varias recaidas en el mismo vicio volvió el cacique al misionero diciéndole:

«Todo lo que me observaste, está bien... pero... pero... apiádate de mí y permíteme, que por última vez beba á toda mi satisfacción, que en adelante ya sabré refrenarme y cuidar de nunca caer en semejante vicio».

El P. Paucke replicó al cacique: «Esto no puede ser, porque no soy yo sino Dios el que lo prohibe en su santa ley: pero véte, que yo

te daré otra bebida que es más agradable que la tuya, y que nunca te embriagará.

Con esto fuése muy contento nuestro Cathaalín. En seguida el Misionero preparó el té paraguayo; el cacique, al día siguiente después de haberlo probado, no pudo menos que decir al Padre; «Si de esto tuviere yo todos los dias, fácil me sería olvidar del todo nuestra bebida: este brebaje que acabo de probar no solo me gusta mucho, sino que no me ocasiona dolores de cabeza».

En oyendo esto el P. Paucke, tomóle la palabra al caudillo y acto contínuo celebraron un pacto según el cual se le daría á él y sus amigos día por día la cantidad de yerba paraguaya que necesitaran, debiendo ellos en cambio abstenerse en adelante de probar *chicha* ó sea el consabido líquido embriagador.

Luego cuenta el P. Paucke cómo los indios poco á poco se acostumbraron á la yerba paraguaya y, después de haber vencido á fuerza de sufrimientos y heróica paciencia aquel vicio tan arraigado entre los paraguayos, logró aun otras cosas de mayor cuantia, como vamos á decir en seguida.

21. Poco después otro cacique llamado Aletin, cuñado de Cathaalín, se presentó al P. Misionero pidiéndole una ración diaria de yerba. El P. Paucke le significó entonces, que si él con su gente, además de abstenerse de chicha, querían contribuir con su trabajo personal al bien común de la Reducción, se les daría yerba

en tanta abundancia, que aun durante el trabajo pudiesen tomar té; Aletín manifestó desde luego su conformidad y se puso acto contínuo con su gente á trabajar. Notando el cacique Cathaalin poco después, que su cuñado recibía una ración de yerba que era mayor que la suya, presentó sus quejas al P. Misionero: Este le hizo presente que aquella mayor porción era debida y aun necesaria al trabajo personal, y si él con su gente querían imitar el buen ejemplo del cacique Aletín tendrían como él mayor cantidad de té. A esto repuso Cathaalin, que él era ya demasiado avanzado en edad para tomar parte en las obras de la Reducción. Explicóle el P. Paucke que en manera alguna se pretendía que él en persona pusiera mano á la obra, sino simplemente que llevara el contingente de los indios que se hallaban bajo su mando y que al propio tiempo los vigilara para que trabajasen con ahinco.

«Y, ¿en qué quieres tú que se ocupe mi gente? preguntó Cathaalin:

« En cultivar la tierra, repúsole el P. Paucke. El cacique pretextó que mal podían sus indios labrar la tierra, puesto que jamás habían aprendido á hacer semejantes trabajosa;— pero el P .Paucke le prometió que él en persona se los enseñaría, con lo cual mostróse muy conforme nuestro cacique y al poco tiempo presentáronse á trabajar él con 20 de sus indios. Acto continuo se efectuo un abundante reparto de yerba entre todos estos nuevos

trabajadores;—Cathaalin que ya tenía pronta su bolsita recibió una libra entera y rebosando de contento montó su caballo y se fué con sus indios al campo cercano. Aquí ya prepararon fuego y pronto todos ellos estaban probando té.

En este intervalo el P. Misionero hizo preparar los bueyes de tiro así como los diversos instrumentos de labranza y con ellos trasladóse al sitio donde se encontraban los indios, quienes le acogieron con mucho cariño.

22. Oigamos ahora el relato del mismo P. Paucke:

«Dispuse primeramente que algunos de los indios ayudasen á atar los bueyes al yugo y luego tomando yo mismo el arado empecé á labrar la tierra, ordenando á todos los indios que se colocaran á mi lado y que pusiesen toda su atención en lo que yo hacía, para que de este modo pudieran ellos á su vez aprender cómo debían ejecutar esta labor».

Verdad es, que mi labranza resultó muy mal hecha, siéndome imposible abrir ni un solo surco que fuera rectilíneo, pues todos ellos más bien se asemejaban á un rastro de serpiente, y á pesar de mis grandes esfuerzos, cuando aún no había abierto sino unos 9 ó 10 surcos ya nadaba en sudor.

«Venid ahora vosotros», dije á mis indios, y haced la prueba para ver qué tal os saldrá el trabajo.»

Hé aquí, empero, la respuesta que me dieron:

«Sigue tú arando no más, Padre, pues lo haces á las mil maravillas!! »

«Bonito fuera, contestóles el Misionero, que vosotros os quedaráis ahí con los brazos cruzados tragando té con gran fruición y me dejaseis trabajar á mi solo!!

Habeis recibido la yerba con la condición de que vosotros también trabajareis y si sólo quereis estar bebiendo té, sin participar en los labores, no se os dará más yerba!!

Y ahora, como yo yá hé trabajado, me toca á mi el turno para descansar y tomar té, y tampoco os voy á convidar! » En oyendo esto el cacique Catahaalín, dijo á sus indios:

«Id, id no mas à trabajar, que pronto habreis de acertar». Dicho y hecho; uno de los indios tomó en seguida el arado y al poco tiempo de labrar, ya me superaba en su manera de trabajar, pues los surcos que abrió salieron mucho más regulares que los mios.

En viendo este resultado, exclamé:

«En verdad, que jamás hubiera yo creido que vosotros de tal manera me habriaís avergonzado, pues he debido convencerme de que vosotros sois mucho más expertos que yó, y esto hasta tal punto que yá no me atrevo á seguir arando delante de vosotros, pues temo que me vais á dar mucho mayor bochorno. Continuad, pues, vuestras labranzas, por ahora me voy á mi casa, pero antes de medio día he de volver acá; quizá que por entonces se me haya pasado la vergüenza».

Luego me retiré con el corazón rebosando de alegría al ver así coronados mis esfuerzos, yéndome en seguida á dar cuenta á mi Superior, el P. Burges, del brillante resultado alcanzado.

A las 10 subí otra vez á caballo y me trasladé á donde estaban mis labradores, á fin de darme cuenta de lo que habían hecho en ese intervalo y aun cuando, dado el tiempo transcurrido, era poco lo que habían trabajado, sin embargo, no les escatimé mis elogios, mostrándome muy satisfecho con sus labores.

De esta manera tenían que proceder con sus indios los Padres Misioneros, para poder conseguir algún resultado práctico, y sobrada razón tenía el P. Paucke cuando decía que era menester valerse de medios peculiares y de mucha astucia para encaminar al pobre salvage por la senda del bien.

Y adviértase que para alentar al indio á mantenerse en esta senda, sería del todo contraproducente emplear largas exhortaciones, pues el único efecto que por ello se conseguiría no podría menos que causarle fastidio hasta tal punto que concluiría por evitar todo contacto con el Misionero.

23. También es menester, cuando se le habla, cuidar de no levantar demasiado la voz, pues de lo contrario se imagina que uno le quiere constreñir ó bien que se le está regañando.

Si por cualquier causa que fuere, estuviese el indio sufriendo los efectos de alguna agita-

ción interior, es necesario dejarle en paz hasta que se haya tranquilizado del todo. A este respecto, precisamente, el P. Paucke trae á colación algunos incidentes: — Escuchemos su propio relato:

« Aún cuando ya tenía adquirida cierta experiencia en el modo de tratar convenientemente á los indios, sin embargo no alcanzaba á comprender cómo era que, habiéndoles yo dirigido cualquier exhortación y preguntándoles luego, si me habían entendido, no me era posible conseguir que me contestasen ni afirmativa ni negativamente, sino que, encerrándose en un mutismo absoluto se limitaban, por toda repuesta, á una especie de ronquido; además se quedaban con la vista clavada en el suelo y trazando en el mismo con el dedo pulgar del pié alguna figura ú hoyuelo, escupían á uno y otro lado.

«Al notar esto, no atinaba al principio á darme cuenta de lo qué podían significar tan estraños ademanes, pero tampoco se me ocurrió tomarlos á mal. Un buen día, empero, hallóse presente el cacique Aletin en el momento preciso en que un indio reproducía la escena que acabo de describir.

«Empezó el caudillo por hablar al indio con mucha moderación y sosiego, apoyando la exhortación que yo le acababa de dirigir. Pero el único resultado que obtuvo fué, que el indio, con más arrebatamiento que nunca, siguiera cavando en la tierra con el dedo del

pié y escupiendo sin cesar por todas partes.

«En notando esto, llamóme á parte el cacique y me dijo:

«Mira, Padre, ya veo que por hoy no surtirá efecto alguno tu exhortación, pues este hombre seguramente ha sufrido algún contratiempo que le aflige ó le causa enojo;—deja pues, por hoy, que se retire á su casa, hasta tanto que haya digerido la causa de su descontento, pues de lo contrario corremos el riego de que todavía se enfade contra tí y que no vuelva más á dejarse ver.

«Siguiendo, pues, el consejo del cacique despedí al indio con algunas palabras amistosas y con un regalito; este último lo aceptó, pero sin dar la menor señal de agradecimiento y luego, sin despedirse siquiera de nosotros, dió media vuelta y se retiró.

«Sin embargo, al dia siguiente ese mismo indio me volvió á visitar espontáneamente, y en llegando me saludó con mucha afabilidad, me miró sin preocupación á la cara y, habiendo contestado á todas mis preguntas, se quedó todavía algún tiempo más á mi lado mostrándome buen semblante y prestando especial atención á cuantas observaciones se me ocurriera hacerle.

«En otra ocasión, prosigue el P. Paucke, pude constatar otros nuevos indicios de esa estraña emoción que á veces suele embargar á los indios. Habiendo reunido á algunos de ellos para instruirles, aun cuando me empeñaba

por hacerlo con la mayor dulzura, observé que se les llenaban los ojos de lágrimas y que su mandíbula inferior empezaba á temblar como suele suceder cuando uno está por llorar. Creí, al principio, que era una especie de enternecimiento, producido quizá por haber ellos tomado á pecho mis exhortaciones; pero en eso me había equivocado enteramente, pues no era sino la cólera y la bilis que los embargaba, comprobándomelo muy pronto lo atrevido é irrespetuoso de algunas de sus respuestas.

«Era especialmente el cacique Cathaalín, quien más que ningún otro, solía estar dominado por esta fuerte emoción interior. A penas se presentaba algún acontecimiento susceptible de contrariarle, cuando ya le subían las lágrimas á los ojos, y le empezaba á temblar la barba ».

24. Uno de los medios más conducentes para que los Misioneros pudieran granjearse el afecto de los indios, consistía en acomodarse, hasta donde fuera materialmente factible, á su propio modo de vivir.

En uno de los viages entre Santa Fé y la Reducción, que en distintas ocasiones tuvo que emprender el P. Paucke, y en el cual, como casi siempre solía suceder, le acompañaba buen número de indios, tanto adultos como muchachos: — hallándose de regreso, dió el Padre permiso á sus acompañantes para em-

prender una cacería mayor, enlazar caballos monteses y recoger miel silvestre.

«Una tarde — prosigue el P. Paucke — hallándonos reunidos al rededor del fuego yo y todos los indios adultos, mientras los muchachos en número de 15 habían hecho para sí un fuego aparte pero próximo á nosotros oía á estos últimos entreteniéndose y charlando respecto de lo que en el día hubieran cazado, las peripecias que experimentaran y la cantidad de miel que habían reunido, y noté que en el curso de su relato echaban de vez en cuando alguna mirada furtiva hácia mí. Aunque no les hice gran caso, sin embargo, no dejaba de llamarme la atención que, mientras efectuaban entre sí la distribución de su botín, continuaban observándome muy á menudo. Entónces se me ocurrió que tal vez habrían deseado de muy buena gana obsequiarme á mí también con una parte de la caza; pero que, por temor de que yo quizá no lo aceptaría y sobre todo de que me negaría á probarlo, no osaban poner en práctica la idea, que á estar yo en lo cierto, los impulsara».

Terminado, pues, el reparto sin que me diesen á mi nada pregunté á mis muchachos cuál era el motivo que les guiaba al dejarme así en ayunas.

Apenas oyeron esto, se apresuraron á traer me los pedazos más esquisitos de su caza y lo más escogido de la miel que tenían recolectado.

Debo advertir que hasta entonces yo nunca había probado ni siquiera demostrado, el menor deseo de comer de estos venados monteses, lo cual fácilmente explica la cortedad que habían tenido para ofrecerme de aquella caza.

« Tuve que hacerme gran violencia al mandar asar y ponerme á comer semejante carne, la cual estaba sin lavar siquiera, y aun chorreaba sangre.

« Con todo, impelido como me sentía por el vivo deseo de complacer á mis indios y de ganar cuanto antes su aprecio, y teniendo en cuenta que todos los que me rodeaban demostraban marcado interés, no sólo por saber si yo efectivamente probaría de lo que ellos mismos comían, sino también por averiguar, si mi modo de comer era distinto y hasta qué punto discrepaba del suyo; atento á todo eso, digo, mandé á uno de los muchachos que me asara un buen pedazo.

«De una rama verde, pronto preparó Sebastián un asador, en el cual ensartó una porción de dicha carne no lavada, y luego la arrimó al fuego.

«Entretanto decía yo para mis adentros: Este manjar va á revolverte el estómago.

«Una vez á punto la carne, tomó Sebastián el asador y á penas lo hubo clavado á mi lado en el suelo, cuando se dirigieron á mí las miradas de todos los circunstantes, para ver si realmente me animaría á tomar.

«Aun cuando mi estómago se rebelaba contra semejante alimento, corté una buena tajada y me puse á comer como si tal cosa.

«Al ver esto, prorrumpieron los indios en gritos de alegría tales que me infundieron ganas de continuar, con tal que de esa suerte consiguiera mantenerlos en tan excelente disposición.

«Hablando después, los indios unos con otros emitieron sobre mí el siguiente juicio:

«Mi e padri toton eguemgaec, cnamca eenza mocon» lo cual traducido al español, significa: «El Padre no es un forastero sino que, en verdad, parece ser uno de los nuestros».

Y luego me preguntaron:

«Mal na mani» es decir:—¿te gusta? á lo cual contesté «Loi de za» ó sea «en verdad, es muy ríco». Al oir esto renováronse los gritos de contento.

A partir de este momento pude notar que los indios me eran aun más afectos, y cada vez que salían á cazar, jamás omitieron traerme algo de lo que habían conseguido matar.

«No puedo negar que este primer esfuerzo mucho me costó, pero de aquí en adelante, me fué fácil vencer toda repugnancia, hasta tal punto que dentro de corto tiempo comía de cuanta carne montés me ponían mis indios delante; hice aún más: me sentaba muy á menudo en su compañía y compartía con ellos todo lo que comían, á pesar de existir para

mí y mis muchachos un servicio completamente á parte.

«Procediendo de esta manera con estos pobres salvages, conseguí no solamente aprender su idioma más rápida y radicalmente sino que iba siempre creciendo la amistad y la confianza que me tenían».

§ IV

El P. Paucke abre escuela de primeras letras y de música para los niños indios.

25. Una vez que el P. Paucke hubo dominado completamente la lengua de los indios, empezó á enseñar á los muchachos, y ya hemos visto con qué éxito fueron coronados los esfuerzos que supo hacer para atraer hácia si la juventud indígena.

Uno de sus más ardientes deseos era lograr la simpatía de los hijos de Cathaalin á fin de que por ese conducto consiguiera ganar para si al cacique mismo.

Eran tres los hijos de éste, á saber: Devatcaiti, Acanagqui y Cadiodi. Ya desde antes se había esforzado el P. Burges en reducir á estos tres muchachos; pero sin ningún resultado prático, pues Cathaalin era demasiado altivo para permitir que sus hijos entrasen al servicio de los Padres Misioneros, aunque

no se oponía antes bien les exhortaba á que concurriesen con asiduidad tanto á la escuela como al catecismo, y se mostró también muy satisfecho al saber que habían de ser bautizados.

A pesar de todo ello, supo el P. Paucke vencer, con su tino todos los obstáculos, hasta tal punto que concluyeron estos tres jovenes por pasar casi el día entero en la vivienda del Misionero, siendo finalmente bautizados. Hé aquí los nombres que en este acto recibieron:

Devatcaiti recibió el nombre de *Sebastián*, Acanagqui él de *Vicente* y Cadiodi el de *Antonio*.

Entre todos ellos el que mayor cariño manifestaba para con el P. Paucke, era Sebastián el cual, efectivamente, permaneció durante muchos años á su lado; en cuanto á Vicente, no quiso el cacique desprenderse de él, al cual, decía, deseaba criar á su manera y por que de todos modos era menester que retuviera á su lado á uno de sus hijos, por lo menos, para que le ayudara.

26. En cuanto á la escuela, fué creciendo paulatinamente la asistencia, y con respecto á las aptitudes naturales de los niños indios, hé aqui de que modo se expresa el P. Paucke sobre el particular:

«Antes de conocer á fondo á estos muchachos, me había formado la idea de que eran sólo capaces de muy limitada instrucción y que costaría un triunfo inculcarles siquiera algunos conocimientos rudimentarios;

pero el tiempo me demostró cuán errada fué esta opinión pues entre dichos niños hallé á muchos que daban prueba de poseer bastante capacidad y de tener un entendimiento asaz despejado».

Y ¿por qué no debía ser así? ya que en el mismo Perú existen seminarios frecuentados exclusivamente por muchachos indios, los cuales cultivan las ciencias y más tarde alcanzan á recibirse de abogados y aún llegan á ser canónigos!

27. Pero volvamos á nuestra escuela; los principales ramos de enseñanza eran la lectura, la caligrafía y la música. En esta última materia el P. Paucke, que era tan hábil en la ejecución como buen compositor, obtuvo tan excelentes resultados, que á los tres años ya tenía unos veinte muchachos que dominaban otros tantos instrumentos y con tanta perfección que cuando tocaban en la Iglesia alguna composición de música sagrada, causaban admiración, no solamente á los indios, sino también á los mismos españoles que tenían ocasión de oirlos.

Hé aquí los instrumentos que componían esta pequeña orquesta: — 6 violines, 1 violoncelo, 4 flautas, 2 arpas y 1 trompa.

«Grande fué, dice el P. Paucke», el regocijo de todos los indios al oir esta música y, sobre todo, el de los padres de nuestros pequeños ejecutantes; día por día fué creciéndo la concurrencia á la santa Misa, particular-

mente de los indios infieles, quienes, atraidos por la música, asistían diariamente con gran regularidad ».

Al año siguiente—que ya era el cuarto desde la llegada del P. Paucke á la Reducción,—esta banda de músicos fué invitada á dar diversas representaciones tanto en Santa Fé como en la misma ciudad de Buenos Aires, á donde efectivamente los llevó más tarde consigo el P. Paucke y bajo cuya dirección arrancaron numerosos y merecidos aplausos.

§ V

El Padre Paucke enseña á sus indios diversos oficios

28. Como el Padre Paucke había desde un principio, formado la resolución de dedicarse á la carrera de misionero entre los salvages, cuidó de prepararse con tiempo para todo cuanto podría serle útil y necesario en la ejecución de tal propósito.

Al efecto, visitaba con mucha frecuencia en sus talleres á diversos artesanos, para así aprender algo de cada uno, ya dirigiéndoles preguntas al respecto ya mirando con atención cómo ejecutaban sus trabajos.

De todo cuanto podía aprender de etsa manera, tomaba sus apuntes y dibujos: en seguida hacía él mismo uno que otro ensayo: adquiriendo de este modo conocimientos prácticos, los

cuales, más adelante, cuando se encontrase en América, habían de serle muy provechosos.

Si bien el Padre Paucke no era maestro consumado en todos y cada uno de los oficios que trataba de enseñar á sus indios, con todo solía citar el proverbio de que: «En tierra de ciegos, el tuerto es rey», y así aun lo poco que logró enseñarles contribuyó en gran escala á la conversión de muchos indios.

«Porque, dice el mismo P. Paucke, lo que percibían con los ojos surtía en ellos mucho mayor efecto que no aquello que por sus oídos penetraba; y aunque yo no era muy hábil, sin embargo no puede negarse que mi aplicación y constancia, tuvo por resultado, que los indios me profesaran mayor cariño y al propio tiempo, que estuvieran mucho más atentos á mis instrucciones».

De esta manera, mientras el P. Burges como Superior de la Misión, tomaba á su cargo la instrucción cristiana de los adultos, la distribución de los quehaceres diarios y el reparto de algunos alimentos y demás cosas necesarias;—y entretanto que otro Misionero, el Padre Manuel Canelas dedicaba todo su tiempo á aprender la lengua de los indios;—cuidaba el P. Paucke de cimentar la base material de la Reducción, para así asegurar la duración de su existencia en el porvenir.

29. En esa época el P. Paucke acababa de cumplir sus 30 años de edad.

Estaba dotado de un temperamento jovial,

era de constitución sana y bastante robusta, y hacía todo lo posible para distribuir del mejor modo los diversos trabajos de la Misión.

Todos los dias, por la mañana y por la tarde, daba una hora de clase de música proporcionando luego á los niños una ocupación cualquiera, para acostumbrarles al trabajo.

Entre otras cosas, por ejemplo, les hacía llevar los adobes bajo techo para que estos no sufrieran deterioro por la lluvia, pero cuidando al propio tiempo, de que ningún niño llevara más de un solo adobe, á fin de evitar que sus padres pudieran quejarse de que á sus hijos se les recargaba con un peso excesivo.

Como capataz de todos funcionaba Sebastián, hijo de Cathaalín, el cual, como hijo de cacique, sabía fácilmente hacerse obedecer. Una vez terminados los trabajos que se tenían entre manos, distribuía el Misionero algunos pequeños donativos entre estos jóvenes trabajadores, ó bien mandaba prepararles una buena olla de carne, lo que agradaba tanto á los muchachos como á sus padres.

30. Pronto se ofreció una nueva ocasión para dar empleo á estos niños, á saber, la preparación del jabón y la fabricación de velas, artículos que hasta entonces debían traerse del pueblo de Santa Fé, y llegaban á menudo en muy mal estado.

El P. Paucke, aprovechando una de sus visitas á dicho pueblo, se había enterado cabal-

mente de la manera de fabricar esos dos artículos y á penas hubo regresado á la Reducción, puso en práctica los conocimientos adquiridos, consiguiendo un éxito que superó todas sus esperanzas.

Pronto hubo preparado la materia prima, pues la planta denominada «quinoa silvestre» le proporcionó la ceniza salina para la lejía, y en cuanto á sebo, lo tenía en abundancia.

Después de pisoneado el sebo, lo hizo hervir en la lejía y luego, en un cuero vacuno suspendido por sus cuatro extremos, echó la mezcla para que se enfriara.

Acto seguido se dió principio á la fabricación de velas. Colocáronse las varillas de madera con arreglo al sistema que el P. Paucke había tenido ya ocasión de observar en Alemania; colgáronse los pabílos de unas cañas muy delgadas y luego derritióse el sebo. El resultado de este primer ensayo fué, que en una sola tarde quedaron hechas 500 velas.

Mucho placer proporcionó á los niños esta fabricación, especialmente cuando, sin ser vistos, podían tomar un buen sorbo del sebo derretido.

31. Para inaugurar sus trabajos de carpintería, escogió el P. Paucke á tres de los muchachos más despejados, en la tribu del cacique Aletín. Verdad es, que el maestro tuvo que hacer prueba de mucha paciencia con sus aprendices, pues estos, á penas sentían el menor cansancio, ya se sentaban á charlar du-

rante un buen cuarto de hora y aun por más tiempo, pero en cambio fué grande su contento al tener por delante, perfectamente terminados, una mesa y un marco de ventana. Acudieron todos para admirar esta obra maestra, y Aletín, más que ninguno, se alegraba al constatar la pericia de sus propios indios.

Presentóse luego la necesidad de aprontar un torno con su correspondiente volante, obra que en seguida emprendió el mismo Misionero.

En viendo esto, abandonaron sus trabajos los oficiales carpinteros recién formados, y mirando este nuevo procedimiento, admirábanse de que un trozo de madera de forma angular pudiera ser transformado tan rápidamente y con tan poco trabajo en una pieza cilíndrica; — causando en muchos otros gran regocijo cuanto producía una máquina tan nueva como estraña.

El P. Paucke invitó á algunos de los espectadores de poner su mano en el torno, pero todos rehusaron diciendo que temían echar á el trozo de madera con gran perder disgusto del misionero.

« Y aunque así suceda (díjoles el padre); ¿qué importa que se pierda un pedazo de madera »?

Al oír esto, todos querían hacer una prueba y al efecto arrancábanse unos á otros las herramientas de las manos.

Indicóles luego el Misionero, de qué manera debían colocar y manejar los formones, gubias, etc., y después de haberse cerciorado respecto de la mayor ó menor habilidad que estos neófitos mostraban, propuso á los más aptos enseñarles este nuevo oficio, con tal que le prometieran poner todo su empeño en aprenderlo.

Pronto se presentaron dos postulantes, quienes también hicieron tales progresos, que dentro de poco tiempo supieron ejecutar perfectamente todos los trabajos sencillos que corresponden al oficio de tornero.

Al principio, naturalmente, costó mucho empeño y paciencia, pues aun cuando muy á menudo resultaba defectuoso algún trabajo, no por eso dejaba el Misionero de alabarlos;—pero luego les hacía notar en qué consistían estos defectos de ejecución y, por otra parte, cuando uno ú otro dejaba de concurrir al taller, nada decía al respecto, ni averiguaba el motivo de su ausencia, ni siquiera manifestaba señal alguna de descontento.

De esta manera logró mantener en buena disposición á sus indios y que estuviesen dedicados á sus labores.

32. Antes de transcurrir mucho tiempo, ya contaba la Reducción con ocho carpinteros y cuatro torneros, suficientemente adiestrados todos ellos para ejecutar cuantos trabajos de madera eran necesarios para la construcción de la Iglesia y casa para los misioneros.

Tan perfecta llegó á ser la ejecución de estos oficiales, que el P. Paucke pudo finalmente construir un órgano con cinco registros, por el cual, si hubiese querido venderlo, le ofrecieron en Santa Fé el precio de 800 pesos, y aun consiguió más tarde formar á unos 25 indios, los cuales, por sí solos construían carromatos en toda forma llegando la Reducción á poseer unos 36 vehículos para el transporte.

Inicióse también á cuatro muchachos en el arte de escultura, quienes ejecutaron más adelante para la Iglesia de los Jesuitas en Santa Fé, un tabernáculo y dos frontales, todo en trabajo calado; mientras seis efectuaban los trabajos de dorado y pulimentación.

Dedicóse luego el mismo Padre á fundar talleres de herrería y cerrajería. Adquirió á ese fin las herramientas de un antiguo taller, es decir, un yunque, un mazo y diversos martillos, raspas y limas, en cuyo manejo instruyó á tres muchachos robustos, que, al poco tiempo ya sabían componer las herramientas de labranza deterioradas, poniendo el hierro á la fragua, batiéndolo y machacándolo y luego volviéndolo á templar; otro tanto hacían con las marcas que servían para los ganados.

Finalmente alcanzaron tanta habilidad que, después de algunas lecciones que el Padre les hizo dar en la herrería del Colegio de los Jesuitas en Santa Fé, ya pudieron fabri-

car sin más ayuda varias herramientas de labranza completas así como las marcas y contra marcas en cantidad suficiente para llenar todas las necesidades de la Reducción.

Como ésta poseía, á la sazón, 24000 cabezas de ganado vacuno, 3000 caballos, 1300 yeguas, 400 mulas y 182 asnos, era necesario tener en uso contínuo durante casi un mes entero (tiempo que duraba el herradero de los animales) unas 18 contramarcas de hierro, de modo que, solo con la fabricación y reparación de ellas así como de las diversas herramientas de labranza, hacía la Reducción, al efectuar estos trabajos en sus propios talleres, una gran economía.

33. Llegó entónces la oportunidad de preocuparse también de las mujeres y niñas, pues era en sumo grado conveniente que esta parte de la población á su vez, contribuyera con algunas labores al bien común del cual participaba.

Hasta entónces la mayor parte del contingente femenino se había divertido cazando, ó bien permanecía en sus chozas pasando dias enteros en la más absoluta indolencia y solo una que otra mujer, se sentaba al huso cuando para su propio abrigo la hacía mucha falta algún vestido de lana.

Para llevar á efecto, pues, esta nueva idea, convocó el Padre á todos los caciques de la Reducción y les hizo comprender cuán conveniente sería que persuadiesen á sus esposas

é hijas que tomaran parte en la labor común, mientras él, por su parte, les prometía encargarse de buscar una persona idónea que las enseñara á hilar, teñir y tejer la lana, proporcionándoles al mismo tiempo la materia prima y las tinturas necesarias. Agregó el misionero que se daría por satisfecho con que se confeccionara entre cada tres mujeres una manta por año y se comprometió á darles como recompensa, la lana y las tintas necesarias á fin de que pudiesen tejer también para sus maridos mantas de lindos colores en sustitución de las pieles que hasta entonces constituían su único vestido.

La proposición del Padre agradó mucho á los caudillos y no hubo discordancia al respecto sino es por parte de algunas indias en extremo indolentes.

Tenía entonces la Reducción unas 1700 ovejas de buena cría, cuya lana se repartió entre las mujeres con exclusión de las pocas perezosas de que acabamos de hacer mención, y fué tal la diligencia de que dieron prueba, que á los tres meses ya tenía el misionero reunidas 73 mantas bien hechas, las cuales remitió á Asunción del Paraguay, recibiendo en cambio para su Reducción 48 quintales de yerba paraguaya, 15 de tabaco y algunos panes de azúcar, todo lo cual le permitió ser más liberal en el reparto diario de estos artículos. De este reparto, sin embargo, quedaron excluidas las indias remisas, mientras cada una

de las otras recibía el vellón de cinco ovejas y las tinturas de que había menester.

«En notando aquellas este resultado—cuenta el P. Paucke — pronto se desengañaron y deploraron vivamente no haber ellas también aportado su contingente á la labor común; y al convencerse de que habían dejado escapar el momento oportuno, tomaron á pechos el incidente, sirviendo de esta manera su propio descuido é indiferencia de saludable escarmiento.

«Muchas de ellas me rogaban luego que les diera trabajo, comprometiéndose á terminarlo en el mismo año, pero ya tenía yo resuelto no encomendarles labor alguna para el corriente año».

34. A fin de atraer al trabajo á las niñas fué menester que el P. Paucke ideara otro ardid. Como celadora de ellas había sido nombrada una anciana india, viuda de un cacique, á quien incumbía el cuidar de que sus pupilas asistiesen diariamente á la doctrina cristiana, á la santa misa y al Rosario, pues en cuanto al trabajo, solo habían prestado hasta entonces alguna ayuda en la cosecha del maiz.

Un día, pues, encargó el P. Paucke á la celadora, que, terminada la doctrina, le llevara á su vivienda á cuatro de las más despejadas, porque quería confiarles cierta labor.

Así se hizo, y en llegando las niñas,

ya les esperaba un gran montón de lana que debían clasificar y separar en distintas calidades amontonándola en otros tantos lotecitos.

Las cuatro niñas se sentaron á la puerta de la casa del misionero y emprendieron su trabajo con mucho zelo; pronto acudieron varias de sus compañeras, la mayor parte de ellas tan solo para mirar; algunas con todo se asociaron á las clasificadoras y les ayudaron, motu propio, en la ejecución de su tarea. Cuando vino luego el misionero para darse cuenta del resultado, vió que había ya 9 niñas trabajando diligentemente, pero á pesar de ello se hizo el desentendido, y aun para la labor del día siguiente no invitó sino á las cuatro que habían sido llamadas primero.

A la mañana siguiente, apenas concluida la santa Misa, se apresuraron éstas á reanudar su tarea de la víspera y un poco más tarde cuando llegó el Misionero, encontró á unas veinte más, reunidas en torno de la anciana celadora y ocupadas todas ellas en separar la lana en sus respectivas clases.

Acercósele luego ésta y le contó algo de lo que en su conversación habían dejado caer las niñas; unas, por ejemplo, pedían que además de clasificar se les dejara también hilar, mientras que otras, muy resentidas, se quejaban de que todavía no hubiesen sido admitidas á formar parte de ese círculo de arte-

sanas, pues también querían ser de alguna utilidad.

Bien se deja entender la satisfacción que recibió el P. Paucke, quien acto contínuo ordeñó á la celadora que admitiera á cuantas niñas se ofreciesen y dejara á cada una escoger la ocupación que fuese más de su agrado, ya el desmenuzar la lana ó el hilarla, y si algunas de ellas prefiriesen teñir ó tejer lana, también les fuese permitido.

A los pocos dias había unas 50 muchachas adultas que concurrían regularmente y con grande asiduidad al trabajo. El P. Paucke les hizo construir un local á propósito en donde pudieran ejecutar sus labores á la sombra; les proporcionó toda la materia prima de que necesitaban y les enseñó él mismo todo cuanto había conseguido ver y aprender de dicho oficio, y continuó ayudando y animándolas hasta tanto que supieron trabajar con absoluta independencia.

Llegado el momento de empezar á tejer, el Padre eligió entre las muchachas á algunas de las más crecidas y les enseñó como debían urdir los estambres y les hizo tejer sucesiva y progresivamente diversas piezas, primeramente fajas de 3 á 4 pulgadas de ancho y de un solo color, y luego varias tiras hasta con dibujos.

Una mujer india, que antes había estado durante muchos años al servicio de los españoles y sabía tejer perfectamente fué constitui-

da maestra é inspectora de las niñas, y llenó tan bien su cometido que á los pocos meses salieron seis de ellas tan expertas que elaboraban por sí solas, alfombras de varios colores y aun con algunos sencillos diseños.

Luego venían á visitar su taller las indias casadas de la Reducción con el fin de aprender esta industria, y no hubo transcurrido un año cuando frente á cada choza, salva pocas excepciones, hallábase ya instalado un telar, (si bien aún muy primitivo) en el cual trabajaba la madre junto con sus hijas.

De esta manera, pronto se halló el P. Paucke en condiciones de poder remitir al Paraguay 300 mantas escogidas, las cuales le fueron pagadas á razón de 25 pesos algunas, 12 la mayor parte, y las inferiores á 6 pesos.

35. Otro resultado que se consiguió, fué, que los hombres, en viendo el esmero y la asiduidad con que sus mujeres se dedicaban á esta nueva industria, pusieron ellos á su vez todo su empeño en mejorar y aumentar el ganado lanar y por lo que atañe á su vestido pronto desaparecieron las pieles de tigre, león y nutria, y fueron reemplazadas por bonitas mantas de varios colores.

«La Reducción entera — dice el P. Paucke—se regocijó en extremo al ver tan brillante éxito, porque efectivamente la gente palpaba el gran provecho que sacaba de sus industrias.

Ya no se fabricaban las mantas tan solo

para enagenarlas, sino tambien para trocarlas por ovejas, negociación en la cual me ví siempre obligado á hacer de intermediario á fin de evitar que mis indios fuesen explotados.

«Muy á menudo se conseguía por una sola manta 18, 20 y á veces aun más ovejas, y de vez en cuando también trocaban sus caballos por ellas para ir así aumentando sus rebaños.

«La impresión que todos estos progresos causaron á los indios infieles que frecuentaban estos parajes, y el contraste que ofrecía su estado mísero y primitivo comparado con el que los nuestros habían alcanzado, fué un incentivo poderoso para inducirlos á que, cada vez en mayor número, viniesen á incorporarse á la Reducción».

36. El gran consumo que se hacía de ganado vacuno, proporcionó al P. Paucke una nueva oportunidad para ensanchar su campo de acción, extendiéndolo á la preparación de cueros, pues, comprendió perfectamente que debía redundar no poco en provecho de sus indios. Por lo tanto decidióse á tentar un primer ensayo.

En un viage de regreso desde Santa Fé á la Reducción, los que acompañaban al misionero, cazaron en un solo día 8 ciervos, un tigre y un zorro de gran tamaño. En casos análogos los indios, no se llevaban, por lo general, sino solamente la carne, y abandonaban lo restante del venado; esta vez, empero, mandó el P. Paucke que llevasen

también consigo las pieles de todos los animales que habían muerto y á penas hubieron llegado á la población hizo los preparativos necesarios para poder empezar la nueva industria.

Comenzó por tender los cueros sobre un marco de madera sólidamente construido, quitó los restos adheridos de carne y grasa así como también todo el pelo, hasta que, por fin, quedaron completamente blancos; — luego los untó de ambos lados con sebo de caballo y sacándolos del marco los dejó amontonados de esta suerte durante algunos dias. Después los dejó sumergidos una noche enteraen un baño de lejía y los entregó á sus indios para que, llevándolos al rio, los enjabonasen y lavasen bien y los exprimiesen hasta hacer salir á la superficie toda la grasa que quitaban luego raspando por medio de conchillas. Finalmente volvió á colocar los cueros en el marco de madera para darles la última mano y dejarlos secar.

37. Habiendo tenido éxito esta primera prueba, eligió el P. Paucke de entre sus indios, á dos hombres de los más fuertes, á los cuales agregó cuatro ó cinco ya adultos encargándoles estos nuevos trabajos, y tuvo muy pronto la satisfacción de ver que los ejecutaban perfectamente por sí solos y sin ayuda alguna. Al propio tiempo combinó con esta nueva industria un medio de recreación. Eligió á diez jóvenes de 13 á 15 años de edad, y los despachó

á cazar ciervos cada uno con una remonta de 4 á 6 caballos escojidos y en compañía de 5 ó 6 hombres armados de lanzas para defenderlos contra las fieras y arreando un novillo para el caso de que la cacería misma no llegara á proporcionarles el alimento necesario.

Grande fué el júbilo de los muchachos, y como que varios otros se juntaron sigilosamente á ellos para tomar parte en la cacería, el producto fué muy copioso, pues volvieron á la Reducción con más de 30 cueros; — entrególes el P. Paucke, á título de remuneración, un cuchillo por cada uno.

Manifestaron los muchachos vivos deseos de emprender prontamente otra partida, pero el P. Paucke opinó que no convenía ir tan de prisa, pues de lo contrario había peligro de que los cueros por su mucha aglomeración se echasen á perder.

Así siguieron progresando las diversas labores en la población, llegando día en que el P. Paucke tenía reunidos para enviarlos á la ciudad de Asunción, 92 de estos cueros de ciervo, todos bien trabajados así como también 74 alfombras, pero de repente sobrevino la expulsión de los padres jesuitas del territorio del Paraguay.

«¿Qué hacer en tal caso? escribe el P. Paucke — Como estos cueros eran el fruto de la labor de mi propia gente, los repartí entre los caciques y aquellos indios que más habían contribuido con su trabajo al bien co-

mún de la Reducción; — cada uno recibió dos cueros y guardé para mí algunos de menor tamaño que después logré llevarme á mi regreso á Europa».

Hé aquí, pues, de qué manera procuró el P. Paucke enseñar á sus indios el ejercicio de diversas industrias, infundiendo así poco á poco en estos hijos incultos de la naturaleza los hábitos de diligencia y actividad.

38. Pero hay más:—El P. Paucke aprovecha esta ocasión para hacer constar cómo todos ellos son capaces de cultura más elevada; respecto de los productos artísticos de los indios guaranies, tapes (??) y tolatinus, cuyas Reducciones datan de dos siglos á esta parte, nos dice, que no existe ni oficio ni arte que no haya sido ejercido por esos indios, pues fundían campanas magníficas, labraban la plata, fabricaban toda clase de instrumentos de música y estaban muy adelantados en caligrafía, dibujo y pintura.

También se admiró mucho el Padre al encontrar allí algunos viejos misales y rituales con letras negras y de color, todos manuscritos con una perfección tal que parecían impresos.

Reproducían con la pluma los grabados sobre cobre, y con arte tan consumado que solamente por lo oscuro del tinte se acertaba á distinguir la copia del original. En cierta ocasión un sacerdote había mandado traer de España un ornamento completo para el servicio

de la Iglesia y como faltase para la casulla casi una vara de paño, llamó á un indio tejedor de oficio y le preguntó si se creía capaz de fabricar igual tejido. El indio pidió un pequeño recorte de la casulla, lo examinó con suma detención, desmenuzó cuidadosamente la hilacha y después de hacerse dar la seda y los hilillos de oro necesarios, se puso á tejer el paño que faltaba, saliendo tan hermosa y perfecta su labor, que fué imposible distinguirla de la misma casulla.

§ VI

La agricultura en la Reducción de San Javier

39. Incumbe al Misionero de las Reducciones, cuidar no solamente de lo espiritual sino también del bien temporal de sus indios; — no basta que les enseñe las verdades del cristianismo y que los bautice, sino que en la mayoría de los casos ha de preocuparse con el mismo esmero de proporcionarles alimento, vestido y casa, hasta que se hallen en estado de mantenerse á si mismos.

La donación de $ 500 — que hacía el Rey (que no se pagaba siempre) era por una sola vez al fundarse la Reducción y con destino á la adquisición de una campana y demás obje-

tos imprescindibles para el culto diurno; - fuera de eso era cosa forzosa al misionero el mantener como mejor pudiere á sus indios y, en una palabra hacer cuanto fuera necesario para asegurar la existencia de la Reducción.

40. Ya hemos visto lo que hizo el P. Paucke para enseñar varios oficios á sus indios y también cómo indujo al cacique Cithaalin á dedicarse, él y su tribu al cultivo de la tierra.

Escuchemos ahora algunos pormenores que nos da el P. Paucke respecto del modo cómo practicaban los indios la labranza.

«Aun cuando la situación topográfica del valle del Gran Chaco es muy baja y hay en él numerosas vertientes, rios y pantanos, sin embargo cuenta también muchos parajes altos, los cuales, con mucha frecuencia, se encuentran en medio de los mismos bosques y que una vez cultivados ofrecen un golpe de vista espléndido».

«El suelo es muy feraz, siendo la tierra en su mayor parte negra y gorda en su capa superior, la que alcanza por lo general un espesor de dos piés; — cavando á mayor profundidad encuéntrase generalmente arena ó bien arcilla dura y delgada. A pesar de que el surco abierto por el arado del indio penetra á penas medio pié en el suelo, sin embargo todo lo sembrado crece con mucha exhuberancia».

41. En cuanto al arado que emplea el indio, es de una construcción por demás sencilla. Hé

aquí la descripción que de él hace el P. Paucke.

«Escójese para este fin, una rama de madera dura, encorvada hácia arriba en su extremidad anterior; — una gruesa vara sirve de pértiga; en la punta mayor de esta última, se abre un agujero cuadrilongo en el cual se encaja la parte curva de la rama, que luego se sujeta fuertemente con una gruesa cuerda, mientras que el yugo se ata al extremo opuesto de la vara. Detrás de este arado sujétase un fuerte palo vertical que hace las veces de timón y que el indio maneja con la mano derecha, mientras en la izquierda tiene una cuerda delgada atada á la oreja izquierda del buey y una larga caña que le sirve de picana. Finalmente cada arado va acompañado de una hacha para poder renovar el corte de la reja cada vez que se halle embotado».

Para estos trabajos agrícolas tenía siempre cuidado el P. Paucke de que estuviesen listas 20 á 25 yuntas de bueyes bien amansadas.

42. La estación para efectuar las labranzas es la de los meses de Abril, Mayo, Junio y Julio.

No se cultivaban sino tres especies de grano; la cebada y dos clases de trigo; uno llamado trigo chileno, que no se molía, sino que simplemente se machacaba, cociéndose en ese estado; y la otra clase que suplía la harina fina; es menester que todo lo cortado durante el día, sea también recogido, trillado, limpiado, medido y embolsado en ese mismo

día; por esta razón en la Reducción de San Javier por el tiempo que pedía la cosecha (unos 15 dias), se concedía también el permiso de trabajar los domingos y dias feriados.

El P. Paucke ocupaba á unos 40 segadores, los cuales no regresaban á sus casas hasta terminar la siega, aun cuando el sitio de su labor distaba á penas unos 2000 pasos del pueblo. Durante todo el tiempo que duraba la cosecha, el misionero no se separaba de sus labriegos, salvo el tiempo indispensable para trasladarse todos los dias á caballo á la Reducción para decir la Santa Misa.

En el mismo perímetro del area cultivada, habíanse construido 4 barracas de regular capacidad, recubiertas con ramas verdes, y que servían para la conservación de las mieses etc.

Al apuntar el día y después de un buen almuerzo, principiaban los trabajos; los segadores se ocupaban en ellos hasta las nueve y luego ayudaban á trillar durante otra hora. De 10 á 2 ó sea durante las horas de calor excesivo, se dejaba pacer á los animales mientras los labriegos por su parte comían y dormían la siesta;—luego se reanudaban las labores, que duraban hasta las 8 y 9 de la noche según lo requerían las circunstancias.

Por lo que toca á la comida, era siempre abundante, y el agua potable traida en barriles cargados sobre carros hechos á propósito, se distribuía á todos en jarrones repletos, habiendo para ello varios muchachos que iban y ve-

nían todo el día entre los labradores dándoles de beber.

Continuaba casi sin interrupción, de día y de noche el consumo de té y repartíase copiosamente tabaco sal y otros artículos necesarios.

El consumo total en una sola cosecha, cuya duración no excedía 15 dias, importaba según cálculos hechos por el P. Paucke, un quintal de tabaco, dos quintales de yerba y 30 animales vacunos y á veces más aún.

«Pero también, — agrega el Padre, — no había época más grata para los indios y en la cual tanto se divertieran.

§ VII

Quejas de los Españoles contra los Jesuitas

43. Todos los pormenores que hasta aquí tenemos referidos, comprueban cuán grandes fueron los sacrificios hechos por los misioneros para lograr transformar á los indios en hombres civilizados y cristianos.

Aquí debemos constatar, que entre las naciones del viejo mundo, la española se distinguía noblemente en secundar con grandes sacrificios la obra de la cristianización pero á pesar de esto, no faltaron españoles en este nuevo mundo, que por miras de inte-

rés y de codicia no dejaron medio para contrariar esta grande obra y para lograr mejor su mal intento, inventaron y publicaron por todas partes calumnias contra los misioneros.

En efecto: uno de los males más perniciosos para las Reducciones era el trato frecuente de los indios con ciertos españoles, quienes con el fin de lucrar en ello, trataban de inculcar á estos pobres salvajes—ya por sí tan fáciles de engañar, máximas que se hallaban directamente en oposición con las medidas de órden, indispensables para la conservación de un pueblo;—de ahí, pues, que el P. Burges se vió en la necesidad imperiosa de oponerse tenazmente y desde un principio, á que fueran demasiado frecuentes las comunicaciones con la ciudad llegando las cosas á tal extremo que, por un lado quedó vedado á esos españoles todo contacto con la Reducción, mientras por el otro los indios mismos ya escarmentados repetidas veces por los engaños y perjuicios que habían sufrido, concluyeron por mantenerse alejados de ellos.

44. También tuvo el P. Paucke motivos para formular sus quejas á este mismo respecto, como ahora veremos.

Uno de sus más ardientes deseos era el lograr algun día encaminar por la senda del bien al cacique Cathaalin y que concluyera por dejarse bautizar; el caudillo, empero, siempre tenía algún pretexto que aducir en contra;

entre otras razones pretendía, que esto amenguaría la consideración de que gozaba, y que por otra parte había oido decir por sus abuelos repetidas veces, que el agua empleada por los misioneros al bautizar á los niños era un veneno mortífero con el que pretendían oponerse al aumento y propagación de su raza!

Un día, empero, habiendo logrado el misionero ganar el corazón del caudillo, éste se franqueó con él y le declaró con toda llaneza que los mismos españoles le habían asegurado, que la única cosa en la cual debía él poner su atención, era, el cuidar de que sus indios no los molestasen á ellos, y que en cuanto á todo lo demás, podía llevar la clase de vida que más le pluguiere pues era obligación de los misioneros cuidar de los indios y proporcionarles todo cuanto hubieren menester, y que para este objeto precisamente habían contribuido tan generosamente los españoles, á la fundación de las Reducciones—que él era un cacique y continuaría siéndolo, y que no debía permitir que los misioneros le tratasen como si fuera un niño.

Así como supo esto el P. Paucke presentóse al comandante de Santa Fé en actitud de queja, declarándole que si no evitaba prontamente tan grande inconveniente, daría cuenta de lo ocurrido al Gobernador de Buenos Aires y luego al señor Obispo y sí fuera necesario, aun al mismo virey de Lima. A consecuencia de esta queja les fué prohibido á los

españoles (1) dejarse ver en la Reducción, bajo cualquier pretexto á no ser con permiso del comandante. Si tenían que tratar algo de importancia con los indios, no les era permitido hacerlo sino en pesencia de un Misionero. Esta misma condición se exigía aun en caso de venta y compra so pena de multa.

Tales medidas eran motivadas por la suma ignorancia y sencillez de esta gente salvaje que se dejaban fácilmente engañar y explotar por los españoles.

45. A pesar de estas prohibiciones, poco después, un hijo del cacique Aletín fué engañado por un español, durante un viaje que hizo con el P. Paucke.

La madre del niño le había dado para el viaje una manta nueva de mucho valor y llegando al pueblo de Santa Fé el muchacho encontró un vendedor de panecillos, de vista y olor muy tentadores para él. Como el muchacho se hallase sin dinero un español que se hallaba presente le sacó de este apuro, ofreciéndole una manta muy vieja y además cuatro reales por la nueva que el indio llevaba.

El pobre jóven se dejó engañar, entregando su manta flamante para recibir en cambio la otra y el dinero, con el cual se apre-

(1) Aquí se entiende por españoles no solamente los inmigrantes naturales de la Península, sino también los hijos de españoles, nacidos en este nuevo mundo.

suró á comprar por 2 reales 4 panecillos, creyendo haber realizado buena ganancia.

Cuando el P. Paucke encontró al niño vestido con la manta vieja le preguntó dónde había dejado la suya, á lo que contestó el jóven refiriendole con toda ingenuidad lo que había ocurrido. Inmediatamente el Misionero mandó un sirviente del colegio, acompañado del indio, en busca del mencionado español, á fin de recuperar la nueva manta. Pronto dieron con el hombre quien sin embargo se negó á devolverla alegando el pretexto que la tenía comprada, y que el niño había mostrado su plena conformidad; que por lo que tocaba al Misionero, no tenía éste ningún derecho para intervenir en el comercio de los indios; que éstos eran dueños absolutos de lo suyo y podían por lo tanto disponer de ello como se les antojare sin obligación ninguna de pedirle su parecer sobre el particular, ni siquiera en el caso de querer desprenderse de balde de lo que les perteneciese.

Este modo de argüir fué el que movió principalmente al P. Paucke más que ningún otro motivo, á llevar el asunto ante los tribunales. El resultado fué que el español tuvo que restituir inmediatamente la manta sin recibir compensación alguna, antes bien fué condenado á satisfacer una multa de algunos pesos.

46. Otro motivo que inducía á los Misioneros, no sólo á desear la mayor separación posible

entre españoles é indios sino también á impedir en cuanto estuviera á su alcance las relaciones entre los mismos, eran los juegos de naipes, dados, bolos etc., que aprendían los indios durante su permanencia en la ciudad, y á su regreso introducían paulatinamente en la Reducción.

En cuanto á juegos, los indios moscovíes ya desde un principio tenían el suyo propio, el cual estribaba no precisamente en el valor del premio ganado, sino ante todo en la manifestación de mayor fuerza bruta que hacía cada uno. Cavábase en la tierra una pequeña zanja á la cual llegaba el indio en tres saltos y lanzaba en la misma su maza con tal ímpetu que rebotaba con violencia, dando muchas vueltas mientras describía un arco en el espacio. El que hacía llegar su maza á mayor distancia había ganado el premio el cual, por otra parte sólo consistía en hondas, tejos, flechas, perlas de vidrio y otros avalorios por el estilo.

«En cambio— prosigue el P. Paucke — una vez que mis moscovíes entraron en relaciones con los españoles y con su trato frecuente pudieron enterarse de sus juegos, comenzaron también ellos á darse á los naipes, dados, y demás entretenimientos, resultando de todo ello que al poco tiempo empezaron á abandonar sus labores y á matar el tiempo jugando».

A este mal, empero, supo el P. Paucke poner coto sin tardanza y con energía.

Principió por llamar á los dos caciques,

Domingo y Aletín y les hizo comprender cuán pernicioso era para la Reducción esa clase de juegos sobre todo cuando estos revestían el carácter de una pasión;—y luego, estando de antemano seguro del apoyo de los caciques recogió todos los naipes, dados, etc. existentes en la Reducción, y todo lo echó al fuego, prohibiendo al propio tiempo que se introdujeran en adelante semejantes juegos en la población. Logró de esta manera extirpar de raíz este feo vicio sin dar tiempo para que arraigara en las costumbres de los indios.

47. También cita el P. Paucke varios ejemplos de felonías, defraudaciones, y otros desmanes más graves, cometidos por el populacho de las ciudades y estancias circunvecinas, y de que fueron víctimas los indios de algunas otras Reducciones. Entre ellas cita una fundada por el P. Salvatierra, español, Doctor en Teología y en ambos derechos y hombre muy piadoso

Después que este sacerdote hubo durante algún tiempo catequizado y predicado á los indios, formó cerca de la ciudad de Córdoba una Reduccion con 20 familias de la tribu de los Lules, á cuyo frente permaneció muchos años y en cuya fundación y conservación gastó todo cuanto tenía hasta quedarse en la mayor pobreza.

Pero apenas hubieron comenzado sus indios á entablar relaciones con los moradores de los centros civilizados, cuando ya fueron inútiles todas las exhortaciones del Misionero y pron-

to cayó en ruinas la Reducción por el completo abandono que de sus labores hicieron los indios desparramándose en todas direcciones y dejando abandonado al Misionero que concluyó sus dias como capellan en una estancia cerca de Córdoba.

48. No menos triste fué la suerte de otra Reducción distante unas cuarenta leguas de Buenos Aires.

Compuesta de indios pampas, contaba ya unos veinte años de existencia, bajo la dirección del P. Manuel Rejón, hombre muy activo y que, según observa el P. Paucke, había experimentado en su vida muchos contratiempos.

Contra la voluntad del Misionero é invocando el fútil pretexto de querer protejer á los pobladores contra los indios salvages, habían sido enviados á la Reducción 10 soldados españoles, medida que, según se expresa el P. Paucke, no pasaba de ser una mera añagaza; pues ¿qué habrían podido hacer 10 soldados contra una horda de bárbaros? Pues bien;— uno de esos soldados habiendo en cierta ocasión solicitado á la mujer de un cacique, ésta se fué en el acto á quejarse á su marido de tamaña afrenta, y el caudillo fuera de sí, salió en busca del delincuente para darle muerte.

En seguida se trasmitió á Buenos Aires la noticia de que los indios de la Reducción se habían sublevado y que iban á acabar con el piquete de soldados. Pocos dias después llegaron refuerzos y entonces se pretendió casti-

gar á dicho cacique;—el desenlace hubiera sido sangriento á no ser la intervención del Misionero, quien afortunadamente logró evitar que los indios tomasen las armas. Sin embargo los soldados, siguieron asechando al cacique para tener ocasión de encontrarlo solo. Este, sea dicho de paso, había recibido poco antes del Gobernador de Buenos Aires el bastón y la investidura de mayordomo de la Reducción.

Cierto dia que le vieron pasar por la calle sin ningún acompañamiento, aprovecharon la oportunidad y le asaltaron. El indio, hallándose completamente aislado y no pudiendo él solo hacer frente á tan crecido número, se refugió en la Iglesia, adonde los soldados le persiguieron últimándole frente al altar mayor.

Al expirar el cacique, tiró su bastón á los piés de sus asesinos exclamando «¡Hé aquí una hazaña digna de vosotros los cristianos. Pero algún día recibiréis vuestra recompensa!!»

Sin dar tiempo á los indios para reunirse y vengar la muerte de su caudillo, huyeron los soldados á Buenos Aires.

Acto contínuo todos los indios abandonaron para siempre la Reducción y se dispersaron por el desierto, y de esta manera quedó en pocos dias completamente aniquilada una obra, que para levantarla habían sido necesario 20 años de sacrificios y trabajos incesantes.

No es de admirar, pues, que los Misioneros, teniendo á la vista tales sucesos hicieran los

mayores esfuerzos para evitar todo contacto entre sus indios y los españoles.

49. Sin embargo este mismo empeño de los Misioneros para lograr el deseado fin, su constante solicitud para con los indios, y el haber obtenido para ellos ciertos privilegios de parte del Monarca español, causó tal odio y enojo entre los españoles, que al punto inventaron las más groseras calumnias para lograr, según se expresa el P. Paucke «que en la corte real los jesuitas fuesen inscritos en el libro negro».

Ante todo esparcieron los detractores mil cuentos acerca de las riquezas fabulosas que paseían los jesuitas en el Paraguay, haciendo creer que los Misioneros miraban á aquel país como si les perteneciese y lo consideraban como su imperio. Aquí refiere el P. Paucke el caso de aquel español que se vino al Paraguay para probar fortuna, pues había oido decir que en ese país los caballos andaban con herraduras de plata; pero es lo cierto que esto se afirmaba de un país en el cual, salvos los puertos marítimos, ni siquiera existía la moneda, verificándose todos los cambios comerciales por medio de la permuta de unos objetos con otros.

Informaron además al Rey de que los jesuitas habían organizado y dispuesto sus diversas misiones con tanta habilidad que los pueblos españoles se encontraban cercados y casi bloqueados por los indios, de manera que había motivos fundados para temer que el día menos

pensado éstos destruyesen todos aquellos pueblos y se independizasen para siempre del dominio español.

Dióse también en decir que los jesúitas habían enseñado en sus treinta y tres Reducciones, á sus indios el manejo de armas blancas y de fuego.

Eleváronse diversas quejas de que las Reducciones más antíguas mantenían un comercio constante abarrotando con sus mercaderias los puntos principales de los rios La Plata, Uruguay, y Paraná con lo cual irrogaban un grande perjuicio al mismo Rey y á los negociantes españoles residentes en el Paraguay.

50. Y, sin embargo, hecha la correspondiente indagación, presentáronse las cosas bajo un aspecto muy distinto.

Pues por lo que toca al lugar en que se fundaban las Reducciones, eran precisamente los españoles los primeros interesados que lo elegían lo más cerca posible de sus ciudades, con el fin de tener á mano, siempre que fuera menester, un buen número de indios amigos que pudiesen socorrerlos contra las incursiones de los salvajes; y por esta causa se levantaron tanto, según hemos visto más arriba, los habitantes de Santa Fé, cuando fué necesario trasladar á mayor distancia de aquella ciudad la Reducción de San Javier.

Por lo demás, fluye de los mismos preliminares necesarios para poder emprender la fundación de una Reducción, cuán insignificante

era la participación que en ello cabía á los jesuitas, y cuán destituidas por tanto estaban de todo fundamento aquellas quejas y finalmente cuán ridículos los temores que se tuvo por bien esparcir.

Es de notar que cuando un Misionero á costa de trabajos y fatigas indecibles y hasta con riesgo de su propia vida, había conseguido reunir á algunas familias de indios y logrado que se decidieran á establecerse juntos y permanentemente en algún lugar, era su primer deber el dar cuenta de ello al Señor Obispo, y luego preguntando á los indios, de qué órden de religiosos deseaban que se eligiesen á los Misioneros que habían de dirijirlos optaban ellos generalmente por aquel Misionero que los había reunido. Luego el Obispo dirijía al Gobernador de la Provincia, y éste á su vez la trasmitía al Virey en Lima, una solicitud pidiendo el respectivo permiso para buscar un sitio apropiado con el fin de establecer una nueva Reducción.

Concedido este permiso, y la anuencia del Padre Provincial de aquella órden que había de enviar los Misioneros solicitados por los indios, principiaban inmediatamente las exploraciones con el fin de encontrar un sitio adecuado, empresa á la que los Misioneros dedicaban muy á menudo hasta 2 y 3 meses, viajando en diversas direcciones. Cuando finalmente los Misioneros lograban algún sitio á propósito, tenían que dar cuenta al Comandante de la ciudad

más cercana, quien luego se trasladaba al punto determinado, lo inspeccionaba y si le parecía el terreno apto para formar la Reducción, concedía la licencia, y si nó la negaba.

§ VIII

De los impuestos que pagaban los indios y de los servicios prestados á la corona de España

51. Es cierto que el Rey, por lo general, contribuía al establecimiento de cada Reducción con una suma equivalente á unos 2000 francos si bien hubo varias Reducciones que fueron fundadas *sin* esa ayuda, como por ejemplo la de Santa Pedro erigida por el P. Paucke y de la cual hablaremos más adelante. Además, á contar desde su fundación estas poblaciones estaban exentas de todo impuesto durante cierto tiempo, que en un principio era de 20 años y más tarde á partir del reinado de Felipe III limitóse á 10 años. Sería un error grave el suponer que estas Reducciones no rendían beneficio alguno á la corona ni mucho menos el pensar que eran para ella carga muy pesada.

Aun prescindiendo del hecho de que todas las poblaciones de indios reducidos constituían otros tantos puntos de seguridad para las ciudades circunvecinas de los españoles, mientras

que estas últimas, no ofrecían á aquellas ningún amparo positivo contra las incursiones de los indios infieles, conviene recordar que muchas Reducciones y aun la mayor parte de ellas, abonaban anualmente desde mucho tiempo atrás su tributo al Rey de España. Así, por ejemplo, en el Perú, donde los indios siendo todavía paganos estaban yá acostumbrados á ofrecer ciertos tributos á sus incas,—lo mismo que los indios de México respecto de sus montezumas —en aquella época ya pagaba cada Misión un impuesto anual de 7 pesos ó sea 14 florines por cabeza, que recaudaban empleados españoles llamados corregidores.

«Da lástima, dice el P. Paucke, ver de qué manera procedían estos empleados con los pobres indios. Era de regla que todo cuanto necesitaba el indio, sea para su propia manutención ó para otro fin cualquiera, tenía que pedirlo al corregidor quien no se lo daba sino á muy subido precio, mientras que cuando el corregidor compraba algo al indio, no le pagaba sino la mitad de su valor real. El abuso de estos corregidores llegaba al extremo de encajar á los indios fuertes partidas de artículos completamente inservibles, como son cajones enteros de naipes, sabiendo como sabían que el único destino de semejante mercancía era el pudrirse en las chozas de los indios». Las antíguas Misiones de los indios guaraníes, tapes, y tobatines pagaban al Rey impuestos anuales de $ 25.000 ó sea 50.000 florines.

Los Misioneros para reunir esta suma, enviaban los productos de las Reducciónes, como cueros, lienzos, algodon, cereales, cochinilla etc. etc., cargados en grandes barcos, á los Procuradores de los colegios de Santa Fé y Buenos Aires, quienes los enagenaban reduciendo el todo á dinero satisfaciendo con ello los impuestos.

52. Como que la venta de estos artículos producía siempre más plata que la reclamada por los impuestos reales, compraban los Procuradores con el sobrante ropa, herramientas, cuchillos, azadones y de más cosas necesarias que enviaban á su vez á la Reducción. «Hé ahi, dice el P. Paucke aquello que se dió en llamar *el enorme comercio ejercido por los jesuitas del Paraguay*».

Es verdad que estas Misiones antíguas poseían grandes yerbales, pero también es cierto que, con el fin de evitar todo perjuicio á los españoles comerciantes en té, existía para los indios una prohibición absoluta de plantar y cultivar mayor cantidad de yerba que la estrictamente necesaria para su propio consumo, además de unos 1000 quintales que podían destinar á la venta.

Hasta aquí hemos hablado de aquellos indios que, siendo paganos todavía, estaban acostumbrados á satisfacer regularmente un tributo á sus caudillos. Pero la cosa, cambia completamente de especie cuando se intenta recaudar contribuciones de gente que ignoraba absoluta

mente lo que significa un impuesto y que, por otra parte, era excesivamente celosa de su libertad é independencia salvaje. Muy lenta y paulatinamente, y con mucha dulzura debían los Misioneros emprender su tarea de acostumbrar á los indios al trabajo, á fin de lograr que produjesen sus trabajos no solamente lo indispensable para llenar sus propias necesidades, sino también el exceso conveniente para poder cubrir dichos impuestos.

«Por lo que toca á la Reducción San Javier, tuvimos, dice el P. Paucke, la buena suerte de que los Comandantes de Santa Fé se dignaron tener en cuenta nuestra pobreza. Pero fuera de esas contribuciones, prestaban los indios de las Reducciones también otros servicios, y de no poca importancia, á la Corona de España:

53. Helos aquí: Cuando los españoles sitiaron la ciudad «Colonia del S. Sacramento» perteneciente á los Portugueses, vinieron en ayuda de los primeros, varios miles de indios de las Misiones guaraníes, y ellos fueron quienes tomaron por asalto la ciudad; en esta ocasión acabó su vida cierto Misionero alemán que acompañaba á los indios en carácter de Capellán del Ejército.

Si bien es cierto que luego, al concluirse la paz, fué restituida á los Portugueses la referida ciudad, sin embargo, cuando se volvieron á abrir las hostilidades entre España y Portugal, (época en que yá se encontraba el

P. Paucke en América),—enviaron de nuevo las antiguas Misiones guaraníes su contingente, compuesto de 5.000 indios, para ayudar á los Españoles á arrancar otra vez á los Portugueses esa misma ciudad;—esta vez iba por capellán de los indios un jesuita alemán, el Padre Francisco Baur, oriundo de la Suabia y amigo del P. Paucke.

El comandante de estas tropas, tanto de las españolas como de las indígenas, era Don Pedro de Zeballos, Gobernador de toda la Provincia de Buenos Aires;—los españoles procedían en su mayor parte de Santa Fé, Corrientes y Buenos Aires. En cuanto á tropas de línea, no había sino un regimiento de infantería y otro de caballería.

No se cansaba el Comandante de admirar y elogiar el denuedo y valor de que daban prueba los indios, quienes, bajo un cañoneo incesante abrían las trincheras. Al poco tiempo tuvieron los portugueses que evacuar la ciudad.

54. Entretanto avistáronse en la ciudadela española de Montevideo, un buque de guerra inglés y seis navíos portugueses, que se acercaban en ademán de querer atacar el fuerte.

Zeballos dió en seguida la orden de que sus artilleros se trasladasen á Montevídeo, porque de otra manera la ciudadela no se habría podido sostener. La órden fué ejecutada, pero apenas se hallaron preparados para resistir á un ataque, cuando ya la flotilla de

guerra se alejó, dirigiéndose á velas desplegadas con rumbo al puerto de Colonia.

El buque inglés se internó muy adentro en el puerto hasta llegar cerca de la costa y entonces con 10 cañones abrió un fuego nutrido sobre la ciudad. Don Pedro hallábase, á la sazón, enfermo en cama, pero en oyendo tronar los cañones hizo un último esfuerzo y se levantó, y como notara que no le había quedado casi ningun artillero, corrió con sus indios á los cañones que estaban emplazados sobre el muro de la ciudad; enseñóles apresuradamente el modo de cargar y disparar los cañones y luego se puso á correr del uno al otro cañon encargándose él personalmente de la puntería. El cañoneo duró algunas horas y finalmente un tiro certero incendió el buque de guerra inglés. Al ver como subían más y más las llamas, el capitán echó en medio de ellas primeramente su espada y luego se tiró el mismo á la hoguera. Mucho de los tripulantes se lanzaron al agua, intentando ganar la orilla á nado que lograron la mayor parte secundados por el mismo Zeballos, quien despachó varios botes para recogerlos. Al caer de la tarde, el fuego penetró en la Santa Bárbara y el navío voló por los aires. En cuanto á los buques portuyueses, ya habían tomado las de Villadiego.

Don Pedro de Zeballos con sus tropas auxiliares índianas, persiguió á los portugueses por unas 300 leguas tierra adentro, hasta Rio Gran-

de. Pero dejemos muchos servicios análogos prestados por las Misiones de indios á España, para ver algunos de los que hicieron en tiempo del P. Paucke los de San Javier, en pro de la prosperidad, quietud y seguridad de los españoles, hasta el momento en que estos se lo pagaron con la más negra ingratitud.

55. Durante los 18 años que estuvo el P. Paucke en la Reducción de San Javier, salieron á campaña sus mocovíes más de 35 veces contra los indios infieles, unas veces solos y otras acompañados por españoles, y en diez de estas salidas los acompañó el P. Paucke, por haberle sido posible conseguir un Padre sustituto durante esta su forzosa ausencia. Hubo también algunas ocasiones en que el P. Paucke negó el auxilio pedido, y con sobrada razón por faltar la correspondiente órden, tanto del Rey como de parte del Gobernador de Buenos Aires.

No se cansaban los españoles de admirar el valor y la ligereza que mostraban los mocovíes en estas expediciones;—sucedía á menudo que cuando los soldados salían solos en busca del enemigo, ni siquiera alcanzaban á verle, mientras que cuando iban acompañados de los mocovíes, raras veces volvían estos sin algún trofeo de sus hazañas.

En uno de los encuentros, que tuvo lugar entre los indios abipones y los mocovíes de San Javier, arrojó uno de éstos su lanza sobre un abipón á una distancia de 15 á 20 pasos, con tal ímpetu que le derribó de su caballo;—

en el mismo instante apeóse, degolló al indio caido y con su cabeza en la mano saltó sobre su caballo y partió al galope;—en todo lo cual no empleó más de medio minuto. Eran precisamente estos indios Abipones los que causaban tan á menudo grandes perjuicios en Santa Fé, no solo arreando ganado vacuno y caballar sino también matando en campo abierto á los peones.

56. El Comandante de Santa Fé había apostado una guardia avanzada á unas 10 leguas de la ciudad, y pidió al Padre Paucke que le enviara allá un refuerzo de 30 indios que se debían relevar mensualmente; — en compensación de este servicio hacía grandes promesas como son un subsidio para la Reducción y sufragar todos los gastos. Esta proposición no fué del agrado de los indios, pero con todo consiguió el P. Paucke inducirlos á prestar el servicio solicitado. Mas antes de dar el asentimiento definitivo, suyo y de sus indios, quiso el P. Paucke que los españoles se diesen cuenta previamente del resultado que obtendrían yéndose ellos solos al encuentro de los salvajes.

«Habiendo pues tenido noticia, refiere el P. Paucke, de que una horda de bárbaros se preparaba á tomar por asalto la ciudad de Santa Fé, emprendí con 40 indios míos un reconocimiento por todos aquellos caminos recónditos que sabíamos habían de elegir los salvages para llegar más pronto á la ciudad. Al segundo día encontramos señales de su pa-

so, como son, las cenizas de fuegos, cueros de potrillos recien beneficiados, y además, todos sus enseres, los cuales, con excepción hecha de sus armas, habían escondido en distintos parajes del bosque, para luego recogerlos á su regreso de Santa Fé.

«A penas hecho este descubrimiento mandé avisar en seguida al Comandante de la ciudad, que habíamos encontrado rastros de los bárbaros, encomendándole que estuviera sobre aviso; que diese las órdenes necesarias para la defensa del pueblo y que al propio tiempo despachara soldados al encuentro del enemigo, á fin de que este no llegara á robar nada en las estancias circunvecinas;—y que yo mientras tanto, vigilaría con mi gente el avance de los salvages.

Nos hallábamos entonces á 40 leguas de la ciudad, y sin embargo mis mensageros, con caballos de remonta llegaron allí en 18 horas mientras otros dos fueron á preparar el pu[illegible] de avanzada, y dos más se dirigieron a[illegible] Reducción para que todos se dispusiesen á la defensa»!!

El Comandante de Santa Fé, no se dió mucha prisa en seguir las recomendaciones del P. Paucke, y su dilación tuvo por consecuencia que al día siguiente por la mañana temprano fué invadida su propia estancia por una horda de indios, quienes mataron á los peones y se llevaron unos 300 caballos.

Al tener conocimiento de este nuevo asalto

los comerciantes españoles empezaron á temer por sus expediciones de mercancías y resolvieron hacerlas acompañar en adelante por soldados: pero muy poco les aprovechó esta nueva medida. Asi sucedió que un tal Andino, comerciante, al enviar al Perú unos 20 carros cargados de mercaderias, los hizo custodiar por 14 soldados, sinembargo habiendo la caravana andado unas 40 leguas de camino, fué asaltada por una horda de bárbaros que asesinaron á todos los hombres incluso la escolta; un solo soldado se salvó. Los indios se llevaron toda la mercaderia caballos y bueyes, quemando los carros y todo lo que no podían llevar.

Este triste suceso atemorizó en gran manera á los habitantes de Santa Fé. Cuando poco después prepararon una nueva expedición de mercaderias vinieron á solicitar del P. Paucke algunos de sus indios para acompañarla;— El Misionero al principio se negó, pero, vista la insistencia del mismo Comandante, no pudo menos de despachar al efecto unos 20 de sus mocovíes á la ciudad de Santa Fé.

Esta nueva caravana fué asaltada en el mismo paraje que la anterior, pero los mocovíes supieron de tal modo disimular su presencia, andando siempre detrás de las carretas, que no fueron vistos por los salteadores al salir estos atropelladamente del bosque. Luego, cuando el enemigo se hubo acercado lo bastante, de repente salieron al frente los mocovíes y arrojándose con furia sobre los bárbaros,

derribaron á dos de ellos al primer encuentro. A este espectáculo los demás se retiraron precipitadamente á los montes, adonde los persiguieron los mocovíes, matando tres más y regresaron á la Reducción. Recibió cada uno de los mocovíes á título de compensación, 7 pesos asi como cueros nuevos, lienzo y franela de color.

57. Después de algunos meses de tranquilidad, llegaron á San Javier 6 Abipones cristianos con una carta dirigida al P. Paucke comunicándole que ciertas tribus de indios habían invadido la Reducción San Gerónimo, robando millares de caballos y animales vacunos; añadieron que aquellos salvajes se disponían á retirarse con sus despojos; por lo tanto rogaban al P. Paucke mandase algunos mocovíes en auxilio de su Reducción.

De los tres caudillos de San Javier sólo estaba presente en esta ocasión el cacique Aletín, quien con 40 de sus indios se trasladó inmediatamente á San Gerónimo. — Los mensageros habían llegado á las 2 de la tarde, y á las cuatro ya se puso en marcha el caudillo, recorriendo las 40 leguas que intermedian entre las dos Reducciones en pocas horas; y, sin apearse de su caballo, reunió los combatientes de la Reducción San Gerónimo, persiguió con ellos y con su propia gente al enemigo y después de haberle derrotado recobró unos 4000 animales de los que tenía robados á la Reducción San Gerónimo. Luego regresó Aletín

triunfante á San Javier, cuya Reduccción gozó durante 2 á 3 años de una paz no interrumpida.

De todo lo dicho y de otros sucesos análogos se sigue, que las Reducciones no eran como sus adversarios lo han dicho, un perjuicio para los españoles y sus pueblos; sino que más bien les servían de defensa y de antemural contra la furia de sus enemigos. Se sigue en segundo lugar, que el uso de armas era cuestión de vida para los indios reducidos, como lo enseña su historia. Y esta fué la causa que por orden expresa del Rey se enviaron oficiales militares á las Reducciones antiguas con el cargo de instruir á los indios en el manejo de las armas de fuego.

CAPITULO III

El cristianismo entre los indios

§ 1

La conversión y el bautismo de los caciques Aletín, Nevedagnack, Cathaalín y Valangaín

58. Habiendo visto lo que eran los moscovíes en su estado primitivo, vamos á ver ahora cuál ha sido la benéfica influencia que sobre ellos ejerció el cristianismo. El mismo P. Paucke no pudo menos de admirar el notable cambio que se pudo ver entre los indios bautizados y los infieles, el cual se reflejó hasta en sus mismos semblantes; y este hecho no se ocultó á los mismos españoles, quienes solían decir que á primera vista conocían si un indio era cristiano ó salvaje, y aun en el caso que este último vistiese el traje característico del primero.

En efecto, los indios bautizados se mostraban mucho más alegres y contentos y de trato más íntimo que los no infieles cuyo semblante siempre conservaba cierta expresión de fiereza y sobreceño, como por otra parte sus adema-

nes y su porte exterior revelaban al hijo de la selva sobre el cual no había el cristianismo ejercido aún su influjo moralizador.

Se comprende que los Misioneros tratasen de atraer al cristianismo, ante todo, á los caciques, pues su ejemplo debía necesariamente influir benéficamente sobre los demás indios y en especial sobre los de su propia tribu.

Fué Aletín el primero de los caudillos mocovíes que se bautizó. Después de haber recibido junto con otros la necesaria instrucción solicitó espontaneamente el ser admitido entre el número de los cristianos; y efectivamente le fué concedida poco después tanto á él como á su mujer y á sus hijos y á 6 indios más con sus respectivas familias. Grande fué la impresión que este acontecimiento produjo entre los demás indios, quienes todos acudieron á presenciar este solemne acto. Ya de antemano los Misioneros habian convidado á varias personas distinguidas de Santa Fé que gustosas se prestaron á servir de padrinos á estos neófitos.

59. Una vez bautizado, Aletín, que recibió el nombre de Javier, se mostró aún más afecto á los Misioneros, dispuesto siempre á ejecutar cualquier labor que se le encomendara y muy constante en su asistencia al culto divino. Tan excelente ejemplo no podía menos de cundir rápidamente entre los demás indios reducidos, quienes, á su vez, concurrieron con la mayor asiduidad al servicio religioso. Visitaban también muy á menudo á los Misione-

ros, los cuales se valían de estas ocasiones para aconsejarlos en sus dudas y aumentar sus conocimientos de las verdades cristianas. Esto dió también lugar á que el P. Paucke se convenciera del hecho que la enseñanza particular y las conversaciones íntimas y amistosas surtían en el temperamento y carácter de los indios un efecto más benéfico que aquel que se pudiera esperar de largas prédicas dadas en la iglesia.

Por lo tanto resolvieron los dos Misioneros recibir sucesivamente todos los días en su casa á dos ó tres indios para instruirlos en los principios de nuestra santa réligión, y en seguida los despedían dando á cada uno un pequeño regalo.

Con estas exhortaciones y coloquios íntimos, dice el P. Paucke, conseguimos poco á poco que un gran número de indios solicitaran el Sacramento del Bautismo, y realmente á su tiempo fueron recibidos en el gremio de nuestra Santa Iglesia. Entre aquellos que más celosos se mostraron fueron los que componían la tribu de Aletín, mientras que la gente de Cathaalín en cierto modo escandalizados por los perversos principios de este caudillo pusieron más obstáculos á las luces del Evangelio.

Aquel primer caudillo ya desde su primera vista dejó muy bien impresionado á los Misioneros. Era un jóven muy hermoso, robusto, de alta estatura y con cabellera negra y rizada. En su semblante se descubría cierta expresión de

severidad mezclada con dulzura, al par que su conversación revelaba un grado de inteligencia poco común. Pues ayudado de tan bellas cualidades supo atraer á otro Cacique muy parecido á él en carácter, tal era Nevedagnac.

60. Este caudillo entre sus compañeros gozaba de mucha fama como hombre de gran valor, y en sus encuentros con los cristianos no le guiaba nunca el instinto de matar, sino tan sólo el deseo de arrebatarles caballos y demás ganado. Pocos meses después de su primera visita, regresó Nevedagnac á San Javier con 40 familias de su tribu, y se estableció definitivamente en esta Reducción, mostrando él y toda su gente tanto celo para instruirse de las enseñanzas de nuestra santa religión, que al poco tiempo ya se hallaban preparados para recibir el Sacramento del Bautismo. Mientras se preparaban á este solemne acto ya cundió la noticia de esto en la ciudad de Santa Fé á donde fueron llevados el caudillo con toda su gente y allí fueron bautizados por el P. Rector del Colegio, disputándose el honor de ser sus padrinos las personas más distinguidas de la colonia española.

Después del acto solemne fueron convidados por el P. Rector á un modesto banquete en el Colegio, al cual asistieron entre otras familias principales el mismo Comandante de Santa Fé, quien por medio de un intérprete se entretuvo amigablemente con el cacique, y á consecuen-

cia de dicha conversión felicitó calurosamente al P. Paucke encomiando con frases muy halagüeñas la trascendencia de esta conversión; y felicitando en nombre del Rey y de los españoles al P. Paucke, por este gran triunfo, terminó su brindis con las siguientes palabras: «Yo conozco muy bien y por propia experiencia á este gran caudillo; en varias ocasiones, cuando tuve que pelear contra él, no he podido menos de apreciar y hasta admirar su gran valentía.Hoy día me es muy satisfactorio el poder trasmitir á Córdoba, Tucuman, Santiago y Asunción, donde su valor es bien conocido, que este Saulo se ha convertido en un verdadero Pablo. Hagamos votos al cielo para que se conserve esta preciosa joya en la Reducción San Javier, pues su conversión nos augura una paz duradera tanto para nosotros como para otras ciudades y provincias».

En seguida se levantó el caudillo cristiano, que en su Bautismo había recibido el nombre de Domingo y dirigiéndose á un intérprete le dijo: «Trasmitid al noble Comandante de esta ciudad los sentimientos que actualmente abriga mi corazón: Como he recibido mediante el Sacramento del Bautismo la inestimable dicha de ser miembro de la gran familia de los cristianos que reconocen á Dios como Padre de todos: siento una gran alegría al poderme llamar vuestro hermano. — Hasta este momento nada sabía de nuestro Padre Celestial; de lo contrario jamás me habría mostrado tan hostil

para con los españoles. De aquí en adelante, trataré de reparar los errores que cometí en mi ignorancia; deploro muy de veras todo el daño que anteriormente causé á los españoles que son desde ahora mis hermanos. Antes los miraba á todos como enemigos, pero conozco al presente que estaba equivocado. Me comprometo, de hoy en adelante, cada vez que me necesiten, á ayudarles contra sus enemigos con toda mi gente como verdadero amigo y hermano. Decidles que pueden prestar entera fé á mis promesas; que recuerden, que nunca los engañé siendo todavía infiel, cuanto menos ahora que soy cristiano.»

Todos los que oyeron estas palabras del caudillo cristiano, que fueron vertidas al español por un intérprete, quedaron sumamente satisfechos y complacidos. Y cuando pocas horas después el nuevo cristiano emprendió su viaje de regreso á la Reducción fué muy agasajado y colmado de regalos.

61. Mayores dificultades ofreció el Bautismo de Cathaalín, ya por su edad avanzada, como también por vicios inveterados. Sin embargo la heroica paciencia, sus exhortaciones é industrias, ayudadas por la gracia divina, acabaron de ablandar este corazón de hierro. El caudillo acabó por rendirse gustoso y recibió con gran júbilo el Santo Bautismo. Animado con tan noble ejemplo el cacique Nalangain poco después pidió y consiguió la misma gracia. Con esto quedaron bautizados los cuatro

principales caudillos, á los cuales pronto siguieron los demas indios de la Reducción, en número de 900 aproximadamente, y de aquí en adelante administraba el P. Paucke por término medio 20 á 30 Bautismos cada mes.

§ II

Constancia y fervor de los indios en concurrir al templo y recibir los Santos Sacramentos

62. Ya hemos visto arriba que la Iglesia de la Reducción de San Javier, cuando el P. Paucke la visitó por primera vez, se encontraba en un estado de la mayor pobreza y sin atractivos algunos para esta pobre gente salvaje, y por lo tanto no es de estrañar que los dias de trabajo quedara casi desierta. Por lo tanto los Misioneros se empeñaron en construir un nuevo templo más grande y hermoso con altares bien labrados y elegantemente adornados, en donde resonaba buena música con canticos armoniosos. Con este medio consiguieron que los indios concurrieran con gran gusto á los divinos oficios, no solamente los días festivos sino también los días de la semana. En el altar mayor habíase colocado la estátua de San Javier, Patrono de la Reducción, mientras la de la Virgen Santísima adornaba

otro altar del templo. Este poseía además una campana, herencia de una antígua Reducción destruida hacía ya unos 20 años, como yá lo tenemos relatado mas arriba.

Vivía en la Reducción de San Javier una india muy devota llamada Eulalia de estado casada, la cual además de ayunar todos los miércoles asistía al catecismo cada día mañana y tarde; esta vida tan devota la continuó aun después de haber fallecido su marido, hasta que ella también, apesar de hallarse todavía en la flor de su edad acabó santamente su vida. Momentos antes de expirar dirigió al P. Paucke esta súplica: «Padre mio, no me toméis á mal lo último que voy á pediros: Siento un muy gran deseo de ser sepultada en la misma Iglesia. ¿Y porqué? preguntó el Misionero — ¿acaso nuestro cementerio no ha sido bendecido? «No lo ignoro,—repuso la moribunda,—pero el motivo por el cual desearía ser depositada en la Iglesia es, que siempre me ha sido tan grato el asistir á este templo y especialmente en las horas en que se explicaba la doctrina cristiana; y como en adelante esto ya no me será posible, desearía, que por lo menos siguiesen asistiendo mis restos mortales á todos los actos religiosos». El P. Paucke prometió acceder á sus deseos y efectivamente lo cumplió.

Este suceso tan edificante tuvo por resultado el que muchos otros indios pidiesen el mismo privilegio. Sinembargo el Misionero declaró formalmente que nadie sería enterrado en la Iglesia

á no ser que hubiese dado pruebas muy distinguidas y ejemplares de una vida verdaderamente cristiana y santa; de donde resultó, que el fervor en el cumplimiento de los deberes religiosos de muchos indios iba aumentando cada día.

63. He aquí un rasgo genuino de devoción filial que nos refiere el P. Paucke:

Solía éste, en las visperas de las fiestas mayores de la Santísima Vírgen, adornar la estatua de la Madre de Dios con todo lo mejor que poseía la Iglesia. Cuando cierto día el jóven Sebastián, hijo del cacique Cathaalín, notó que la corona de laVirgen, aunque muy hermosa no era de oro sino de papel dorado, concibió la idea de procurarla una corona más digna. Observando que la mayoría de sus condiscípulos, que concurrían á la doctrina cristiana, llevaban en su cuello chapas de plata de diversos tamaños les propuso pedir á sus respectivos padres el permiso, de hacer donativo de ellos á la Madre de Dios, para que su estatua fuese adornada de una corona de plata.

La idea gustó á todos, y al día siguiente, terminada la instrucción del catecismo, todos los muchachos ofrecieron espontáneamente al P. Paucke sus prendas de plata, pidiéndole aceptase este óbolo en honor de la Vírgen, para que tuviese una corona más rica. Estas dádivas fueron tan numerosas que con ellas pudo fundirse, no sólo una espléndida corona de plata para la Virgen, sino que todavía sobró

lo suficiente para una linda aureola que se colocó en la estátua de San Javier.

64. Continuamente iba aumentando el número de los habitantes de la Reducción: San Javíer; ya se contaban entre ellos 1900 bautizados y 300 infieles. Cuando el P. Paucke en cierta ocasión celebró una solemne novena en honor de la Madre de Dios, concurrieron los indios en tal número, para oir la divina palabra y recibir los Santos Sacramentos, que el Misionero con justa razón pudo afirmar: que jamás se había imajinado, encontrar entre los indios una devoción tan tierna como general. Terminada aquella función tan solemne, todos los caciques se presentaron al P. Paucke ofreciéndole sus más rendidas gracias por la magnífica fiesta, tan linda y tierna que les había preparado, rogándole les proporcionase tales solemnidades que para sus almas eran un verdadero bálsamo.

Y para que se vea mejor todavía el gran provecho que sacaban los indios del uso de los Sacramentos agreguemos lo que frecuentemente afirmaban con toda sencillez al P. Misionero: «Cuando acabamos de recibir los Santos Sacramentos experimentamos en nuestros corazones un consuelo muy grande que nos dura semanas y meses enteros, y nos sentimos cada vez con nuevo fervor de llevar una vida cristiana; pero si nos alejamos de la Reducción, aunque no sea más que por 15 días, para cazar

y correr por los montes, sentimos que este fervor principia á debilitarse y perderse.»

Una de las festividades religiosas que mayor solemnidad revestía, era la primera comunión de los niños. Muy laudable por otra parte era la costumbre instituida en la Reducción por los PP. Misioneros, de que sus propios padres acompañasen á sus hijos á la sagrada Misa. El día fijado, unos y otros concurrían al templo un poco antes de principiar la función, para oir una ligera recapitulación de las enseñanzas preparatorias del acto; acto contínuo á los niños se les recitaban algunas oraciones, hallándose todos ellos arrodillados al derredor del altar y llevando en sus cabecitas unas pequeñas coronas de flores, y en la mano un cirio encendido adornado con un ramito. Habiendo acabado las oraciones se acercában padres é hijos á la santa mesa. Después de la Comunión volvíase á recitarles algunas oraciones y una vez terminada la función todos concurrían á la morada de los misioneros, en cuyo patio se les servía un almuerzo. Durante toda la cuaresma era vedado el salir á cazar ó el emprender cualquier excursión, á fin de que nadie faltara á las pláticas cuaresmales que tenían lugar cada miércoles y viérnes, así como á las instrucciones preparatorias para la confesión. Cada semana se repartía entre los caciques el turno de dar las dichas instrucciones á sus subordinados y durante la misma debían abstenerse de toda obra servil. El viérnes y sábado oíanse las

confesiones, y el Domingo siguiente todos participaban de la sagrada Eucaristía. Recién entonces podían reasumir sus labores acostumbrados, observándose este misma órden hasta que todos hubiesen cumplido con el precepto Eclesiástico. El Viérnes Santo á la tarde, había gran procesión durante la cual se rezaba el Rosario, dirigiéndose después de cada decena una plegaria al Redentor crucificado.

En una palabra, la concurrencia á todas estas solemnidades religiosas, nunca dejaba nada que desear. «Era hermoso ver, (prosigue el P. Paucke) como, en día de Domingo ó feriado, los indios se hallaban todos prontos y preparados delante de sus puertas aguardando tan sólo el toque de la campana para correr á juntarse en el templo.» Un día Domingo hallábase de visita en la Reducción un español tan virtuoso como temeroso de Dios, quien viendo con que fervor acudían los indios á la iglesia, exclamó, dirigiéndose al P. Paucke: «Hé ahí una escena que nos humilla á todos nosotros que nos llamamos cristianos. Ved esa gente, señor Padre, que ayer todavía se hallaba sumergida en el salvagismo, hoy apenas resuena el repiqueteo de la campana convidándoles al templo, cuando yá todos á uua, cual multitud de hormigas, salen de sus chozas y se apresuran á reunirse en la iglesia para ofrecer al Creador sus preces y alabanzas.» «¿En cuál de nuestras ciudades cristianas, podríamos contemplar acaso, un espectáculo tan edificante?»

§ III

Solemnidad religioso-civil en la fiesta de S. Francisco Javier·

65. Era costumbre en las ciudades españolas de Sud - América celebrar una solemne procesión en el día del Patrono del pueblo, formándola todos los vecinos en traje de gala y montados á caballo, precedidos por sus respectivos magistrados, yendo al frente un Alférez Real· Del mismo modo, dice el P. Paucke, que me había empeñado en enseñar á mis indios, por medio de procesiones religiosas el culto exterior que se debe al Señor de los Cielos; así también quería infundir en sus almas el respecto, que en calidad de vasallos habían de tener á su Rey y Señor temporal:» costumbre que ha sido siempre tradicional entre los Misioneros de la Compañía de Jesús.

A este fin el celoso Misionero preparó con sus indios una solemne procesión para el día de San Javier, para lo cual ante todo se escogió entre los caciques uno que representase al Rey con el nombre de Alférez Real; en seguida se formaron unas 15 á 16 compañías, de 25 hombres cada una, con sus correspondientes Jefes, con dos tambores y dos porta - estandartes. El P. Paucke procuró que cada compañía se distinguiese de las otras por el color de sus caballos, por el traje de sus jinetes y el adordo de

sus banderas. Dos Alcaldes ó Mayordomos á caballo abrían la procesión, luego seguía el Alférez Real y en pos de él las diferentes compañías.

Así formados hacían su entrada en la población marchando hasta la iglesia, frente á la cual hallábanse colocados de un lado los jóvenes y las muchachas del otro. Luego, apeándose los indios entraba la procesión en el templo yendo adelante el Alférez Real con la bandera de España y, con la cabeza cubierta, ocupaba al lado del Evangelio un muy hermoso asiento con aparato real. Terminada la función religiosa, salía la concurrencia del templo precedida por el Alférez Real hácia la plaza donde se había erigído un arco de triunfo. Allí colocábase el estandarte real, quedando custodiado por una guardia de honor.

Entre tanto los demás concurrentes se dirigían á sus casas á preparar la comida que habían recibido del cacique, consistente en una res y el maíz correspondiente; dispuesto ya todo para ser servido, remitían varios platos de los manjares para ser bendecidos por los Misioneros, y en seguida sentábanse á comer. A la caída de la tarde, los indios formando dos grupos ejecutaban un simulacro de combate, siendo recompensados bajo el arco de triunfo los victoriosos con la entrega de premios que consistían en objetos ya de piedad, ya de vestido, ora de labranza, ora de montura, ó también tabaco.

«Este día, dice el Padre Paucke, era para los indios el de mayor entusiasmo y alegría en todo el año y como hasta entonces no se había celebrado en ninguna otra Reducción del Gran Chaco, pronto se esparció la noticia de esta gran fiesta por toda la comarca, acudiendo á presenciar este torneo hasta los Mocovies que residían á 300 leguas de la Reducción de S. Javier, y siendo causa de que muchos salvajes sentaran sus reales por allí para entrar luego en el seno de la Iglesia.»

66. Como se comprende, llegaron también á Santa Fé los pormenores de esta fiesta anual en honor de su excelso patrono, lo cual movió al Comandante de dicha ciudad, como también á varios españoles residentes en ella á presenciarla. En efecto, el P. Paucke envió dos caciques con sus indios á Santa Fé ocho días antes de empezar las próximas fiestas para invitarlos, y en especial á D. Narciso de Echagüe, que profesaba particular cariño por esta Reducción, fundada durante el gobierno de su difunto padre en Santa Fé. Recibida la comitiva con los agasajos propios del caso, llegado el día de la fiesta, el dicho Comandante con todos sus soldados y demás Señores se confesaron y comulgaron, dando con ello un ejemplo de mucha edificación á los naturales.

Poco después tomaron parte todos en una procesión presidida por el Sr. Comandante; siguiéndose la comida y el torneo, donde distribuyó éste mismo muchos premios que había

traído consigo. Durante la comida la banda de músicos de los indios ejecutó entre otras una pieza especial compuesta en honor del Rey de España y del Sr. Comandante que presidía. Al regresar la comitiva, fué acompañada del pueblo hasta cinco léguas de la población, y 25 de los naturales llegaron hasta Santa Fé donde fueron estos obsequiados con algun ganado vacuno y lanar.

§ IV

Se declara la epidemia de víruelas en S. Javier; prepárase á los indios para la muerte.

67. Motivo de contento y satisfacción era para los Padres Misioneros, la gran solicitud que manifestaban los indios para limpiar su conciencia cuando amenazaba algun peligro de la vida. En efecto, cuando debían salir ya á batir á los salvajes rebeldes, que les promovían guerras, ya á ocuparse por largo espacio de tiempo en la caza ó corta de monte, se cuidaban de recibir prêviamente el Sacramento de la Confesión.

Otro tanto sucedía con las mujeres en los casos difíciles de la vida, las que de un modo especial procuraban el inmediato bautismo de su prole. «Debo confesar dice el P. Paucke, que era para mí un motivo de gran consuelo poder atender á los indios en sus postreros momen-

tos, porque notaba que ellos morían no sólo exentos de todo temor, sino hasta contentos y abrigando la firme esperanza que, al separarse de este mundo encontrarían allá cerca de su Padre Celestial una vida perdurable llena de dicha. Muchas veces preguntaba al moribundo si no sentía algún motivo de inquietud ó si no le causaba pesar que en adelante sus hijos debieran quedar huérfanos. En manera alguna, Padre, replicaba; no me aflijo en lo más mínimo por ellos, pues si bien yo me voy, no por eso se hallarán desamparados, pues vos hasta ahora habéis sido el padre de ellos y seguiréis siéndolo en adelante, y desde que vos habéis cuidado tanto de ellos durante mi vida, cuanto más no lo habréis de hacer despues de mi muerte. ¿Y porqué me habría yo de afligir por tener que dejar este mundo? ¿No nos habéis enseñado vos mismo tantas veces que si en esta vida hemos amado y servido á Dios, Nuestro Señor, la muerte misma nos proporciona una felicidad eterna en el cielo? Esto lo he creído siempre y ahora también lo espero firmemente. «Hé ahí, prosigue el P. Paucke, el modo como, por lo general, morían mis indios; esto es, con una quietud y paz imperturbable, que viéndola, rebosaba de consuelo mi corazón; pues no me era posible dudar de que alcanzarían la eterna bienaventuranza.»

Y así, al sobrevenir la peste de viruela, no desmintieron tan sólidos principios de fé, aunque no existe para los indios una calamidad ma-

yor, puesto que cuando ataca la peste á los de la selva, así que sienten la intensa fiebre que se produce al principio, se arrojan al agua, cerrándoseles los poros del cuerpo, y produciéndose el derrame virulento hácia adentro, lo cual produce la muerte casi siempre. Por lo cual tiene su razón de ser el pánico increible que produce entre los salvajes la invasión de las viruelas. Pues apenas se de clara en una toldería un sólo caso de viruela, todos los demás huyen precipitadamente, abandonando á su suerte al atacado del flagelo orasea el padre, ora sea la madre, ora sea el hijo ó la hija; lo único que hacen es colocar á la cabecera del lecho del enfermo un jarro de agua, carne asada y frutas silvestres para el caso que le vinieran ganas de tomar algo.

Los mocovíes relatan los inauditos sufrimientos que han padecido por esta enfermedad cuando vivían en los bosques: habiendo desaparecido la epidemia, solían vagar por largo tiempo por los montes en busca de sus padres ó parientes, y no pocas veces encontraban las tolderías completamente abandonadas, y delante de ellas los perros que habían devorado los cadáveres de aquellos infelices. Si tal aconte cía en las selvas, no fueron menos los estragos que causó ahora en las Reducciones, y así dice el P. Paucke: «Poco antes de mi llegada á la América del Sur en el año de 1745, esta asoladora enfermedad había estallado en las Misiones del Paraguay, que entonces comprendían

30 poblaciones malogrando los esfuerzos ingentes y todas las medidas precautorias que tomaron los Misioneros, segando la epidemia la vida á 72.000 naturales.»

68. En el año 1760 se declaró esta maligna enfermedad en la Reducción de S. Javier y lo primero que se hizo fué recorrer las chozas una por una para saberel nûmero de los atacados por primera vez, resultando 800 entre niños y adultos.

A los pocos días se hallaban unos 80 indios muy postrados; y los dos Misioneros, con el P. Pole inglés, tuvieron que repartirse la tarea de atender á todas las necesidades de los enfermos para aliviar sus sufrimientos.

Por la mañana, después de la Santa Misa salía el P. Paucke con 8 ó 10 muchachos, llevando consigo agua de cebada y de lino, y otro refrescante preparado de agua con azúcar y pepitas de sandía, de melón, de zapallos y de cohombros machacadas; también siguiendo el tratamiento, recomendado en algunos casos por médicos españoles, de hacer sangrar al paciente en el primer momento, le produjo muy buen resultado. A más llevaba consigo una porción de manteca, que mezcló con albayalde sirviéndole para cubrir las costras de los variolosos. Bien pertrechados de elementos marchaba el Padre con sus niños desde el alba hasta muy entrada la noche de choza en choza suministrando consuelo y socorro tanto material como espiritual. Oía las confesiones de los enfermos, los

preparaba para bien morir, mientras su compañero el P. Pole les administraba los Sacramentos de la Sagrada Eucaristía y Extremaunción. En cuanto á los muertos los hacía forrar en un lienzo cosido y depositar en el atrio del templo hasta que el P. Pole, terminada su tarea del día, podía hacerles dar sepultura.

La mortandad llegó en los meses de noviembre á diciembre hasta la cifra de 14 por día. Durante este tiempo hubo 8 indios ocupados continuamente en abrir las fosas.

«Así pasaban los días, dice el P. Paucke; y en llegando la noche me echaba sobre mi cama para tomar un momento de reposo, pero como en esta enfermedad los dolores y angustías aumentan durante la noche, tenía que levantarme hasta seis y aun más veces durante ella para acudir á prestar mis auxilios. A consecuencia de esto, tuve que permanecer desde mediados de Septiembre hasta principios de Diciembre, con la luz siempre encendida durante la noche, descansando vestido sobre el lecho, á fin de estar pronto en cualquier momento para responder al primer llamado que se me hiciera.»

69. Tantas atenciones y fatigas no interrumpidas, concluyeron por agotar casi las fuerzas físicas al P. Paucke, hasta el punto de llegar á sentirse muy enfermo y creer que peligraba su propia vida; por lo cual despachó un mensajero á Santa Fé para solicitar del P. Rector de aquel Colegio que le enviara al P. Canelas,

quien poseía perfectamente la lengua mocoví, y también una enfermera española para el cuidado de los enfermos de mayor gravedad. El mismo día de la llegada del mensajero pusiéronse en camino el P. Canelas y dos españolas, religiosas Terciarias, llegando á la Reducción de San Javier al día siguiente por la tarde.

Con estos nuevos cooperadores pudo ser más eficaz el trabajo, de modo que ya á fines de Enero había desaparecido casi por completo el terrible huésped que tantas víctimas había causado. Llegaron éstas á ser 221; con todo, el P. Paucke dió rendidas gracias al Señor por haber sido relativamente reducidos los casos fatales que se produjeron entre aquellos 800 individuos que por vez primera fueron atacados del flagelo. Mas intenso dolor pudo experimentar el Misionero al notar que entre los que sucumbieron al azote, se hallaban sus mejores músicos, y en especial los cantores más aventajados, como también algunos de los más hábiles artesanos. Asi que al considerar el tiempo y los esfuerzos que costó preparar y enseñar á los unos y á los otros, y cuán difícil sería reemplazarlos, bien se comprende cuán profundo pudo ser el pesar del Misionero que sólo resignado á la voluntad del Altísimo adoraba sus inescrutables designios.

§ V

El P. Paucke funda la Reducción de "San Pedro" (1763)

70. En distintas ocasiones el R. P. Provincial de la Compañía de Jesús en Buenos Aires, había querido destinar al P. Paucke para la fundación de nuevas Reducciones en el Gran Chaco; pero siempre tropezaba con dificultades casi insuperables en la ejecución de su plan: unas, puestas por parte de los indios de San Javier y las otras, por los españoles residentes en Santa Fé. Los primeros, una vez que comprendieron que podía faltarles el P. Paucke, declararon que ellos abandonarían la Reducción y seguirían tras su Misionero; los españoles protestaron por su parte, contra la idea de dar otro destino al P. Paucke, puesto que la permanencia de éste con sus indios en la Reducción de San Javier, era de una importancia trascendental para la quietud y seguridad del pueblo de Santa Fé, viéndose de esta manera privado de realizar sus ardientes deseos de convertir nuevas tribus de indios del Gran Chaco. Sin embargo quiso el P. Paucke penetrar unas 300 á 400 leguas en dicho valle, para anunciar el Evangelio á los infieles mocovíes que por allí moraban.

En consecuencia, aunque sin haber prevenido á los indios del propósito que tenía en vista, solicitó de su Superior provincial el permiso para emprender este nuevo trabajo; el cual fuéle acordado, pero con la condición de que previamente obtuviera la aquiescencia de los indios de su Reducción. Con poca esperanza, á la verdad, de poder lograr su fin, puso en conocimiento de los indios su intento, expresándoles al propio tiempo que su expedición tendría por objeto visitar á los indios de su propia tribu y que luego regresaría á San Javier. Los indios le escucharon con marcada atención, guardando silencio durante cierto tiempo, mas viéndose obligados á dar alguna respuesta, contestaron los caciques que no podían consentir que el Padre emprendiera un viaje tan peligroso, pues no le sería posible soportar las fatigas y molestias de un tan largo trayecto, sino que de seguro sucumbiría en la prueba; que por lo tanto sería mejor que el Padre se quedara en la Reducción y que confiara la ejecución de su plan á algunos indios, que podría elegir de entre los de mayor prestigio y que tuvieran relaciones de amistad más estrechas con los infieles mocovíes.

Viendo el P. Paucke que era imposible persistir en llevar á cabo su proyecto, aceptó lo propuesto por los indios y al efecto escogió 10 de los indios más aptos, quienes se mostraron muy bien dispuestos á llevar á término la misión proyectada. En pocos días quedaron ter-

minados los preparativos; y después de asistir á la Santa Misa, en la cual todos recibieron la Sagrada Eucaristía y luego la bendición, todos diez, lanza en mano, se pusieron en marcha bajo la dirección del cacique Nalanguín. Llevaban consigo gran cantidad de regalos para distribuirlos en nombre de los misioneros á sus amigos y á los caciques; también les entregó el P. Paucke una banderita blanca que tenía en un lado la imágen de Nuestra Señora de los Dolores y en el otro lado la de San Francisco Javier, divisa por la cual siempre podrían darse á conocer como índios cristianos en caso de encontrar en el trayecto de su viaje alguna patrulla de soldados españoles.

71. A los 4 meses estos Misioneros de nueva data estuvieron de regreso trayendo consigo á uno de los más renombrados caudillos mocovíes, el cacique Elebogdín, quien después fué llamado Amaquín, otros dos caciques más y cuatro indios. El P. Paucke lleno de regocijo dióles la bienvenida, y á los pocos días los condujo á Santa Fé para presentarlos al Comandante de la plaza quien los recibió con mucha afabilidad. Los demás españoles obsequiaron con buen número de vacas y ovejas á los recien llegados; y á las reiteradas preguntas que les hicieron á estos si se decidirían á fundar una nueva Reducción, contestaron que esa cuestión sólo podrían resolverla de concierto con el Padre que les había mandado venir.

Regresaron, pues, éstos á San Javier con-

tentos de tan afable recibimiento á estudiar y arreglar los preliminares para el establecimiento de una nueva Reducción. Habiendo dejado el Padre á su elección formar una nueva Reducción ó unirse á la de San Javier, resolvieron lo primero después de madura reflexión; siendo esto de completo agrado del Padre como también de los españoles, que adquirían de esta manera un nuevo punto de defensa contra las invasiones de los salvajes por el Oeste.

Terminados estos arreglos preliminares, regresó el cacique Elebogdín con sus indios á su toldería, dejando al cuidado de sus amigos de San Javier el ganado que les había sido obsequiado por los españoles de Santa Fé, prometiendo volver dentro de tres meses con toda su tribu, para establecer definitivamente la nueva Reducción. Entre tanto, empezó el P. Paucke á dar los pasos necesarios tanto cerca del P. Provincial como del Comandante de Santa Fé, á fin de que á la llegada de los indios hallasen éstos un paraje adecuado para su establecimiento, y también las provisiones y demás cosas indispensables para la manutención durante los primeros tiempos de su estadía en aquella nueva residencia. Comprometiéronse los habitantes de Santa Fé á suplir no solamente el ganado necesario, sinó también todo el aderezo del culto para el nuevo templo que allí se había de construir, y los enseres domésticos para la vivienda de los Misioneros.

Entre tanto transcurrieron los tres me-

ses fijados por Elebogdín para su regreso definitivo á San Javier, y en efecto á los pocos dias después recibió el P. Paucke el anuncio de que se acercaba este jefe de tribu con 400 indios. Dió cuenta de ello al Comandante, y llevando consigo á algunos de los Caciques recien llegados, el Misionero se puso en camino para buscar un lugar en donde pudiera instalarse convenientemente la nueva Reducción. Después de hacer largos y repetidos viajes, y de haber sufrido un sin número de contratiempos y peripecias, dieron por fin con un paraje situado á unas 16 leguas de San Javier y que les pareció corresponder á sus deseos.

Acto contínuo escribió el P. Paucke al Comandante de Santa Fé, anunciándole que se había encontrado un punto á propósito, y que le pedía el envío de los 150 hombres que había ordenado el Sr. Gobernador que fueran puestos á disposición del Misionero, cuando llegase el momento requerido, á fin de que ayudasen en los primeros trabajos de la nueva Reducción, tales como el templo, la morada para los Misioneros y demás construcciones indispensables. El Comandante concedió primeramente 50 soldados bajo el mando de Don Gerónimo Leyas, de quien se hacen los mayores elogios, y poco después trajo él mismo consigo un segundo contigente de 80 hombres.

72. De esta manera, no tardaron en terminarse todas las construcciones más necesarias, por lo cual el Sr. Comandante en nombre del Rey

dió formal posesión del sitio á los nuevos moradores mocovíes, recibiendo al mismo tiempo esta Reducción el nombre del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro.

Una vez instalados, dió principio el ardoroso Misionero á la enseñanza religiosa de sus nuevos feligreses, sin descuidar por esto su bienestar material; más después de haber conseguido del Padre Provincial, que de Córdoba viniesen á sustituirle dos nuevos Misioneros de la Compañía de Jesús, los Padres Antonio de Bustillos y Raimundo Termeyer en esta Reducción pudo regresar por el año de 1765 á su querida Reducción de San Javier. Si bien las Reducciones de más reciente creación seguían desenvolviéndose con todo éxito, en cambio notábase en las misiones más importantes y antiguas del Paraguay, que empezaba á cundir cierta desconfianza, desapareciendo paulatinamente la plácida paz y quietud que antes reinaba en ellas, pues hacía ya como unos diez años que venían soportando los misioneros muchas clases de persecuciones por parte de los españoles y portugueses; parece que con el propósito de que abandonaran este glorioso campo, ya sazonado con sus sudores y fatigas.

73. Llegaban continuamente de España y de Portugal rumores siempre crecientes acerca de un cierto imperio fundado por los Jesuitas en el Paraguay, y de que éstos habian elegido por Rey á un tal Nicolás I. También fueron remi-

tidos de aquellos dos países, España y Portugal, diversas monedas de oro, que se decían haber sido acuñadas por los Jesuitas para el tal monarca suyo.

Esta historieta estaba ya tan divulgada y esparcida con tales caracteres de verdad, que por parte de muchos españoles residentes en las ciudades del mismo Paraguay era tenida por cierta, aun cuando por nadie había sido comprobada su veracidad, ni había persona alguna que pudiese hablar al respecto con conocimiento própio. «Los Misioneros, (prosigue el P. Paucke), nos reíamos hasta entonces de esta tamaña impostura. Verdad es, que oíamos hablar por todas partes del desmoronamiento de nuestra institución, pero no alcanzábamos á creer que los Reyes Católicos pudiesen jamás llegar al extremo de despojar de sus espirituales pastores á tantos millares de indios convertidos, y de consentir de esta manera en la ruina total de estas Reducciones. Había llegado ya el año de 1766, y con él el acrecentamiento, y con violencia, de nuestras persecuciones; sinembargo nosotros todavía ni soñábamos el destino tan desgraciado que se nos iba preparando en aquellas Cortes cristianas, que tanto amábamos. Por nuestra parte, no nos apartábamos ni un ápice del camino que nos marcaba el deber, siguiendo como antes llenando nuestro cometido en el puesto de labor, de tal manera que cuanto más arreciaban las persecuciones, tanto más nos empeñába-

mos en efectuar la conversión de los infieles.»

«En este mismo año se nos presentó otro cacique pagano solicitando la fundación de una nueva Reducción, en la cual se comprometía á establecerse con toda su tribu dentro de unos cinco meses; pero ya el estado de cosas había tomado un aspecto más sério, pues se estaba preparando ya el primer golpe que iba á ser decisivo. En aquella época había tenido ya lugar tanto en Francia como en Portugal la expulsión descarada de la Compañía de Jesús, mientras nosotros en el Paraguay continuábamos abrigando la firme esperanza de que jamás permitiría nuestro Católico Rey que aquí se llevara á cabo semejante inaudito atropello, atendido el horrible daño que se seguiría para las almas, no tan sólo de los indios, sino también de los mismos españoles. Empero, escrito estaba que también nosotros habíamos de correr la misma suerte que nuestros compañeros de ultramar.»

Hasta aquí el P. Paucke; séanos ahora permitido, con el fin de rebatir algunas ideas tan lijeras como infundadas que corren vulgarmente, llamar la atención sobre la manera tan culta y moderada que se guarda al relatar aquí la durísima suerte deparada por el ódio y la ingratitud á estos Misioneros beneméritos de la América del Sur.

CAPITULO IV

Expulsión de la Compañía de Jesús del Paraguay.

§ I

Sucesos de Santa Fé y de la Reducción de San Javier.

74. El día 16 de Julio del año de 1767 á las 4 de la mañana, recibieron los soldados de la guarnición de Santa Fé la órden de cercar con todo sígilo el Colegio de la Compañia de Jesús de dicha ciudad. Ejecutado ésto, presentáronse algunos oficiales á la puerta principal del colegio, tocaron la campanilla, y pidieron con urgencia que viniera el Padre Rector para prestar sus auxilios á un enfermo de gravedad. El R. P. Rector acudió apresuradamente al llamado, pero apenas se hubo abierto la puerta, tanto éste como el portero fueron arrestados por los dichos oficiales, quienes, acto contínuo, penetraron en el colegio y, colocando un centinela en cada una de las puertas interiores, se preci-

pitaron á las habitaciones de los Padres. Todos fueron conducidos y encerrados en el refectorio, mientras los comisarios se entregaban al saqueo de los aposentos llevándose consigo cuanto hallaron en ellos.

Tamaña inhumanidad no emanó del Rey, dice el P. Paucke, sino de los «buenos amigos», que tenían los Jesuitas en las Cortes, cuyas órdenes eran cumplidas al pié de la letra particularmente en las remotas regiones de la América del Sur. La noticia de este inaudito atropello cundió pronto por toda la ciudad, y atrajo al rededor del colegio una gran muchedumbre profundamente conmovida; los unos clamaban, los otros rompían en llanto y por todas partes oianse las más duras increpaciones para con los autores de tan inícuo atentado. Al caer de la tarde, los Padres fueron conducidos en carruajes á las afueras de la ciudad: cada uno llevaba un crucifijo colgado al cuello, y su breviario bajo el brazo; entretanto en plena plaza fueron abiertos sus baules y su contenido minuciosamente registrado sustrayéndoseles todo cuanto encerraban con excepción de la ropa blanca. Así mísmo el Colegio quedó enteramente allanado en el mismo día. Se les hizo permanecer 24 horas á campo raso, y después fueron conducidos en diferentes vehículos hácia Buenos Aires, llevando apostados un centinela por cada dos carruajes á fin de evitar la libre comunicación con cualesquiera personas.

75. En San Javier, el día 21 del mismo mes de Julio aconteció que llegó el Sargento Mayor D. Francisco de Andino, siendo portador de una carta para el P. Paucke, en la cual le comunicaba el nuevo Comandante de Santa Fé, que los Padres de ese colegio habían tenido que abandonar éste dirigiéndose á Buenos Aires; que en cuanto á los Misioneros, nada aun se había resuelto, y por lo tanto rogaba al Padre que no diera á conocer á los indios lo que pasaba, y que continuara como hasta entonces ejercitando su ministerio en la Reducción; en efecto el Padre así lo hizo limitándose en medio de su amargura, pues presentía la triste suerte que correrían sus amados indios, á contestar al portador, que si se trataba de un rescripto Real él también tendría que acatarlo. Todo esto pasó en media hora.

Entretanto un joven español, llamado Ponciano, discípulo de música del Padre, se había encontrado esa misma mañana con el sargento y sabido de sus propios labios los indignos sucesos de Santa Fé, los que contó á los indios á su regreso á la Reducción. En un momento se alborotó la población, estallando de todos los pechos quejas y lamentos tales, que muy pronto llegaron á oídos del Misionero que los varones con sus mujeres y niños se aprontaban para abandonar inmediatamente la Reducción é internarse en la selva.

En medio de tan pavorosa conmoción corrió el Misionero por todo el pueblo, consolan-

do á unos y exhortando á otros; y con sus propias manos arrancó la brida á los caballos que estaban preparados para el viaje; y por más que preguntaba el porqué de su llanto, no respondían, mas continuaban haciendo los preparativos de su marcha; siendo los mismos caciques los que más consternados se mostraban, distinguiéndose Cathaalín, quiencompareciendo al llamado del Padre no pudo articular ni una sola palabra; ¡Tan intenso era su dolor!

Empero, no atinando el Padre con el remedio que podría aplicar á tan deplorable estado de cosas, convocó á los caciques Domingo, Nalanguín y Aletín á quienes encargó que tranquilizaran á los indios y que no permitieran que ni uno sólo saliera de la población. Con el fin de consolar y retener á sus indios les decía el Padre que aguardaran tranquilamente hasta que llegaran noticias más positivas, más esto mismo fué lo suficiente para que varios saliesen en la misma noche para Santa Fé, con el fin de cerciorarse por si mismos, estando á la noche siguiente de regreso; los que refirieron el completo allanamiento en que se encontraba el colegio de los Padres. De nuevo repitiéronse las escenas de retirada en los indios y de apaciguamiento por parte del Misionero, quien les aseguró que si él se separaba, vendría otro sacerdote para atenderles en sus necesidades; que permanecierán ahora á su lado para que no le hicieran más amarga su despedida.

Con todo, Cathaalin anegado en lágrimas, acercóse al buen Misionero y le habló con estas palabras: «No tome á mal, Padre mío, lo que expreso, pues mi dolor es tan profundo que no puedo quedarme aquí; porque en viniendo los españoles, ó les acometería con mi gente ó me moriría de pena, si tuviera que coutemplar impasible como os expulsaran de aquí, como lo han ejecutado en Santa Fé con vuestros Hermanos. «Así que os ruego que no tengáis á mal que no me quede. Me voy á la Reducción de San Jerónimo.» Todo el empeño del Padre para hacerle cambiar de parecer fué inútil, marchándose Cathaalin con 400 hombres de su tribu. Al dia siguiente se supo que los indios de la Reducción de San Pedro habían dejado sólos á sus Padres Misioneros.

76. En compañía de 5 indios de confianza y del cacique Domingo, salió á caballo el Padre Paucke con dirección á San Pedro; á donde llegaron á la mañana siguiente encontrando á los dos Misioneros de aquella Reducción completamente abandonados. Celebró el Santo Sacrificio, y prosiguió su viaje en busca de los fugitivos, á quienes alcanzó casi á boca de noche en un bosque del Norte. Las exhortaciones del Padre juntamente con las de Domingo tuvieron feliz éxito, dando por resultado la vuelta de los indios al lado de sus Misioneros.

Durante el resto del mes continuó el Padre suministrando á sus indios de San Javier las obras de su infatigable celo apostólico, y al pro-

pio tiempo comunicó al Comandante de Santa Fé todo lo sucedido detalladamente, como también la salida de Cathaalin con toda su gente. Esta nueva causó gran perturbación á los vecinos de Santa Fé, pues temían la venganza que podría tomar contra los españoles este temible caudillo.

Entretanto por los dichos de un español transeunte, de que en breve plazo quitarían á los Misioneros de San Pedro, los indios volvieron á escaparse, obligando al Padre Paucke á renovar sus esfuerzos para hacerlos volver, obteniendo por segunda vez su regreso; dejando allí dos indios de confianza para que le impusieran al punto del menor ademán de una nueva retirada de los indios.

Transcurrida una semana, se presentó nuevamente el citado don Francisco de Andino é informó al Padre de parte del Comandante de Santa Fé que era cosa resuelta que los Misioneros todos abandonaran el Paraguay, y por tanto que se sirviera mandar un buen número de indios armados á fin de que trajesen á los Comisarios Reales á las Reducciones. A esto contestó el Padre que se haría lo ordenado, pero aconsejó que no hiciera acompañar á los Comisarios de soldado alguno, pues dado el encono de los indios, él no podía responder de la vida de aquellos. Regresó el Sargento no sin haber tenido antes el Padre que intervenir enérgicamente para que no atentaran los indios contra él.

Impuestos los de San Pedro de tal resolución, se escaparon por tercera vez y el prudente Misionero por tercera vez; también consiguió su vuelta; mas llevóse consigo á sus caciques.

La consternación en San Javier había subido de punto: los indios arrearon sus ganados hácia las islas vecinas, y entonces propusieron al Padre con muchos argumentos, internarse todos llevando consigo los objetos del culto. Entre otras razones, el Padre les replicó que tal proceder equivaldría á desobedecer al Rey, y entonces creerían en el decantado imperio de los Jesuitas en el Paraguay, y ésto sería muy mal recibido por todas las naciones de Europa; á más que muriendo él, les faltaría un guía espiritual y con su falta se retornarían á la antigua vida salvaje, sin Dios y sin ley. Finalmente, que debían permanecer allí, pues ya les enviarían los españoles, sacerdotes que cuidaran de su salvación.

Mas los indios respondieron que los españoles, como tantas veces los habían engañado, ya no les merecían fé, y sí vosotros, nuestros Misioneros que tanto habeís hecho en obsequio y bien nuestro. Sin embargo, si nos aseguráis que vuestro reemplazante nos atenderá fielmente como vos, nos quedaremos por un año, confiando en vuestra vuelta; que si no volviéreis no sabemos que sucederá.

Obtenido este triunfo parcial, comprendió el Padre que si tal no se hubiera conseguido,

todo se les habría atribuido á los Jesuitas, y así habrían ido todos á parar á los obscuros calabozos de San Sebastián, en el puerto de Santa María, como tantos otros de sus hermanos fueron allí con el título poco honroso de delincuentes ante el público.

Dios N. S. protegió visiblemente mis pasos en tan críticas circunstancias. Loado sea Él.

Pues no sólo no se internaron los indios, sino que no fué amagada Santa Fê de ser arrasada, como los indios se proponían hacer en un asalto general que repetidas veces se propuso por ellos al Misionero. Y todavía no atreviéndose á presentarse los españoles en varias Reducciones, presentáronse espontáneamente los Padres á las autoridades respectivas á volver con ellas para hacer el traspaso de lo existente.

Así procedieron los Misioneros al ser lanzados á la proscripción!

77. Veamos el proceder de las autoridades.

En San Javier, llegado el día prefijado, fueron los indios solicitados, y regresaron con el Comisario, un eclesiástico Doctor Don Miguel de Ziburu, quien por la amistad que le ligaba con el P. Paucke había aceptado reemplazar á éste para que los indios permitieran salir á su amado Padre de la misión, tanto más que éste creía que el Rey revocaría su edicto y todos serían restituidos á sus Misiones.

El Comisario nombrado fué Don Pedro de Miura, hombre temeroso de Dios y amigo de

los Misioneros; que traía en su séquito algunos testigos y sirvientes. Estos últimos, apenas llegaron, se dejaron caer como aves de rapiña sobre el almacén y la huerta, dando lugar á muy amargas quejas por parte de los indios, quienes creyeron que primero despojarían al Padre para después entrar á saco en la Reducción, por lo cual reclamó el Misionero, siendo atendido en su petición.

Inician el inventario con la minuciosidad más escrupulosa, tomando hasta las dimensiones de los objetos por insignificantes que fueran. «Después, dice el Padre, me interrogaron por el dinero, contestándoles que en 18 años de permanencia en la Misión no había visto circular dinero, pues cuanto necesitamos nos lo procuramos cambiando nuestros propios productos, unos por otros. Mas para que conozca el monto exacto de todo mi capital en efectivo, abra Vd. ese cajoncito que allí encontrará toda mi fortuna. Hízolo y encontró tan sólo el Comisario trece reales de plata que le habían sido obsequiados como limosna por Don Francisco de la Mota. Entonces me preguntó si tenía dinero en alguna otra parte y como respondiera que nó, exigieron los testigos que prestara juramento respecto á ésto, á lo que repliqué que para mí era bastante hacer mi declaración, que había hecho como palabra de Sacerdote. Al oir esto, enternecióse Don Pedro y los circunstantes rompieron en llanto y exclamando: Dios mio «¿serán estas, por ventura, las rique-

zas fabulosas que espera nuestro Rey encontrar en poder de los Misioneros?»

En seguida se siguió con la Iglesia y después con el ganado, constando éste á la sazón de: 24.000 cabezas de bovino, 1700 de caballar, 1700 de ovino, 500 bueyes de tiro y 400 mulas.

¿Con qué corazón cabe imaginarse que presenciarían los indios lo que pasaba, y el Padre que á todo trance deseaba evitar que la desesperación se apoderara de sus ánimos y no fueran á hacer terminar aquello en una memorable tragedia?

78. Mas le quedaba reservado al infatigable Misionero un gran consuelo como conclusión de su ministerio pastoral en esta población y fué el siguiente: Convencidos los indios de la partida definitiva de su Padre, acercáronse espontáneamente á él y le rogaron que les oyera por última vez en confesión, que les reconciliase con Dios, puesto que el nuevo Padre aun no sabía su lengua, y les sería muy deplorable si á alguno le sobrevenía una muerte repentina, encontrarse privado de la confesión; que por lo demás ya se cuidarían ellos para en adelante de no ofender á Dios.

En efecto, mientras la Comisión ejecutaba el minucioso inventario el Padre Paucke recibió la confesión de todos sus indios y así se expresa: «Creo que de todos los indios de la Reducción, grandes y chicos que se hallaban en condición de poder recibir los Santos Sacramentos ni uno sólo faltó en esta solemne ocasión.»

Y todavía antes de salir celebró tres matrimonios y bautizó nueve indios. Terminado el traspaso de San Javier continuaron con el de San Pedro y San Gerónimo, rogando y consiguiendo que el Padre Paucke les acompañara.

Vueltos á San Javier y reunidos los seis Misioneros, emprendieron la retirada hácia Santa Fé. No quería el buen Misionero que ninguno de los indios le acompañase para que no le hiciesen más amarga su despedida, pero con respecto al cacique Domingo fué imposible conseguir que desistiera de tal intento, pues hacía largo tiempo que estaba montado á caballo con 25 indios escogidos y bien armados, para servirles de escolta.

Al ponerse en marcha los Padres, el pueblo entero que había acudido á despedirlos rompió en llantos y exclamaciones á punto que los españoles no pudieron contener las lágrimas. Todos clamaban: «Idos, Padres, buen viage; pero que volváis pronto.» Aletín, encargado de cuidar al nuevo Misionero, habló por fin al Padre en estos términos: «Os agradezco Padre la compasión y misericordia que me habéis demostrado, y me acordaré de ello hasta el último momento de mi vida.» «Idos, pero volved pronto.»

79. En el camino á Santa Fé no se les permitió hablar con el Sargento Mayor Don Gerónimo de Leys y su familia, que estaban muy desconsolados por la retirada de los Misioneros, aunque invocaron algunas órdenes terminantes de parte del Rey; solo permitieron entregar

unos cuantos bocados de comida, fundados en que el Comandante había amenazado con la cárcel y deportación al infractor de sus órdenes con relación á los Misioneros.

Increible es lo ridículo en interpretar así la ordenanza dictada por el Rey, pues bien se vió en España después, la disposición tan diferente de como se había ejecutado. Llegó la cosa á tal punto, que para evitar la dicha comunicación con los de Santa Fé, á un cuarto de hora de la ciudad hicieron alto, y se les hizo pasar la noche en los mismos coches, siendo vigilados por seis soldados armados. Junto con el informe de lo hecho, la Comisión manifestó temores de agresión por parte del fiel y respetuoso cacique Domingo y su comitiva, ordenando el Comandante que de madrugada se retiraran éstos á San Javier; mas tanta maldad debía ser demostrada á tales autoridades y enrostrada por los rudos lábios de un salvage.

80. Oyó indignado el cacique Domingo la orden de apartarse, á lo cual replicó así: «No puedo imaginarme que vuestro Rey haya ordenado que á nosotros, pobres indios, se nos despoje así de nuestros Sacerdotes y menos todavía que nos sea vedado el hablar más con ellos. Seréis vosotros mismos que de cuenta propia hayáis convenido en observar semejante proceder para con ellos. Vuestra propia malignidad que ya habéis evidenciado en contra nuestra y de nuestros ascendientes y que hoy volvéis á poner en práctica, ella es

la única causante de esta desgracia, tan inmensa como imprevista, que en estos momentos nos aflige. ¿Créeis, por ventura, que seréis más dichosos cuando hayáis consumado la expulsión de nuestros Misioneros? Por mi parte no alcanzo á comprender como hayáis podido suponer ni esperar semejante resultado. Bien sabéis cual era nuestra actitud respecto de vosotros, cuando aún carecíamos de Misioneros. Mas ¿qué cosa buena podéis ahora esperar de nosotros, cuando nos quitáis á nuestros Padres, quienes nos han enseñado á llevar una vida cristiana y á ser individuos leales al Rey?»

«¿Sóis acaso pseudo-cristianos, ú os hacéis los cristianos con el único fin de podernos embaucar? ¿Están ya cicatrizadas las heridas de antaño que os abrimos? Tened cuidado, pues podríamos volver á abríroslas. No dejo de reconocer los favores que nos habéis dispensado una vez que nos hubimos sometido á la Cruz; pero en manera alguna, vosotros con vuestras espadas y armas de fuego nos habéis sujetado al Rey, sino que son nuestros Misioneros, quienes con la Cruz del Redentor en la mano nos han vencido; pero nosotros no somos esclavos vuestros.»

«Tampoco es posible que las órdenes que invocáis hayan emanado de nuestro Rey, cuya clemencia cristiana nos ha sido en todo tiempo tan preconizada por nuestros mismos Misioneros. Si vosotros fuérais buenos y verdaderos cristianos, seguramente que os había de pesar

tanto como á nosotros mismos la salida violenta impuesta á estos nuestros Padres. Decid á vuestro Comandante que su bastón de mando recientemente lo tiene recibido, mientras que yo hace ya tiempo que llevo el mío, el cual, por otra parte, me fué conferido y remitido espontáneamente por el Señor Cobernador. Que venga acá, pues, vuestro Comandante y nos dé una muestra de su valor en vez de quedarse allá en la ciudad. Si él quiere atacarnos que sepa que aquí le esperamos, pues no se vaya á imaginar acaso que hemos de rehuir el encuentro; pero si no viene, que se quede á mandar allá en su pueblo, que en cuanto á nosotros, él nada nos tiene que ordenar. Yo no emprenderé mi viage de regreso sino cuando me plazca hacerlo; y si este temperamento no fuere del agrado de vuestro Comandante, que venga él acá con su gente, y nos desaloje por la fuerza. Por orden suya yo no me retiro, sino que hemos de acompañar á nuestros Misioneros hasta donde alcancen á llevarnos nuestros caballos.»

81. Tal impresión causó en el Comandante el conocimiento de las razones y de la actitud asumida por el cacique Domingo, que mandó que le respondieran que Domingo tenía plena libertad para acompañar á los Padres hasta donde quisiera, porque él en manera alguna había ordenado que los indios se retirasen; que tal disposición no podía sino atribuirse á invención de algún soldado, el cual si llegara

á descubrirlo le daría un ejemplar castigo.

La energía sin igual de Domingo trajo por consecuencia que gran número de españoles hiciesen caso omiso de la incomunicación de los Padres, viniendo diariamente á visitarles, acompañarlos, y ofrecerles á porfía toda clase de atenciones; distinguiéndose en esto los señores Don Pedro de Miura y Don Narciso de Echagüe.

Finalmente, dispuso cuanto antes el Comandante la traslación de los Misioneros á Buenos Aires, es decir, á 100 leguas, y permitió solo á ruego de caracterizados vecinos que los Religiosos, que iban cada uno en su vehículo aparte, pudieran llevar útiles de cocina, previo el recuento delante de todos, y con la condición de devolverlos sin deterioro á las autoridades así que llegaran á Buenos Aires.

§ II.

Viage á Buenos Aires y permanencia en esa ciudad

82. El día 6 de Septiembre pusiéronse en camino los Misioneros, custodiados por un oficial y seis soldados, acompañados siempre del fiel cacique Domingo con sus indios. Los soldados se mostraron muy serviciales con los padres hasta donde les era permitido; el oficial aceptó comer con ellos todos los días, por lo cual las

armas de la guardia fueron puestas en depósito permaneciendo así hasta las inmediaciones de la Capital. El día 7 llegaron á una aldea, pasando la noche en los coches y en campo abierto; el 8, día de la Natividad, los soldados y arrieros fueron á misa, y los Padres pidieron poder celebrar uno y que los demás comulgaran, pero solo obtuvieron la negativa, con gran descontento de Domingo y de los indios. El 10 atravesaron el río Carcarañá que se halla á 22 leguas de Santa Fé en la estancia de San Miguel, de la Compañía, donde 30 negros quisieron saludar y despedir á sus Padres y no les fué concedido, aceptaron sí las aves, corderos y queso que traían. El 14 llegaron á Capilla del Rosario, 43 leguas de Santa Fé. Aqui el P. Paucke determinó despedir á Domingo y sus indios, á quienes agradeció la gran lealtad que les habían mostrado y que les rogaba que se volvieran.

Domingo, creyendo que el Gobernador de Buenos Aires se apiadaría de ellos y les devolvería al P. Paucke, se resistía á volver. El Misionero tuvo que hacer comprender al agradecido indio que el Gobernador solo cumplía las órdenes del Rey, siendo éste el único que podía revocar sus ordenanzas; y que aun si esto sucediera no se realizaría antes de un año, así que lo más prudente era que se volviese á su Reducción de San Javier; agregando: «Servid á Dios y al Rey y permaneced

fieles á ellos. Dios no os abandonará si vosotros primero no os apartáis de él.»

Marcharon los indios á buscar sus caballos y luego volvieron y rodearon el carruage medio conturbados. Acudieron también los soldados y arrieros á presenciar la despedida; á algunos de los Misioneros no les fué posible acudir por encontrarse sobremanera impresionados. Mas oigamos al P. Paucke: «Los indios, dice, apeáronse de sus caballos para besarme por última vez la mano en medio de los más desgarradores lamentos, los cuales hicieron llorar también á todos los españoles. Unicamente mi pobre Domingo no tenía lágrimas; mudo y pálido como la muerte se había parado delante de mí, temblando de manos y pies de tal modo que los españoles se apresuraron á socorrerle, creyendo que le sobrevenía una apoplegía.

Después de largo rato se repuso, cobró el uso de la palabra, y se expresó en estos términos: «Vé ahí, Padre, á todos tus hijos en derredor tuyo, sumidos en llanto muy amargo; sólo yo no lloro, ni tampoco me es posible llorar; no porque deje de dolerme esta separación, sino por ser demasiado intenso mi dolor al ver que ahora debes abandonarnos. Esta aflicción me oprime el corazón de tal modo que no puedo llorar y casi me quita la respiración. Véte, Padre amado, y que Dios te pague todo lo que has hecho por nosotros: tus enseñanzas y tus sufrimientos por amor nuestro; nunca vayas á pensar que no te hemos amado como á nues-

tro Padre, pues también lo has merecido que te amáramos. Continúo abrigando la esperanza de que habemos de volver á verte, pues no puedo creer que el Rey quiera despojarnos para siempre de tu amparo y protección. Aguardaremos un año entero, puesto que es necesaria tu ida á España. No dejes de mandarnos avisar apenas hayas regresado nuevamente á Buenos Aires, para que yo con mi gente podamos ir á buscarte.»

Todos en seguida volvieron, dice el Padre, «á besarme la mano; les dí la bendición y luego se retiraron.»

83. Puestos nuevamente en marcha los Misioneros llegaron poco despues al río Montiel y allí supieron que los indios «Pampas» ó «Aucaes» habían asaltado una aldea y encendido el pasto en una grande extensión de terreno, pereciendo 43 españoles. Cruzaron el río Pavón y luego llegaron á Luján, donde se encuentra el Santuario de la milagrosa imágen de la S. Virgen de este título. En fin el 4 de Octubre á las 8 de la mañana se llegó á la vista de Buenos Aires. Se hizo alto y prévio recuento minucioso de los útiles de cocina, y obsequio de los restantes por los Padres á sus acompañantes, entraron en la ciudad, siendo conducidos en medio de una gran afluencia de gente al segundo Colegio, Belén, de la Compañía de Jesús, en cuya puerta eran esperados por 48 granaderos y 9 guardianes, bajo el mando de un teniente y un subteniente, que custodiaban

á otros muchos Padres. Exigióseles la entrega de las llaves de los baules, repartiéndose entre el Sargento Mayor y oficiales todo lo que encontraron de comida y útil para sí, con excepción de la ropa de vestir, como semillas de plantas raras y curiosidades indígenas. Asimismo exigióseles todo papel, hasta las estampas, la tinta y las plumas. A dos se les puso centinela de vista y en estricta incomunicación, más aún, no se les permitía asomarse á la ventana, que caía al jardín. Todo esto era para hacerlos aparecer como á los más temibles criminales.

84. Pasaban los días, y como no supiesen el motivo de tanto derroche de severidad, exigieron los Padres que se les hiciera comparecer ante los Tribunales de Justicia. Por fin á los 2 meses vino un auditor con dos oficiales más de justicia para tomarles declaración al tenor del siguiente interrogatorio. ¿Dónde nacieron? ¿Cuándo entraron en la Compañía? ¿Al salir del colegio, han llevado consigo algun dinero? Y otras cosas por el estilo. Pero siempre permanecieron recluidos. Un día solicitaron del Gobernador Bucareli permiso para celebrar la Santa Misa; á lo cual contestó éste con sandeces de la peor especie; más el Señor Obispo obtuvo que celebrara uno cada día el Santo Sacrificio, pero á puertas cerradas. A consecuencia de tal cautividad, fallecieron dos Misioneros, teniendo que abrir las fosas los demás, y enterrarlos sin ninguna ceremonia eclesiás-

tica. Al relevo diario, se hacía la entrega de cada uno en particular. Y si uno solo faltaba, todos permanecían allí hasta que aquel compareciera.

Entre tanto se supo que á los 8 días de partirse los Padres de Santa Fé, los mocovíes habían abandonado la Reducción de San Pedro; mas los de San Javier permanecían fieles. Túvose también conocimiento de que los indios salvajes interceptaban los caminos que conducen al Perú para asaltar y robar á los viajeros; y de que en la Magdalena, que dista 22 leguas de Buenos Aires, los Pampas habían muerto á todos los adultos, y llevádose prisioneros á los niños; pero que habiéndose despachado tropa de línea en su persecución, y dádoles alcance como á 200 leguas, dieron muerte á 12 y capturaron á 6; fugándose los demás. Animadas las tropas españolas con esta victoria, persiguieron á los fugitivos, pero al tercer día se vieron aquellas envueltas por los salvajes y asaltadas con tal furia, que quedaron todos los españoles exterminados. Como trascurrieran dos meses sin tener noticias de la dicha expedición se envió una compañía de Dragones, la cual, al mes de haber partido, dió noticias de que sólo habían encontrado las osamentas de sus compañeros en la milicia, por lo cual envió el Gobernador un millar de soldados para que escarmentaran á los indios en donde los encontraran.

Lo cual prueba bastante el triste resultado

que tuvo inmediatamente la salida de los Jesuitas de sus Reducciones.

85. ¿Qué decir de la separación de sus Colegios é Iglesias?

En Buenos Aires, cubrieron con un muro las puertas de sus Iglesias, trasladando, por supuesto antes, los ornamentos y objetos de oro y plata á la casa del Gobernador. Este proceder causó tal espanto en la gente, que aseguraban que dentro de 10 años, ni vestigios de religión quedaría en todo el país.

Mientras permanecieron en tan terrible cautiverio, muchos españoles próximos al momento de morir solicitaron del Gobernador Buccareli, ser confesados por los Padres, aunque fueran acompañados de alguna guardia militar, pero nada consiguieron; llegando á morir más de 30 respetables españoles sin poder confesarse, ni recibir otros Sacramentos.

Viendo el Gobernador el anhelo de los vecinos por ponerse en comunicación con los Padres, apresuróse á redoblar las guardias, y tambien incomunicó á muchos, poniéndoles centinelas de vista, y los amenazó con que los haría ahorcar si llegaban á tener algún contacto con la gente de fuera.

Otro hecho atestigua la crueldad usada por las autoridades en la expulsión ordenada por el Rey en la América. En ese mismo tiempo llegó á Montevideo un buque trayendo á bordo varios Misioneros para el Paraguay, después de 10 meses de navegación con muchas tormen-

tas y vientos contrarios, por lo cual se encontraban todos enfermos del escorbuto. Y como ignoraran las disposiciones que el Rey había tomado contra la Compañía, creían poder bajar á tierra á descansar de tan molesta travesía, con más razón para que varios muy enfermos no murieran en el barco. El Gobernador de Montevideo, que no le iba en zaga al de Buenos Aires, no quiso conceder que desembarcasen en un principio, y haciéndose responsable el Capitan de los perjuicios graves que acarrearía á la nave y á la tripulación, permitió que 2 Padres, 4 escolares y 3 novicios desembarcaran para mandarlos en una goleta al lazareto de los Betlehemitas en Buenos Aires, es decír, á 40 leguas. Con viento favorable pusiéronse en viaje, mas entrada la noche fueron sorprendidos por una terrible tempestad, que echó á pique la navecilla, naufragando todos, marineros y religiosos. Pasados algunos días encontróse en la costa de la Colonia del Sacramento el cadáver de uno de los novicios, empuñando fuertemente con la diestra el Crucifijo. Recogido por orden del Gobernador portugués, fué llevado á Colonia, y enterrado con toda solemnidad en el templo parroquial. Otros de los cadáveres fueron hallados en las costas de Buenos Aires, é inhumados por órden del Gobernador Buccareli, con el mayor sigilo y sin ceremonias, lo que indignó sobremanera á los vecinos.

§ III

El viaje de regreso á España

86. Hácia los últimos días del mes de Marzo llegó á Buenos Aires la noticia de que en el puerto de Montevideo había entrado una fragata de guerra española de 36 cañones, la cual debía volver á España á la vela el próximo mes de Mayo; por lo tanto el P. Paucke y sus compañeros creían que al fin había llegado la hora de salir de aquel su prolongado cautiverio. Y efectivamente así sucedió, pues llegó á los pocos días la orden de que á los Padres se les suministraran los trajes y demás útiles de que hubiesen menester para su viaje á España; y el capitán con los oficiales se trasladaron de Montevideo á Buenos Aires á buscar á los Jesuitas.

Reuniéronse en Buenos Aires muchas provisiones de boca para el viaje, que costaron muchos miles de pesos, pues tal era la orden del Rey, mas durante la navegación no se cumplió como debía.

Por fin, el 1° de Abril de 1767 nos pusimos en marcha, esperándonos á la puerta una compañía de granaderos con bayoneta calada y bala en boca, la que rodeándonos por todos lados y con el oficial á la cabeza tenía orden de hacer fuego por cualquier intento de fuga. Era

la hora de siesta, escogida á propósito, pero con todo mucha gente se había reunido prorrumpiendo en amargo llanto al vernos partir. A la media hora llegamos á un riachuelo á donde atracaban las embarcaciones. Aquí había una carpa bajo la cual después de cenar se nos condenó á recogernos. En ella hubieron los 72 Jesuitas de pasar dos noches; sobreviniendo en la tarde del segundo día una copiosa y fuerte lluvia que duró toda la noche y acompañada de viento recio, y así, á más de tener que dormir sobre el suelo empapado recibían también el agua sobre sí. Testigos de tan calamitosa situación fueron muchos vecinos de la ciudad, quienes sólo podían compadecerse de tan magnánimos religiosos, pues les estaba prohibido dirigirles la palabra. Por fin partieron en la tarde del día 3 en dos grupos; uno de 50 en una lancha y el resto en otra hácia Montevideo custodiados por supuesto por la correspondiente guardia compuesta de 2 soldados prusianos, uno de Hesse y 3 bávaros comandados por un oficial de Suabia.

La noche fué de un temporal desecho, arribando á Montevideo á la caida de la tarde del 4, siendo luego trasbordados á la «Esmeralda,» fragata de guerra en donde encontraron 100 de sus compañeros de deportación, cuyo Comandante era Don Pedro Villano, hombre de brusco trato y maneras nada nobles.

El 16 de Mayo leváronse anclas, y se hicieron á la vela con rumbo á Cádiz, á don-

de atracaron después de más de 4 meses de navegación, con un sinnúmero de contratiempos durante la travesía del océano, ora por la mala clase de la comida, ora por el hacinamiento en que se les puso, no siendo nada extraño que con tales circunstancias fallecieran dos de los Hermanos. Mas no fueron los de esta expedición los que salieron peor parados, pues en los varios buques que les precedieron sentaron sus reales sobre estas inocentes víctimas la desolación y la muerte: y así en la nave que precedió á la «Esmeralda» hacia España murió la mitad de los Jesuitas, teniendo por sepultura las inhospitalarias ondas del océano. Y en el puerto de Santa María pudo computarse después que, de los Misioneros provenientes de América, habían perecido en la travesía más de 500.

§ IV

Permanencia en el Puerto de Santa María Regreso á Alemania

87. Una vez en España cambió casí por completo el tratamiento que hasta ahora recibieran tan nobles servidores del Rey. A la mañana del día siguiente se presentaron á bordo 4 comisarios de la ciudad para revisar y tomar cuenta de los baules y demás equipaje de los Misioneros. Interrogáronles sobre el monto del dinero, que consigo llevaban,

invitándolos á que lo dijeran sin recelo, puesto que esto no tenía por objeto quitárselo, sino simplemente hacer la anotación correspondiente. A la caida de la tarde fueron trasladados en algunas embarcaciones al Puerto de Santa María en donde fueron recibidos por un gran concurso de gente con muestras muy manifiestas de simpatía y compasión por el triste estado en que se presentaban; acompañándolos al «Hospicio de los Misioneros,» conocido también con el nombre de «Casa de los Apóstoles».

Admirados los Religiosos de la benévola acogida que el pueblo les hacía, aunque no sabían que se le había hecho creer al mismo pueblo que los Jesuitas tales crímenes habían cometido que merecían ser ahorcados, y todavía más que en el populacho había la convicción general de que éstos eran rebeldes al Rey, que verdaderamente tenían un tal Nicolás por Rey; que como hereges que eran habían inducido á muchos á creencias erróneas, ora á Españoles residentes en América, ora á los mismos indios. Empero un hecho que aconteció allí mismo explicará un tanto el pronto desengaño del pueblo.

Bajo las ventanas de la casa en donde albergaron á los Jesuitas se juntaban muchos mendigos, á quienes los Padres arrojaban algunas monedas envueltas en papel, cuando de repente oyeron exclamar á uno de esos pordioseros: «¡Cuán deplorable es que estos Pa-

dres, que son tan compasivos y caritativos, sean unos hereges!»

Habianse reunido ya, la mayor parte de los Misioneros Jesuitas, provenientes de la América española; del Perú, de Chile, de Quito, del Paraguay, así como tambien de Méjico y de California, faltando tan sólo algunos de Sonora y unos pocos de Quito, pero que llegaron un mes después de los del Paraguay; por manera que estando ya deportados todos los de la Península á Italia, quedaban muchos en Santa María, hospedados no sólo en el dicho Hospicio, sinó también en los conventos y casas de nobles españoles.

Frente al Hospicio elevábase el palacio de la señora Marquesa viuda de Borja, de la misma casa de S. Francisco de Borja, el tercer General de la Compañía de Jesús, la que hospedaba en una de las alas del edificio á los Novicios y en la otra á 72 Padres, cuidándolos con grande amor y solicitud. Más como se enfermaran algunos Novicios, que debían ser trasladados á los Hermanos de la Caridad, no lo consintió, atendiéndolos ella personalmente cual madre amantísima.

Por otra parte, el cuidado general de los Misioneros deportados, por nombramiento del Rey, corría á cargo de un Marqués Terry, irlandés de nacimiento, hombre amable y compasivo. Con relación á lo cual, refiere el P. Paucke, diciendo: «Nos visitaba muy á menudo y se informaba diligentemente de todo para

estar seguro de que nada nos faltase, ni en la comida, ni en el vestido, y nos declaró que todo esto se hacía por órden terminante del Rey, de manera que se nos debía dar aún mejor trato que el que usábamos en nuestros Colegios.»

88. Refiere aquí tambien el Padre Paucke los procedimientos usados para expulsar á los Jesuitas de España: «Aquí tambien los Colegios fueron rodeados por fuerza armada, pero en cuanto á los mismos Padres, fueron sacados y conducidos con toda clase de atenciones, gracias á una órden terminante dada en ese sentido por el mismo Monarca. «Todo cuanto poseían, como ser dinero, libros y demás cosas les fué dejado, por lo cual pudieron también llevar consigo los objetos que les enviaron sus amigos. (1) Y el día de su partida, no sólo se

---

(1) El P. Paucke no podía estar bien informado en esta parte, porque no pudo hablar con los Jesuitas espoñoles, que hacía año y medio habían sido deportados. La verdad es que en la mayor parte de las casas y colegios de España hubo un mal tratamiento igual al que sufrieron los del Paraguay, como puede verse en el *Memorial* ya impreso del P. Isla, y en otros MSS., sin que lo remediasen las buenas palabras ú órdenes generales de Cárlos III para que fueran tratados con benignidad—Pero las consideraciones del P. Paucke prueban una vez más la fidelidad y obediencia de los Jesuitas al Monarca, y el buen concepto que de él conservaron y mostraron, circunstancias tanto más nobles, cuanto que aparecen en un Jesuita extranjero respecto de España, que habla con seguridad en su patria, varios años después de la expulsión. Por lo demás, hoy

permitió que ésta se efectuara en los carruages y caballos que al efecto pusieron á su disposición los vecinos más espectables, sino que en virtud de una ordenanza real, recibieron un excelente trato que realmente superaba al que recibían en sus propios colegios. En una palabra no se puede negar que el mejor de los Reyes no habría dejado nada más por hacer de lo que correspondiera á su clemencia.»

«Pero, dice el mismo Padre, ¿cómo se explica que este Monarca tan bueno en esta ocasión haya podido tomar una medida tan cruel y despótica contra los Jesuitas?» Algún día el mundo lo habrá de saber, si bien por ahora queda esta razón encerrada en el real pecho. A nosotros á lo menos nos incumbe reconocer abiertamente que el Rey de España es un Señor muy recto y muy temeroso de Dios; si otro tanto pudiera decirse de los ministros de su Gabinete, quedaría esto en un misterio, sin solución. Por nuestra parte no tenemos motivos para creerlo así y dejo esto para cuando plazca á Dios el hacernos conocer la verdad á este respecto.» (2)

---

está bien averiguado que una vez imbuido Cárlos III en la idea de mirar como enemigos suyos á los Jesuitas, todas las medidas sustanciales más ásperas que se tomaron, no sólo fueron con conocimiento suyo, sino debidas á su tenacidad; aunque en algunas cosas accesorias se obrase contra sus instrucciones.—*A. V.*

(2) Las causas que Cárlos III, Rey de España tenía encerradas en el real pecho hoy día ya son del dominio público

89. Pero continuemos oyendo al Padre Paucke: «Por fin empezaron á adoptarse medidas más rigurosas contra los desterrados y se publicó un decreto disponiendo que no se diera albergue á Jesuita alguno que volviese de Italia á España, sino que se le arrestara sobre la marcha. Y aún más, que al que se mostrara en público sería encarcelado por toda su vida, y si fuera uno de los Hermanos que sería ahorcado; y por ley especial, no se permitiría la entrada en España de Jesuita alguno ni siquiera en calidad de eclesiástico secular. ¿Será posible que tales disposiciones hayan emanado de una espontánea determinación del mismo Rey?—Im-

---

El protestante Cristóbal de Murr, (Historia de los franceses tomo XXIX pág. 370) dice; «Cárlos III conservaba un profundo resentimiento por la insurrección de Madrid; la creía obra de alguna intriga extranjera, y se logró persuadirle que lo era de los Jesuitas: este fué el comienzo de su caida en España. Rumores que se hicieron circular de complots, acusaciones calumniosas, cartas apócrifas destinadas á ser interceptadas, y que lo fueron en efecto, acabaron de decidir al Monarca.» Otro protestante, Schœll, corrobora lo mismo, que será un singular testimonio en favor de los Padres, hasta á los ojos de los lectores parciales. «En 1764, dice el diplomático prusiano, (Curso de historia de los Estados europeos, pág. 163) el duque de Choiseul expulsó los Jesuitas dc Francia; mas no contento con esto perseguia á esa Orden hasta en España. Empleáronse todos los medios para convertirlos en un objeto de terror para el Rey, y logróse por fin por medio de una calumnia atroz. Se asegura que le enseñaron una supuesta carta del P. Ricci, general de los Jesuitas, que se cree haber sido cscrita por el duque de

posible es creer que tan tiránicas determinaciones tomara, pues se hayan manifiestamente en contradicción con su reconocida clemencia. Lo único que á Dios pido es que manifieste los perseguidores de la Compañía cuando pluguiere á su Divina Bondad.»

Hasta aquí son palabras del Padre Paucke.

9º Sigamos con los encarcelados del Puerto de Santa Maria.

Hacía ya algún tiempo que los Jesuitas alemanes se encontraban en el Convento de los Religiosos Franciscanos, cuando un buen día se les presenta un hombre anciano, acompañado de un mozalbete que hacía las veces

---

Choiseul; carta en la cual el General decía á su corresponsal que había alcanzado á reunir los documentos que probaban de un modo incontestable que Cárlos III era hijo de adulterio. Esta absurda invención impresionó tanto al Rey, que se dejó arrancar la órden de la expulsión de los Jesuitas.»

El historiador anglicano Adam en su obra «Del restablecimiento de los Jesuitas y de la educación pública,» año 1800 en un estudio sobre esta misma cuestión llega al mismo resultado.

El lector que, después de haber conocido estas autoridades nada sospechosas, desee llegar hasta la evidencia palpable con documentos incontrovertibles, consulte el estudio histórico que ha hecho el P. Nonell sobre este particular en su obra (el V. P. José Pignatelii, Mauresa 1893 Imprenta S. José). La lectura de esta obra es imprescindible para el que desee formarse un juicio seguro sobre muchos de los graves sucesos que atañen á la Compañía de Jesús tanto en el siglo pasado como en el presente.—*A. V.*

de comisario real, que empezando por hacer comparecer á cada uno interrogábales al tenor de las siguientes preguntas, que juntamente con las respuestas eran anotadas por el dicho Comisario: ¿cuál era su nombre y apellido, de donde había venido, que edad tenía, si sus padres eran cristianos viejos, cuándo había ingresado en la Compañía, cómo se trasladó á América; cuánto tiempo permaneció allá, también cuánto tiempo y en dónde ejerció el cargo de Misionero?

Los pacientes Jesuitas creyeron que al fin se les interrogaría de las cosas precisas y concretas de que se les acusaba. Más nada de eso, pues ni se les nombró al tal Rey Nicolás, ni nada de rebelión, ni de alguna otra cosa digna de merecer ser expulsados.

Tal fué el interrogatorio á que se sometió á los acusados de regicidio, de sedición y de otra infinidad de crimenes.

Por lo visto el único objeto á que respondían tales exterioridades era el de embaucar á la plebe, haciéndola creer que la expulsión de los Jesuitas tenía cierto fundamento positivo y por esto fué por lo que se incoaron estos pseudo-interrogatorios, y se adoptaron por aquí y por allá ciertas medidas tendentes á impresionar al populacho; haciéndole presumir que estaba de por medio la perpetración, consumada ya, de un crímen muy grave. Y á este fin, como dos meses antes que salieran de España los asilados, en el Convento franciscano dos Pa-

dres alemanes, Erlacher el uno, natural de Bohemia, y el otro bávaro, quienes habían ejercido su ministerio en Chile, fueron trasladados al convento de los Padres Capuchinos y tenidos allí en riguroso arresto, no dándoles jamás razón porqué se les hubiera trasladado y apartado de sus compañeros. En cambio hízose correr, entre el pueblo, la voz de que éstos Padres habían intentado vender á los Ingleses las islas de Chiloé.

Por el mismo tiempo se hizo gala de acumular y preparar instrumentos de suplicio, como tambien calabozos, tapando con muro las ventanas, dejando tan sólo un tragaluz. Tanto esto como la fabricación de esposas y grillos, llamó mucho la atención del vecindario; al cuál aseguraban que era para 12 Misioneros más que venían en camino y que efectivamente llegaron para ser alojados en los diversos conventos ó casas particulares, más no en aquellos calabozos, puesto que el objeto era engañar al pueblo con tanta farsa.

91 Con relación al mérito de los Misioneros deportados podemos decír, que es grande error creer que se despachan para las Misiones á los que en casa no sirven. «Pues, dice el P. Paucke, nunca se escogía para Misionero sinó á quien voluntariamente se ofrecía para tal destino; y así el Padre que se sentía llamado y urgido á ejercer ese ministerio era necesario que durante 4 años consecutivos hubiese solicitado del R. P. General, repetidas veces y con instancia, que se

le destinara á esa obra. Luego también se hacían las indagaciones más minuciosas, respecto del que lo pedía, á fin de cerciorarse si su natural podría resistir á las penurias de tan largo viaje, y soportar los penosos trabajos ligados á tan árdua tarea, y por otra párte también, para saber cuales eran los progresos alcanzados por el sujeto en la senda de la virtud y también en las ciencias, pues para que un Misionero en América, pueda llenar su cometido, no basta que sepa enseñar bien la Doctrina Cristiana, suponiendo que los indios sean de corta inteligencia, pues este sería un grandísimo error, porque éstos indios, apesar de su sencillez, pueden á menudo poner en serios aprietos, ora en cuestiones de ciencia, ora en las de moral.»

«Y á la verdad, entre mis compañeros de misión, dice el P. Paucke, ni un sólo Padre había que no tuviera aprobado el curso de Teología, ó que no hubiera defendido públicamente en alguna Universidad, diversas tésis de filosofía; y aún los había que se hallaban todavía más adelantados en sus pruebas antes de partir para América.

«Raro era también que no se hallase alguno que no hubiese estudiado las matemáticas, durante 2 ó 3 años, como asimismo el dibujo, la pintura, la música ú otras artes. Por lo cual cierto es, que todos y cada uno de ellos poseían la suficiente instrucción para educar á los indios y enseñarles el arte de la guerra.

«Por estas razones,» observa el P. Paucke,

«cuán fácil habría sido arrojar á todos los españoles del Paraguay, si realmente los Jesuitas hubiesen sido tan desalmados, tan desleales á Dios y al Rey, como se les suponía en el mundo entero, aunque sin poder aducir una sola prueba en apoyo de tamaña calumnia.

A más, estando las ciudades del Paraguay distantes 80 á 100 leguas unas de otras y no muy pobladas, con guarniciones militares de reducido número, y aún por fuertes que hubiesen sido, ¿qué habrían podido hacer contra el indio en sus selvas repletas de lagos, pantanos y rios?

Añádase á esto, que el indio se alimenta con frutas silvestres y con toda clase de animales y reptiles, mientras que las fuerzas de ejército necesitan llevar consigo toda clase de provisiones, sin tomar en cuenta la facilidad con que el indio puede incendiar en un momento dado un campamento enemigo, poniendo fuego al pasto seco en una gran circunferencia, ó á los juncales y cañaverales.

Se ha de tener presente además, que las armas de fuego resultaron ser tan inadecuadas en los combates contra los indios, que los mismos españoles se vieron obligados á trocar las suyas por la lanza del indio, en cuyo uso quedaron todavía muy por detrás de los naturales. Tomando en cuenta todas estas circunstancias, ¿cuál habría sido el resultado, si los Misioneros, á ser en realidad sediciosos como se les suponía, esos sacerdotes, digo, que tan-

tos y tantos atestiguaron con su sudor y su sangre en repetidas ocasiones su lealtad para con Dios y el Monarca, ¿cuál habría sido el resultado, si ellos se hubiesen valido de su influjo sobre tan inmenso número de indios, no solamente para libertar á sus compañeros atropellados en sus Colegios, sinó tambien hasta para quitar á España de una vez su soberanía á lo menos en el Paraguay? ¿Quién se lo hubiera podido estorbar?

«¡Qué no habrían podido llevar á cabo los 120.000 indios que componían nuestras 30 Reducciones entre los cuales se contaban por lo menos 50.000 hombres de armas tomar; en cuán corto tiempo habrían arrasado la ciudad de Buenos Aires! Yo sólo,» continúa el P. Paucke, «con los pocos centenares de indios de que disponía habría podido destruir el distrito entero de Santa Fé.»

Sinembargo nada de eso sucedió, sinó que por el contrario, los Misioneros tomaron con anterioridad toda clase de precauciones, afirmadas con reiteradas prohibiciones, para impedir que pudiera ocurrir cualesquiera acción en este sentido.

Apesar de ésto; cuántas fueron las calumnias que se forjaron y esparcieron á este respecto! y, agrega el P. Paucke, suponiendo que los Misioneros llevados de un primer impulso, se hubiesen retirado á las selvas con sus indios ¿quién se los hubiera podido impedir? Pues bien habrían podido hacerlo, teniendo

presente la destrucción de una obra, que tantas penas y sinsabores les había causado, como también la perdición de tantos miles de infieles, que desprovistos de Misioneros habrían casi necesariamente de perderse.

Por último para dar cabo á tan luctuosos hechos, diremos que el día de la fiesta de San José en el año 1769 los 18 Jesuitas alemanes que se hallaban en el puerto de Santa María tomaron pasaje en una fragata holandesa, en la cual después de una tormentosa travesía de 26 días, llegaron á los Países Bajos, de donde prosiguieron su viage al punto de su destino para aguardar allí las disposiciones ulteriores de su Provincial. (1)

---

(1) Poco se sabe del P. Paucke después de su regreso á Europa, sinembargo por ciertos documentos consta que vivió en el pueblo Neuhaus (Bohemia) de donde visitó varias veces á sus amigos los Religiosos Cistercienses en su monasterio de Zwetl, á los cuales obsequió sus escritos, poco antes de su muerte que acaeció después del año 1773.—*A. V.*

A. M. D. G.

FIN

APENDICE

Causas de las persecuciones de los Jesuitas en las Misiones del Paraguay

92. Al lector que se interese en conocer los motivos que ocasionaron las grandes persecuciones á los Jesuitas en las Misiones del Paraguay, de que se ha tratado en el último capítulo de este libro, le recomendamos la lectura de un libro muy interesante, publicado por el R. P. Pablo Hernandez; en el cual se trata esta materia magistralmente, con lógica irresistible y á la luz de centenares de documentos importantes.

Este libro se intitula: «Declaración de la Verdad,» por el P. José Cardiel. (1) Pretender reproducir un compendio de este importante trabajo, sería rebajar su mérito; sin embargo, para no dejar del todo en ayunas á nuestros benévolos lectores, no podemos menos de trascribir unos cuantos renglones que se hallan en la mencionada Introducción, escrita por el P. Hernandez, y son las siguientes:

---

(1) Se encuentra en la Administración de la Sociedad Propagación de Buenos Libros—(Buenos Aires, calle Cuyo 1949).

93. «El campo donde había de trabajar en el Paraguay, exigía de un modo particular el ministerio de las Misiones entre infieles: y la Provincia jesuítica del Paraguay fué reconocida por sus obras en todo el mundo como Provincia esencialmente misionera y apostólica. Y porque la índole de las conversiones en estos países llevaba consigo la necesidad de fundar pueblos, los jesuítas se hicieron fundadores de pueblos, desde el momento en que las autoridades civiles, á quienes esto competía, se reconocieron impotentes ya para fundar, por tener á los indios alejados y esquivos, y advertir que no podían sujetarlos con las armas. Los jesuítas fundaron hasta trece pueblos desde 1610 á 1628 en el Guayrá, y casi otros tantos en el Paraná; y cuando por la incuria y mala voluntad de los colonos, las Reducciones del Guayrá fueron asoladas por los paulistas, añadieron ocho pueblos más en el Tape hasta 1634. Destruidos también estos, lograron organizar establemente los veintidos pueblos de guaraníes entre el Paraná y Uruguay, é hicieron otras cuatro Reducciones en Itatí. De los pueblos ya fundados y florecientes se desprendieron hasta seis colonias, que con los veintidos ya existentes, el Jesús de nuevo formado en 1685, y San Luis, fundado en 1687, compusieron el número de treinta, mientras los que iban estableciendo en la época intermedia entre los calchaquíes y en varios parajes del Chaco, así como entre los chiriguanos, tenían diversa suerte, ya próspera,

ya adversa. Hácia 1690 empezaron la conversión de los Chiquitos, donde entre fines del siglo XVII y principios del XVIII quedaron establecidos otros diez pueblos más, que aun hoy duran. Y antes de llegar á la mitad del siglo XVIII, mientras se estaban estableciendo las tres reducciones de Nª Sª de la Concepción de Pampas, Nª Sª del Pilar de Serranos y Nª Sª de los Desamparados de Patagones; y se entablaban otras tres de San Joaquín, San Estanislao y Belén en los bosques de Tarumá; tenían ya emprendida la tarea de fundar las reducciones del Chaco, que en el año de la expulsión eran trece, y habían constituido la bien fundada esperanza de que al finalizar el siglo XVIII y empezar el XIX todo el Chaco probablemente hubiera estado reducido formando un país análogo al de las Misiones guaraníes, asegurada la paz y prosperidad de las ciudades españolas, y sobre todo salvadas y rescatadas de las tinieblas de la infidelidad las almas de tantos gentiles, que era el blanco á donde tendían todos los esfuerzos de la Compañía.

Gloriosa empresa por cierto, pero sembrada de punzantes cuidados. Porque este trabajo apostólico continuado sin cesar, por más que hayan mentido sus enemigos que les faltaba el celo, es el que atrajo á los jesuitas enemistades de todas partes.

Sentíase el influjo legítimo que tantos trabajos, tanta asiduidad en el cultivo espiritual de

las almas, y tantas fuerzas intelectuales y morales ofrecidas al servicio de todos los ciudadanos, no podían menos de ejercer en las ciudades de españoles; y esto á su vez no podía menos de crearles envidiosos, que unían sus dichos y manejos á los de otra clase de enemigos. Tachábanlos sus émulos de soberbios; más en este particular, aunque no sería exrrano que en alguno de los individuos de la Compañía se notase á veces un sentimiento humano reprensible de vanidad y jactancia; cierto es que nunca fué tal modo de hablar y obrar ni propio del cuerpo, ni difundido entre muchos, cuanto menos en la generalidad de los jesuítas; y la mejor prueba de ello es que esas acusaciones no se hallan sino sólo en boca de sus declarados enèmigos; y por el contrario, los ejemplos bien conocidos de humildad y modestia cristiana son frecuentes y bien averiguados en la historia.

94. Ni fueron estas las causas principales de las enemistades y persecuciones á que se vieron sujetos. Establecidas las Reducciones, había muchas manos que se extendían deseosas de tomar la administración de aquellos pueblos: unos porque se sentían deslumbrados con la soñada riqueza y exagerada prosperidad de los guaraníes; otros, porque á fuerza de oirlas, habían llegado á persuadirse de las absurdas patrañas de minas de oro; los eclesiásticos porque esperaban allí conseguir pingües rentas, que al tocarlas luego se desvanecieron como

el humo; los seglares porque ansiaban tener á su alcance tanto número de indios como allí crecía de contínuo, y sujetarlos al servicio personal; y aquellas manos movían otras tantas lenguas; y no hubo cosa que no se hiciese ó dijese contra los jesuítas; recrudeciéndose de tiempo en tiempo los odios y formándose terribles tempestades cuyas olas subían á los cielos y bajaban á los abismos, amenazando sumergir en sus impetuosos torbellinos á los Padres y sus guaraníes. Los jesuítas, blandos y suaves en todo, complacientes y deseosos de servir á todos aun á costa de graves trabajos, en un punto no podían transigir, y no transigieron nunca; en el de permitir la opresión de los indios. De la exención de los índios, de su libertad del servicio personal, estaba colgada la perseverancia en la fé de los ya reducidos, la esperanza única de nuevas conversiones. Intervenía además una obligación de justicia: á los indios se les había empeñado la palabra del Rey, que no serían sujetos á servicio personal. Y sólo con esa condición se habían reducido á pueblos, convertido y declarado vasallos de Castilla. Firmes los jesuitas en su puesto, dedicando los recursos de su entendimiento y las energías todas de su voluntad á la empresa de defender á sus convertidos, resistieron impertérritos á todos los empujes; y manejando sólo las armas de la verdad y de la justicia, ganaron siempre en la Corte la causa de la libertad de los indios.

Y hubieran continuado defendiéndola, y venciendo siempre; si la impiedad y las sociedades secretas que sentían cuanto retardaba sus malvadas empresas el tesón de la Compañía de Jesús, cuyos hijos hallaban resistiendo en todas partes, no hubiesen tramado la conjuración hoy de todos conocida, y empleado las cautelosas y abominables calumnias de que se sirvieron para mover el ánimo de Carlos III á la expulsión y confirmarle para siempre en su terquedad. No fué la América la que lanzó á los jesuítas de sus reducciones, antes bien América deploró con amargas lágrimas su partida; porque si es verdad que tenían aquí fuertes enemigos movidos de la codicia y cegados con la falsa aprensión y esperanzas de grandes riquezas que la experiencia mostró ilusorias; estaba en cambio en su favor y les mostraba sus simpatías la parte mayor y más sana de la población; y ni perpétuamente se les hacía la guerra, ni aun cuando se les hacia les faltaban valientes defensores entre los americanos.

95. Este es el retrato de los jesuitas del Paraguay; pálido reflejo en verdad para representar dignamente el papel sublime, abnegado, heróico, que por divina Providencia le tocó desempeñar en estas regiones de América, y que acompañado de profundo respeto y asombro ha quedado grabado en los recuerdos de todas las naciones del Antiguo y Nuevo Continente, como una gloriosa epopeya del Cristianismo.

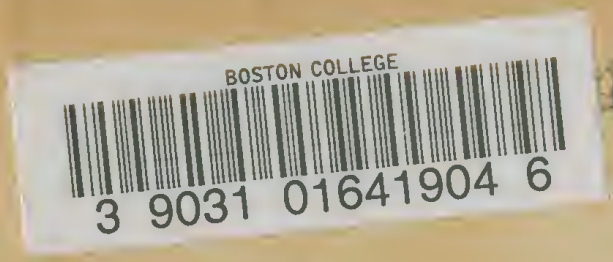
Aunque muy inferior á la realidad, no es disconforme de ella, como formado de rasgos verídicos, recogidos uno á uno de los testimonios que nos quedan de su historia, y arrancados de entre las manos de los eternos enemigos de la Religión católica y de la Compañía de Jesús, que han hecho y hacen hoy desesperados esfuerzos por oscurecer, negar, ocultar y cubrir de lodo aquellas purisimas glorias».

A. V.

ÍNDICE

	Núm.	Pág.
Prólogo		III
Obras publicadas		VI
CAPÍTULO I. Algunos pormenores del viaje del P. Paucke al Paraguay		1
§ I. Se despide de su patria y llega á Buenos Aires	1	1
§ II. De Buenos Aires á Córdoba .	4	5
§ III. De Córdoba á la Reducción de San Javier pasando por Santa Fé	6	7
CAPÍTULO II. El P. Paucke en el lugar de su destino, la Reducción San Javier		10
§ I. Fundación de esta Reducción .	8	10
§ II. Descripción de la Reducción «San Javier» primeros trabajos del Padre Paucke.	16	20
§ III. Modo de vivir en la Reducción; manera de tratar á los indios . .	19	27
§ IV. El P. Paucke abre escuela de primeras letras y de música para los niños	25	40
§ V. El P. Paucke enseña á sus indios diversos oficios	28	45

	Núm.	Pág.
§ VI. La agricultura en la Reducción de San Javier.	39	60
§ VII. Quejas de los españoles contra los Jesuitas	43	64
§ VIII. De los impuestos que pagaban los indios y de los servicios prestados á la corona de España .	51	76
CAPÍTULO III. El cristianismo entre los indios		88
§ I. La conversión y el bautismo de los caciques Aletín, Nevedagnack, Cathaalín y Valangaín	58	88
§ II. Constancia y fervor de los indios en concurrir al templo y en recibir los Santos Sacramentos. .	62	94
§ III. Solemnidad cívico-religiosa en la fiesta de San Francisco Javier.	65	100
§ IV. Declárase la epidemia de viruelas en San Javier; prepárase á los indios para la muerte. . . .	67	103
§ V. El P. Paucke funda la Reducción de San Pedro (1763)	70	109
CAPÍTULO IV. Expulsión de la Compañía de Jesús del Paraguay		117
§ I. Sucesos de Santa Fé y de la Reducción de San Javier	74	117
§ II. Viaje á Buenos Aires y permanencia del P Paucke en esta ciudad	82	131
§ III. El viaje de regreso á España.	86	139
§ IV. Permanencia en el puerto de Santa María		
Regreso á Alemania.	87	141
Apéndice		155
Causas de las persecuciones de los Jesuitas en las Misiones del Paraguay	92	155



468500

DOES NOT CIRCULATE

F
2684
.B32

BAUCKE.

Bapst Library
Boston College
Chestnut Hill, Mass. 02167